



**LOS
CENTE-
NARIOS**

**LORE
SEGAL**

T

LOS CENTENARIOS

LORE SEGAL

Los centenarios

LORE SEGAL

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

EL CUARTO
DE LAS
MARAVILLAS



Título original:

Half the Kingdom, publicado por primera vez en Estados Unidos por Melville House en 2013

© Lore Segal

De la traducción:

© Julia Osuna Aguilar

En la página 151 y 160 se parafrasean y se citan las palabras de Rosalinda en *Como gustéis*, en la traducción del Instituto Shakespeare, Madrid, Cátedra, 1984.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2016

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Ilustración de cubierta:

Pep Montserrat

Maquetación:

David Anglès

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-16354-37-5

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

Beatrice Jacob Jean David

«Y si todavía no han muerto, seguirán con vida».

LOS HERMANOS GRIMM

EL REPERTORIO

JOE BERNSTINE

Los médicos, las enfermeras y los pacientes de la unidad de urgencias, un territorio tan sobrepoblado como sobreiluminado, se giraron hacia el vocerío. Era la mujer viejísima, que se revolvía con una fuerza y una agilidad inverosímiles.

—¡Que no! —chillaba—. ¡Que a mí no me dice nadie que me tranquilice!
¡Yo estoy muy tranquila!

—Ya está, señora, ya está... —la arrullaba la cuidadora de ancianos mientras se atravesaba sobre la camilla para ayudar a la enfermera a detener el aleteo de las piernas de la nonagenaria.

—¿Qué has hecho con mis zapatos, Luba? ¡No está bonito quitarle la ropa a la gente! ¿Por qué tienes que esconderme la ropa?

—Ya ha estallado —le dijo la médico del *hiyab* al menudo paciente hecho un saco de huesos al que estaba tomándole el pulso—. Hoy ya es la tercera persona que se pone hecha una furia. Anstiss Adams es una habitual, igual que usted, ¿señor...?

—Bernstine, Joe Bernstine —apuntó el hombrecillo sonriente.

La doctora Haddad no tendría que haberle dicho:

—Nuestro compañero el doctor Stimson ha empezado a llevar un registro de todos los mayores de sesenta y dos que han perdido la chaveta.

Bernstine acentuó la sonrisa.

—Ah, ¿conque tienen una epidemia de alzheimer...?

—Gracias por su diagnóstico, señor Bernstine.

—¿Será una especie de alzheimer de imitación? —sugirió sonriente el hombre—. ¿O esas cosas no existen?

Si más tarde la doctora Haddad le confió este intercambio de pareceres al doctor Stimson, el jefe de urgencias, fue por la tentación de confesarse: nunca se debe hablar con un paciente de otros pacientes.

—Le pregunté a qué se dedicaba y me dijo: «Pronto estaré con mis Visiones del Fin del Mundo». La verdad es que no sabía si estaba de broma o también había perdido la chaveta.

—Ah, el pequeño Bernstine y su sonrisa perenne —comentó Stimson mirando al otro lado de la sala, donde justo acababa de llegar la mujer del paciente para llevárselo a casa—. Lleva todo el mes entrando y saliendo y tuve que decirle que su estado era irreversible. Yo creía que iba a preguntarme cuánto tiempo le quedaba de vida pero me sonrió y me dijo: «Seguirán cayendo árboles en medio de los bosques».

BETHY

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó la hija de Joe Bernstine, Bethy, unas semanas después de la última visita de su padre a urgencias.

La mujer de Joe, Jenny, la miró con su típica mueca de angustia afectuosa desde el otro lado de la mesa del desayuno. Su marido acababa de anunciar que había alquilado un local con dos habitaciones en la calle 57 Oeste.

—Me lo han traspasado unas modistas que han tenido que cerrar.

—Pero, cariño, ¿no habíamos quedado en que ibas a tomártelo con calma? —le preguntó su mujer.

Joe había dejado la dirección del Concordance Institute, un antiguo y respetadísimo gabinete estratégico de Connecticut, poco después del 11-S, por la misma época en que le diagnosticaron la enfermedad. El matrimonio había vuelto a Nueva York. Ahora, diez años después, queda para comer con un amigo de la empresa, el mismo que publicaba los informes del Concordance, y se sacan de la manga un proyecto: la historia definitiva, una enciclopedia,

Visiones del Fin del Mundo: El Repertorio. La pregunta que Bethy le lanzó a su madre apenas difería de la que se habían planteado los propios doctores Haddad y Stimson en urgencias:

—¿Está chiflado o se lo hace? —preguntó Bethy, que era de esos hijos que nunca abandonan el tono de voz desagradable, por decir algo, cuando le hablan a unos padres que siguen respondiéndoles con una amabilidad incorruptible.

—Creía que podía ser un proyecto en el que te apetecería trabajar conmigo —contestó Joe.

Jenny contrajo la cara como pidiéndole perdón a Bethy: la madre era más guapa que la hija. Sus rasgos finos y salerosos habían envejecido bien. El blanco de su pelo hacía un contraste asombroso con el aceituna de su tez. Estando de vacaciones en Italia, había reconocido las facciones de su hija — la mandíbula más ancha de lo normal, la preponderancia del mentón, los carrillos caídos, esa boquita de disgusto— en el San Giuliano de Piero della Francesca. Por lo demás, qué crueldad y qué injusticia que el santo del fresco tuviera una belleza inenarrable mientras que la hija, en cambio, la misma que la acompañaba cuando lo vio, la que tenía en ese momento delante, fuese una mujer tan poco agraciada. ¡Pobre Bethy! El diminutivo de su nombre de pila no respondía tanto a una descripción como a una especie de compensación.

—Yo no sé cómo puedes seguir viviendo... —le dijo Jenny a su marido.

—¿Seguir viviendo? —la interrumpió Joe.

—Con esa expectación constante...

—¿De qué? —le dio el pie una vez más el marido.

—Papá está esperando el Rapto —intervino la hija.

A Bethy la ponía negra el enganche de su padre con el pastor televisivo Harold Camping, cuyos sermones versaban sobre la inminencia del Día del Juicio y la hecatombe universal. En una ocasión llegó a apagarle el televisor, pero su padre había vuelto a encenderlo con la excusa de que:

—¡Espera, espera! ¡Que va a dar la fecha!

La fecha, tal y como había llegado, había pasado.

—Al pobre Harold le fallaron los cálculos espirituales —comentó Joe—, y encima va el muy desgraciado y tiene un infarto.

—¿De lo que se concluye...?

—Que si no es ahora, ya será.

—¡¿Pero el qué?! ¿Qué es lo que será?

—Y luego nos preguntamos por qué los judíos no se fueron de Europa mientras pudieron, ¡pero míranos a nosotros aquí en Manhattan...!

BENEDICT

La segunda persona a la que contrató Joe fue Benedict, el hijo de un viejo amigo, el difunto Bernie Friedgold. Benedict era de esos hombres que parecen los críos que fueron pero con elefantiasis y cara de contrariedad.

Y prefería hablar de «El Repertorio definitivo» entre comillas.

—Cuando éramos pequeños —le contó a Gretel, su compañera sentimental y de piso—, siempre pintábamos al tío Joe Bernstine como un monigote de palitos. Necesita la oficina esa para alumbrar sus ideas raras. Y para poner a trabajar a su hija Bethy, que es peor que un dolor.

—Ya, y también sabía que tú estabas sin trabajo —dijo Gretel, que trabajaba en el consulado de Austria.

Benedict no supo dar una respuesta inmediata.

—Lo único que me ha mandado hacer la primera semana es ordenar su biblioteca de literaturas de diluvios antiguos y todo lo que se haya escrito sobre meteoritos, apocalipsis y días del juicio final varios.

Joe Sonrisa Perenne entró en la sala del fondo, la que Bethy y Benedict compartían con el último fichaje, Al Lesser, niño prodigio de la informática salido de Harvard. La idea rara del día era la antiguerra biológica.

—Benedict, vamos a echar en falta a tu padre. —Bernard Friedgold había sido asesor del Concordance y una eminencia en epidemiología—. Proyecto Resfriado. Nos postulamos como expertos en manufactura, almacenaje, transporte y posicionamiento estratégico en los gabinetes de crisis de los dos bandos enfrentados en plena epidemia de constipado. ¡Sin sospechar nada, los dos ejércitos se quedarán sin pañuelos y querrán meterse en la cama, no en la guerra!

Bethy alzó la vista hacia los cielos del techo. Al y Benedict siguieron con los ojos clavados en Joe, que estaba más que acostumbrado a esa mirada en sus interlocutores: la de quien espera la gracia del chiste, pero hace un rato que la soltaron.

—Era solo una idea —les dijo sonriente y regresó a su oficina, aunque volvió para añadir—: Proyecto Botón Escacharrado. Contratemos a unos hackers para que trastoquen El Botón y falle cuando quieran detonar La Bomba.

—En el caso de que haya botón...

—No lo creo —admitió Joe—. Pues nada, confiemos en Murphy: «Si hay algo que tenga que detonar La Bomba, ese algo estará escacharrado».

—¡Pero papá!

Joe le tendió a Bethy un librito de bolsillo color rojo ígneo titulado *La guía sin tonterías del terrorismo*.

—¿Y se puede saber qué quieres que haga con esto? —preguntó la joven.

—Contacta con nuestros antiguos expertos del Concordance (luego te paso una lista) que tal vez quieran contribuir con artículos sobre tipos de atentados, armas, blancos, fuentes, objetivos...

—Para mí que Benedict cree que se te está yendo la pinza —comentó Bethy de camino a casa.

Su padre caviló un momento y dijo:

—No te digo yo que no tenga razón.

Joe Bernstine no esperaba que la irritable Bethy ni la cariñosa Jenny ni los jóvenes rebeldes de la oficina compartieran su fascinación por la catástrofe inminente. El sueño que redondeaba sus vidas mínimas no tenía fecha fija; no podían imaginar su propio fin, que es lo mismo que decir que no creían en él. Joe se vanagloriaba de haber estado atento al avance de su enfermedad y estaba orgulloso de la raza humana por haber querido, desde tiempos inmemoriales, abrazar como él la idea de su propio fin. El logo en la puerta de la oficina de la calle 57, y en el membrete del papel de carta, era un ojo bien abierto.

Una mañana Joe los convocó a todos en su despacho, que daba a la calle

57. Señaló al otro lado de la ventana.

El gemido de la ambulancia que estaba atrapada en el tráfico del cruce con la Séptima Avenida debió de haber llegado subliminalmente a oídos de Benedict cuando estaba en la sala del fondo.

—Si la última vez me hubiera tocado ese tráfico —comentó Joe—, ¡a lo mejor ésa habría sido mi visión del fin del mundo!

—¡Papááá!

Benedict seguía mirando por la ventana.

—¿Sabéis lo que os digo? Que si yo fuera el del Toyota ese, pensaría que, si me apartaba para dejar paso a la ambulancia, me quedaría atrapado detrás del todoterreno blanco y, en cualquier caso, la ambulancia no iba a poder adelantar al autobús de línea, así que no me movería del sitio. Eso es lo que hace la gente.

—Sí, eso es lo que hace la gente —admitió Joe—. Pero ahora imagínate un atentado a plena luz del día en pleno centro. No conseguiría llegar ni un solo vehículo de urgencias. Los accesos este y oeste se colapsarían de gente que no sabría que se han cerrado los puentes.

El joven Al, que no se había criado con imágenes de películas de la segunda guerra mundial, intentó intercambiar una mirada con Benedict: ¡¿qué dice?!

Cuando los tres jóvenes regresaron a su sala, Al exclamó:

—¡Pero qué atentado a plena luz del día en el centro...!

—¡Que vienen los terroristas! ¡Que vienen los terroristas! —salmodió Benedict.

Al rió y ambos se volvieron para comprobar que Bethy, en su puesto en la otra punta de la sala, no podía oírlos. La chica bajó la cabeza.

Al Lesser bajó la voz.

—¿Y a qué viene lo de sonreír por los siglos de los siglos?

—La sonrisa de la vieja escuela del tío Joe. La lleva en la sangre.

—¿Para qué es el ordenador nuevo? —le preguntó Benedict a Joe.

—He contratado a Lucy.

—¡Pero Joe! Vamos, Joe, ¡dime que estás de broma! —Lucy era la viuda de Bernie Friedgold y la madre de Benedict.

—Puede usar la máquina de coser mientras llega su mesa.

Hasta ese momento nadie se había encargado de buscar el número para que vinieran a llevarse la vieja máquina de pedal eléctrico, las decenas de rollos de tela estampada, rayada y floreada y las cajas de carretes de colores legadas por el difunto taller de confección.

—¡Pero Joe! —chilló Benedict—. ¿Para qué puede necesitar «El Repertorio definitivo» a una vieja poeta de setenta y cinco años que tiene un enfisema y además es prácticamente una analfabeta digital?

—¿Sabías que fue el Concordance quien le vendió la idea a Washington de que contrataran a la comunidad literaria para imaginar cuál podía ser el siguiente invento de la comunidad terrorista?

—¡Pero, Joe, eso fue con la comunidad de la ciencia ficción! ¡Mi madre escribe literatura!

—Nos ayudará a catalogar y extraer información de la literatura de catástrofes contemporánea. ¿Quién quiere encargarse del cine de catástrofes?

—Yo no —dijo Bethy.

—¡Yo, yo! —se ofreció Al.

—¿Y cuándo empieza, si puede saberse? —preguntó Benedict.

—Hoy.

LUCY

Que Lucy Friedgold tuviera el papel con las señas en la mano no era —en su caso— prueba de que estuviera perdiendo la memoria. Recordaba que ya en sus tiempos de estudiante era incapaz de retener un número del listín el tiempo suficiente para marcarlo.

Era uno de sus días de pierna izquierda renqueante, y de una tos que tampoco la dejaba en paz, pero le gustaba la calle 57, llena de gente que caminaba hacia el oeste con ella, o al este hacia ella, con los ojos hacia dentro, habla que te habla por el móvil.

Le gustó el vestíbulo, era muy peculiar. No había sufrido ninguna reforma. Los espejos velados y con motitas tenían marcos estilo rococó de catálogo de

venta por correo. Joe le había aconsejado que subiera a la undécima planta por el ascensor trasero, que ya no hacía las veces de montacargas.

Tras la puerta con el ojo bien abierto, dejaron de hablar para atender al traqueteo y el chirrido del ascensor (Joe lo llamaba Marley). Quienquiera que hubiese salido de él tuvo que detenerse por culpa de un horrible ataque de tos.

Joe recibió con un abrazo a su vieja amiga.

—Qué raro, salir de la calle 57 para entrar en el Londres de Dickens.

—Antes era un taller de confección —le explicó Joe—. Me traspasaron el contrato de alquiler dos hermanas ya mayores que estuvieron trabajando aquí varias décadas. Queremos remodelarlo todo, arreglarlo, y prepararnos para salir volando por los aires el día del Juicio.

—Ah, pero déjalo así. Es muy coqueto. ¿Has ido a la oficina de Maurie en *The Magazine*? El sofá huele a moho. Y cuando compró ordenadores nuevos, no cambió ni la instalación eléctrica. Los cables salen de un agujero en el suelo, ¡parecen una familia de serpientes acéfalas!

—¿Y qué se cuenta el bueno de Maurie?

—Pues resulta que al bueno de Maurie le mandé un relato que se titulaba «El enano saltarán en urgencias», que trata y la vez no trata de la última vez que la ambulancia llevó a Bernie a urgencias. ¡Se lo mandé en octubre y estamos ya a julio!

Al igual que la heroína de Dorothy Parker que se pasa las noches y los días sin llamar al amante que no la llama, Lucy no pensaba llamar a Maurie a *The Magazine*. «¿Por qué tengo esta visión de mi pequeño relato saliendo disparado hacia el universo en continua expansión? —es lo que le habría escrito si hubiera tenido intención de hacerlo—. ¡¿Cuánto tiempo puede llevarte leer un relato de tres páginas?!»

—Te he puesto en la sala grande con los chicos. Benedict te irá explicando cómo funciona todo.

«Mi pobre Benedict», pensó Lucy. La mirada de Bethy decía hola, lo sabía, y respondió amablemente. Los dos jóvenes eran majos. Al Lesser se pasó la mañana instalándole el ordenador mientras Benedict le enseñaba cómo funcionaba todo. Fingió no ver la manzana a medio comer que había quedado atrapada entre los cables que surgían como serpientes de detrás del ordenador

de su hijo, y se contuvo para no cerrar las carpetas que siempre se dejaba medio abiertas, hasta que creyó que no estaba mirando.

Benedict se contuvo para no decirle a su madre que parara de toser.

Fueron todos con Lucy al bar de comidas de abajo. Cuando regresaron a la oficina, Joe dejó una pila de libros sobre la máquina de coser y le dijo:

—Puedes empezar con esto.

—Marchando —contestó Lucy.

Pero primero comprobó si tenía mensajes en el contestador de casa. No la habían llamado de *The Magazine*, de modo que cogió papel y bolígrafo y escribió:

Querido Maurie:

Cuando tú y yo empezamos, en la década de los cincuenta, los relatos tenían su valor, aunque solo fuera por las horas de mecanografía o los dólares que se le pagaban a la mecanógrafa, y si no lo ibas a publicar, metías el manuscrito en un sobre franqueado con tus señas en el remite y una nota tipo de rechazo. ¡Qué de horas y de inventiva derrochamos tratando de encontrar un atisbo de aliento entre líneas! Hoy no tiene sentido devolver unas páginas que se imprimieron solas mientras la autora se estaba haciendo un bocadillo en la cocina, pero ¿en qué medida eso te exime de responder con un «sí», un «no» o un simple acuse de recibo? ¿Cómo estás? ¿Y Ulla? ¿Qué edad tiene ya...

—Benedict, ¿Shari qué tiene, un niño o una niña?

—A mí que me registren.

... la criatura de Shari? ¿Cómo te quedas si te digo que Benedict y yo estamos trabajando juntos? ¿Sabías que Joe Bernstine ha abierto una oficina en la calle 57 para trabajar en *Visiones del Fin del Mundo: El Repertorio*, donde puedes contactar conmigo a cualquier hora del día?

Lucy escribió la dirección y el teléfono de la oficina pero no mandó la carta. Cuando encontró las gafas, escogió *Esperando el fin: Una historia del milenarismo en la civilización occidental*, de Frederic J. Baumgartner, y empezó a leerlo. Al llegar a casa esa noche, no encontró nada de Maurie en el

correo ni nada en el contestador. Ninguna noticia en toda esa semana, ni en la siguiente.

Siempre había libros nuevos sobre la máquina de coser. Lucy propuso quedarse cuando Joe salió a comer y Bethy anunció que quería ir a hacer unas compras. Se fijó en que la joven se fijó en que Benedict y Al se contenían para no intercambiar una mirada de alivio: podrían ir a comer a solas.

A Lucy le gustó quedarse sola en la oficina y, tras comprobar que Maurie no le había dejado ningún mensaje en el contestador de casa, se acomodó con un bocadillo y Elaine Pagels. Llegó el momento, claro, en que levantó la vista de *Visiones, profecías y política en el Libro de las Revelaciones* para buscar la manzana podrida, cuya descomposición había seguido con interés. Se levantó entonces y desenredó del nido de cables aquella cosa chupada y ennegrecida y la tiró a la papelera. Envalentonada, iba camino de la ventana para quitar el desfile de latas de 7UP vacías de la repisa cuando el cuerpo cayó al otro lado del cristal. Lucy se dijo: «No puedo haber visto un cuerpo cayendo por delante de la ventana porque, si no, tendría que hacer algo y no sabría qué». Se acercó a la ventana y miró hacia abajo, por el hueco de once plantas, hasta el estrecho patio gris. Vio la fila de latas, la montaña de bolsas de basura negras en sus moles informes e irregulares, una maceta con un ficus muerto, y el cuerpo, de costado, con una mejilla sobre un brazo, como si durmiera, salvo porque la pierna izquierda estaba doblada en un ángulo en que no se doblan las piernas. Corrió entonces a llamar al 911 e informó de que había un cuerpo de mujer, una anciana, una anciana negra, en el patio y, cuando se lo pidieron, les dio sus señas, el número de teléfono desde el que llamaba y su nombre.

Se quedó en la ventana y observó aquel no pasar nada. Vio a alguien delante de un ordenador en el edificio de oficinas que había al otro lado del patio —cuya fachada debía de dar a la 58—. En la planta de encima una mujer colocó una maceta en la ventana y la regó sin percatarse de lo que había doce plantas más abajo, en el patio, donde acababa de abrirse una puerta. Apareció un hombre en mangas de camisa y se quedó parado. Una brisilla tiró de la falda de la mujer, que la tenía subida por la pierna... más de lo que a la anciana le habría gustado, pensó Lucy, que notó unas lágrimas constriñéndole la garganta. El hombre, tal vez porque, al igual que a Lucy, no se le ocurrió qué hacer, volvió a entrar en el edificio y cerró la puerta tras de sí.

Al y Benedict regresaron de almorzar y miraron por la ventana. Bethy y Joe regresaron y este último llamó a la portería del edificio. La gente del Ojo Bien Abierto intentó volver al trabajo.

Cuando Lucy regresó a la ventana, el patio se había llenado. El hombre en mangas de camisa había vuelto con la policía. La gente le tapaba la visión del cadáver. En el edificio del otro lado del patio asomaban caras por las ventanas. La regadora de macetas tenía toda la vista para ella, mientras que en la ventana de su izquierda, en cambio, los de la fila de atrás tenían que estirar el cuello para ver algo entre las cabezas de los de delante.

—Qué interesante —le dijo Lucy a Bethy, que estaba a su lado— el largo compás entre que pase algo y que el mundo se dé por aludido.

—¿A qué te refieres con «compás»?

Lucy, tan entusiasmada como triste, se alegró de que Joe la invitara a cenar a casa. Mientras comían, le contaron lo del suicidio a Jenny. El compás que había detectado entre hecho y reacción no le interesó a nadie más que a ella, y cuando les contó lo de su negación inicial de lo que había visto porque no se le ocurría qué hacer, Joe dijo:

—Lo único que tenías que hacer era llamar al 911.

—Hombre, eso ya lo sé. Y eso hice. Lo que pasa es que me ha parecido una reacción interesante, no sé, me lo he imaginado como si escribiera un relato. ¿En qué orden asimila la protagonista lo que está viendo? ¿Es una mujer «anciana, más baja de lo normal y negra», o «menuda, negra y anciana», o «negra, anciana y más baja de lo normal»?

Mientras hablaba vio que Jenny la escuchaba con toda su alma. A ella las lágrimas no se le quedaron atoradas en la garganta sino que le manaron de los ojos; ella no estaba convirtiendo a la anciana negra muerta en un relato. Lucy quería a su amiga Jenny.

—Una vez escribí un relato sobre un suicidio: una mujer se queda mirando un camión que se le viene encima, directo a la acera donde espera para cruzar. Piensa: «Si me atropellara, no tendría que pensar qué hacer para cenar». El camión pasa de largo. La mujer cruza al supermercado y saca la lista de la compra. Lo titulé «Camión». Maurie me lo publicó en *The Magazine*. Pero eso era cuando todavía contestaba mis cartas.

JENNY

El desayuno era el escenario donde Bethy Bernstine aireaba sus insatisfacciones. Vivía insatisfecha con su padre, con su Ojo Bien Abierto, con el país, el mundo.

—¿Nos preguntamos qué le hemos hecho a esa mujer afroamericana para que no quisiera estar en su propio pellejo?

—Sí, nos lo preguntamos.

—¿Y qué nos contestamos?

—Le he estado dando vueltas... —vaciló Jenny. ¿Era un buen momento o el peor para decirlo?—: También hacemos cosas buenas...

—¿Te refieres a guerras innecesarias? —sugirió Bethy.

—Me refiero a cosas pequeñas y curiosas. He pasado por la obra que hay en la manzana de al lado y están haciendo unos agujeritos cuadrados en la valla de madera para que la gente que pase por la acera pueda ver cómo van avanzando las obras.

Bethy había perfeccionado la mirada de incredulidad desmedida.

—Días felices en el cajón de arena, Winnie.

—Y la bolsa de las sobras para llevar que dan en los restaurantes — insistió Jenny—. Me parece algo muy simpático y sensato, y creo que es una invención cien por cien nacional.

—¡Mamá, por favor! Somos terroristas de estado que comercian con muertes humanas.

—¡Sí, eso también! —asintió entusiasmada su madre.

—¿Cómo le va en la oficina? —le preguntó Jenny a su marido cuando su hija hubo salido de la habitación dando un portazo.

—No le está «yendo» con Benedict ni con Al, si eso es lo que esperas. Ve quitándotelo de la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Yo no espero nada, no digas tonterías. Benedict vive con la muchacha esa de Viena, que es buena chica. Y Al Lesser es muy joven para ella.

Jenny salió a la puerta a despedir a su marido y a su hija.

—Hoy tengo cita por la mañana con el doctor Switt y la consulta está a dos manzanas de vuestra oficina. ¿Por qué no quedamos para comer los tres?

—Buena idea —dijo Joe.

—Gracias pero no, gracias —dijo Bethy.

Jenny compartió el ascensor con la señora Pontefiore. El tiempo les dio para las ocho plantas hasta el vestíbulo, pero la conversación hasta la esquina iba a ser cuesta arriba. Jenny Bernstine y la señora Pontefiore se separaron en el portal con la ficción compartida de que iban en direcciones opuestas. Aun así, Jenny aceleró el paso para alcanzar a una vecina más reciente. No sabía cómo se llamaba aquella joven morena a la que la melenita corta le cabeceaba al ritmo de sus pasos. Ya habían zanjado el tema del tiempo al coincidir en que les encantaba la ciudad en verano, cuando la acompañante de Jenny soltó una risita.

—¿Qué pasa?

La joven vecina volvió a reírse al tiempo que negaba con la cabeza. Jenny no pensaba dejarlo pasar.

—Nada, el crío ese en el carrito, que estaba sonriéndole a su madre, y la madre a él. Una tontería, vamos...

—Ayer me enfadé con el taxista porque no avanzaba —dijo Jenny—. Estaba sonriéndole a un taxi que teníamos parado delante con la puerta abierta y me dijo: «El niño se ha dejado el osito en el asiento de atrás». Como le digo a mi hija, ¡Nueva York es la pera!

—¡Ya lo creo! —corroboró la joven vecina.

—Mi marido cree que los terroristas van a volarnos a todos por los aires.

—Es probable.

La joven vecina abrió entonces el bolso y sacó un cuarto de dólar que metió sin detener la marcha en el parquímetro, para que la guardia de tráfico anulara la multa que había empezado a escribir. Y Jenny Bernstine tuvo tema de conversación:

—¿No te parece un engorro tener coche en Manhattan?

—Ni se me ocurriría.

—¿Entonces de quién es el coche al que acabas de ahorrarle una multa?

—Ah, pues... —La joven se volvió para mirar en ambos sentidos y añadió —: En realidad no lo sé. —Y alzó la mano para despedirse mientras bajaba ya por la boca del metro.

Jenny había ido a confesarse al doctor Switt: había dejado los antidepresivos.

—Es que no estoy deprimida...

Le contó al médico lo del crío y la madre que se sonreían; lo del taxista y el osito de peluche, y lo de la vecina que salvaba de una multa a un conciudadano al que no conocía.

Al otro lado de la mesa el médico tenía el aire apurado de un hombre que no pilla un chiste.

—Lleva su tiempo combinar los medicamentos adecuados en la dosis necesaria.

Joe no iba a comer fuera. La llegada de Jenny coincidió con una entrega de libros y su marido prefirió quedarse a clasificarlos.

—Pues comeré con Bethy. ¿Qué sitio nos recomiendas por aquí cerca?

—Mamá, te lo he dicho esta mañana, ¡que no! Ene o.

—Pues me llevo yo a Jenny a comer en mi nuevo restaurante favorito..., a solo dos manzanas —se ofreció Lucy.

LUCY Y JENNY

Las dos amigas pasaron por delante de una interesante pareja, mayor que ellas, sentada ante la ventana.

—¡Me han cogido mi sitio! —se quejó Lucy a la dueña nada sonriente del Café Provence—. Pero aquí vamos a estar bien si nos trae un poco de ese pan tan rico.

Lucy y Jenny se sentaron y se comieron el pan tan rico. La primera no paraba de mirar con ojos de viuda a la mujer y el hombre que estaban en la mesa de la ventana.

—Parece que están acostumbrados a charlar.

—Igual que nosotras —repuso Jenny—. Yo he bajado hoy con mi vecina, la señora Pontefiore, en el ascensor, que es como un bonito armarito pensado

para intimar, aunque solo hemos hablado del tiempo. En realidad ni la señora Pontefiore ni yo sabemos ni queremos saber nada de la vida de la otra. Y por qué, me pregunto yo. Tú y yo llevamos medio siglo hablando y seguimos haciéndolo.

¿De qué hablaban estas dos viejas amigas? Hablaban de su conversación de cincuenta años de antigüedad, que tenía dos trayectorias: una circular, que siempre orbitaba hacia atrás, hacia las cuestiones familiares, mientras que en la otra las órbitas iban ampliándose cada vez más, orbitando desde sus vacaciones en Venecia, cuando se licenciaron, con Joe y Bernie, los dos hombres con los que tal vez fueran a casarse y tal vez no, hasta ese almuerzo en el Café Provence de la calle 57.

Lucy le contó a Jenny lo de que Maurie ni había aceptado ni había rechazado su relato titulado «El enano saltarín en urgencias», que había enviado en octubre a *The Magazine*.

—¡Y estamos en agosto! ¿Cuánto tiempo puede llevarle a alguien leer un relato de tres páginas? —Aunque era una duda suya de siempre, nunca le había preguntado a Jenny si ella leía sus relatos.

Y luego hablaron de los hijos.

—Ay, Bethy, pobrecita mía... Eso de no dejar que su madre la saque a comer... ¿Tan infeliz es? ¿O es que está enfadada conmigo? ¿O será por pura crueldad?

—Me acuerdo de ver a mi pequeño Benedict camino del baño y decirle: «Tienes el pelo muy largo». Y luego, cuando lo veía salir, le decía: «Métete la camisa por dentro». Una los mira con el corazón transido de amor, queriendo que sean felices, que se metan la camisa por dentro. Hoy en la oficina yo sabía perfectamente que quitar el chándal de un hijo adulto de debajo de una silla es un atentado contra su libertad, así que lo he hecho rápido, rápido, como quien engulle a toda prisa un alimento prohibido para no darle tiempo al cuerpo a registrar las calorías.

Jenny estaba pensando en Bethy.

—Me dice que no hablo de cosas reales, de los asuntos de actualidad, y Lucy, he estado pensándolo y, el otro día, cuando viniste a cenar a casa... ¿tú te acuerdas de si mencionamos en algún momento lo del tsunami? ¿Antes sí hablábamos de la crisis de Berlín del sesenta y uno? ¿De los Rosenberg? ¿De McCarthy, el Sputnik, los misiles de Cuba, la guerra de los Seis Días? ¿El

Watergate? Sí. Del asesinato de Kennedy... de eso hablaba todo el mundo. ¿Selma? Vietnam...

—¡Y qué fiestas dábamos! —recordó Lucy.

—El MoMA era como nuestro club en el centro. Casi no podíamos permitirnos ir al teatro. Y la ópera nunca nos entusiasmó.

—Bernie siempre sabía dónde había buen jazz. Y luego Joe y tú os mudasteis a Connecticut, con lo del Concordance. Bernie está muerto. Y ahora has vuelto y somos dos señoras mayores y estamos aquí charlando. —Por la calle pasó una ambulancia—. Me viene este sabor familiar a hiel... pero es raro, lo noto en las entrañas.

Localizó a la dueña, que estaba hablando con la pareja de la ventana, llamó su atención y firmó una cuenta en el aire.

—Vente conmigo. Ya que estoy por el centro, quiero ir a ver escaparates.

—¡No puedo! Tengo que volver a la oficina a leer *El último hombre* de Mary Shelley.

JACK Y HOPE

La pareja que ocupaba la mesa favorita de Lucy eran Jack y Hope. Él la había telefoneado, la había invitado a almorzar y le había dicho: «Tengo planes». No hubo necesidad de especificar el Café Provence ni la hora, a las doce menos cuarto, cuando no habría problema para conseguir la mesa de la ventana. La dueña les llevó la carta y les cantó las recomendaciones del día.

—Siempre pienso en pedir algo distinto —dijo Hope, pero acabó pidiendo la sopa de cebolla.

Jack se decantó por el *cassoulet* a la par que decía:

—Debería comer más pescado. Y una botella del Merlot de la casa. Puede ir trayéndola —le pidió a la dueña.

—Y una ensalada para compartir —añadió Hope, que se fijó en que Jack seguía con la mirada a la dueña mientras ésta se alejaba en dirección a la barra enfundada en una falda bastante corta para una mujer que había superado los cincuenta.

Contempló las largas piernas morenas y atléticas con los ojos de Jack, y luego se quedó mirándolo a él, un hombre grande con una cara grande, morena y con barba. Él le devolvió la mirada.

—¿Y?

—Bien, supongo. ¿Y tú?

—Volvamos a mis planes: Si fuera Nochevieja y hubiera que hacer una lista de buenos propósitos para el Año Nuevo, ¿cuáles serían los tuyos?

A Hope se le despertó de golpe el interés.

—Déjame pensar. Empieza tú.

—Jeremy dice que tengo que vigilar lo que como. —Jeremy era su hijo—. Idea para una ilustración del *New Yorker*: un hombre gordo comiéndose un capón entero delante de un espejo con la leyenda ENRIQUE VIII VIGILA LO QUE COME.

—Ver lo que quiero ver y apagar luego la tele. Me siento sucia cuando me despierto por la mañana delante de la pantalla parpadeante.

—Se acabó pedir libros por Amazon hasta que no me lea los que tengo en las estanterías.

—Colgar la ropa en el armario, aunque no vaya a venir nadie a casa. Nora es muy estricta conmigo. —La hija de Hope.

Llegó la botella. Jack procedió con la inspección de la etiqueta, el olisqueo del corcho y el paladeo. Asintió. Llegó la ensalada. Hope la sirvió en los dos platos.

—En la Provenza se sirve después del plato principal.

Jack señaló el pelo de Hope, que se había hecho un recogido.

—Te queda muy bien —comentó.

—Gracias. Y el propósito de siempre: ¿cómo se llamaba mi profesora de francés cuando volvimos de París? Llegué a hacer nueve años de francés... pero al final eras tú el que hablaba siempre.

—Para aprender a rezar.

Hope miró al otro lado de la mesa para ver si hablaba en serio. Con gesto concentrado, Jack intentaba introducirse en la boca una hoja entera de lechuga.

—Nunca entenderé esa manía de no cortarla en trozos masticables —dijo Hope.

Llegó la sopa de cebolla; llegó el *cassoulet*. Jack le preguntó a Hope si le

gustaría volver.

—¡Volver! ¿A la Provenza?

—A Aix, a París.

Jack y Hope habían vivido juntos antes de casarse con otras dos personas. Con el tiempo él se separó de su mujer, que con el tiempo murió. Hope se había quedado viuda.

—Quería preguntarte una cosa. ¿Te suena que alguna vez fuéramos juntos a un parque muy antiguo? ¿Recuerdas que paseáramos bajo árboles centenarios? ¿Dónde fue que nos tendimos en el césped y nos quedamos mirando la copa de un árbol? ¿En Francia? ¿O en Inglaterra? ¿O sería el parque de algún libro?

—¿Qué nos impide volver? —preguntó Jack.

Por supuesto, había razones que se lo impedían. En ese momento, dos de las más menudas estaban aplastando las naricitas contra la cristalera del restaurante.

John, de ocho años, tenía los pulgares metidos en las orejas y agitaba los deditos para saludar a su abuelo. Hope hizo como que cogía las manos de su nieta a través del cristal. La pequeña Miranda rió. En la acera estaba la hija de Hope, Nora, con Julia, la pequeña, en el carrito; venía a recoger a su madre. El hijo de Jack, Jeremy, había ido a por su padre.

—Voy un momento al servicio —le dijo Hope a su hija moviendo los labios.

—¿Qué? —movió los labios a su vez Nora, cuyos elegantes rasgos se afilaron por la irritación. La cría estaba berreando y a sus espaldas pasó una ambulancia con su gemido correspondiente—. No esperará que la oiga... —le dijo a Jeremy.

Éste le pidió a Nora que se quedara con los niños.

—Voy a entrar a por él y veré qué es lo que quiere tu madre.

En el umbral, Jeremy se hizo a un lado para dejar salir a Jenny y Lucy. Fue directo a la esquina donde, una hora antes, había plegado la silla de ruedas de su padre y la acercó a la mesa.

Hope se levantó y la rodeó para darle un beso a Jack y que éste se despidiera de ella con otro beso.

—Marchando, papá. Tengo que volver a la oficina.

—Te llamo —le dijo Jack a Hope—, y quedamos para comer.

Hope volvió a hablarle a su hija moviendo solo los labios.

—Julie, ¡haz el favor de callarte! —exclamó Nora, y la cría se puso a chillar—. ¡¿QUÉ QUIERES, mamá?!

La anciana señaló con un dedo hacia el baño de mujeres.

Su hija le respondió por señas:

—¿Necesitas que vaya —señalándose a sí misma— contigo? —señalando a su madre.

La mujer negó con la cabeza. Una de las ventajas del Café Provence era que los baños estaban en la planta baja, y no en el sótano, al pie de una larga escalera.

Abrió la puerta del baño de mujeres y vio, en el espejo sobre los lavamanos, que el pelo se le estaba escapando de las horquillas. Se las quitó todas y se quedó mirando a aquella bruja a la que le caían bucles anidados y canos por los hombros, y vio lo que debió ver en su momento Diane Arbus y se quedó desolada, y esa desolación le aguijoneó al instante el interés: «Tengo planes: el factor Arbus de la vejez», estaba deseando decirle a Jack la próxima vez que Jeremy y Nora pudieran ponerse de acuerdo para llevarlos a comer al Café Provence.

JENNY

Verano, y Manhattan se queda en trance, gustosa en su melancolía por la ausencia de los amigos que parten al extranjero, a sus casas a orillas de lagos estivales o en escapaditas a tiro de piedra por las playas del estado. Jenny tiene la tarde para ella. Ni una sola persona en el mundo —bueno, tal vez Lucy — sabe que está caminando por «LA Quinta Avenida», como la llamaba Henry James, una turista más en su propia ciudad. Nunca deja de sorprenderle el gigantismo de las nuevas estructuras de cristal. ¿Desde cuándo esa manzana y la siguiente se han vuelto tan sórdidas y descarnadas? Va en pos del viejo glamour, que se ha mudado una manzana más al este. Allí, tras el inmenso cristal laminado, hay únicamente una blusa de algodón, exquisita, seductora,

menuda, traslúcida y con manga murciélago, de mil dólares.

Camina y sigue caminando, pasando por delante de una tienda tras otra antes de atreverse a franquear sus grandes puertas dobles de cristal. El interior es diseño de Gehry.

¿Es el repliegue subliminal de la cabeza de Jenny Bernstine entre los hombros lo que provoca esa expresión que solo un dromedario rumiando o una dependienta ociosa de boutique de la avenida Madison puede adoptar? La vendedora intuye el acercamiento... ve un merodeo por las inmediaciones de su territorio... al mal cliente: el no cliente.

Jenny sonríe a los ojos escandalosamente inhospitalarios de la dependienta de boutique de la avenida Madison.

—De pequeña soñaba con un traje así —le dice—. ¡Un vestido de noche! —Deja que la delicuescencia color té le resbale por el dorso de la mano—. ¡Me encantaría comprarle a mi hija un vestido de noche color té! Lo que pasa es que una hija mayor antes prefiere aparecer muerta en una cuneta que ponerse algo que le haya escogido su madre —se puso a contar Jenny—. Lo que podría hacer es comprármelo para mí y que luego ella, si quiere, me lo coja prestado, ¿no?

¿Se había precipitado en su juicio la dependienta de la avenida Madison? Su expresión facial sufre una alteración. Había un juego con el que a Joe le gustaba divertir a Bethy de pequeña. Ponía cara de máscara de tragedia y luego se la borraba pasándose por encima una mano que iba revelando una sonrisa de comedia. La mueca de la dependienta refleja su disposición de ayudar a la clienta, que tal vez resulte ser una clienta real: si la joven es castaña, estas notas doradas serán perfectas para acentuar su color.

—Lo suyo es más bien un rubio rojizo, como san Giuliano.

Qué bonito, y justo con ese color, en opinión de la dependienta, combinaría de maravilla.

—Creo que tiene razón —coincide la clienta—, si no fuera porque la seda color té iría radicalmente en contra de las ideas políticas de mi hija.

La sonrisa se desvanece y deja paso a la mirada, en la cara de la dependienta de la avenida Madison, de un desaliento extremo. No es ninguna jovencita y apenas llega a fin de mes con su sueldo sin las comisiones por las ventas a los clientes que se han marchado al extranjero, a sus casas a orillas de lagos estivales o a las playas del estado de Nueva York. Su mirada de

derrota acompaña a Jenny hasta las escaleras mecánicas que llevan a las plantas de mayor categoría y se queda flotando como un aroma alrededor de las colecciones con nombres de diseñadores conocidos por quienes saben del genio humano que se expresa a través de blusas de algodón de mangas vaporosas combinadas con faldas transparentes de un palmo y abrigos multicolor que a una nunca se le ocurriría combinar: telas bordadas, | recamadas con rayos de oro y plata, | las azules, las oscuras, las negras, y las moteadas, las estampadas, las de lunares, las de topos... La dependienta no se equivocó en su primera impresión: Jenny no va a comprar nada y Bethy jamás se pondría un vestido color té para ir al baile.

BETHY

Bethy había intentado localizar a su madre pero nadie sabía adónde la había llevado Lucy a comer. Ninguna de las dos amigas tenía móvil, de modo que, hasta que no llegó a casa a última hora de la tarde, Jenny no se enteró de que Joe había dejado de respirar y la ambulancia se lo había llevado a las urgencias del Cedars of Lebanon.

Para cuando Jenny, con la cara contraída y encogida por el terror, se abrió paso por entre las cortinas de su cubículo, Joe ya tenía pintada una sonrisa en la boca y Bethy, tras haber sobrevivido a su propio infierno de temores, estaba dejándole esbozarla.

—A la hora de comer, cuando te pasaste por la oficina, papá ya se olía que algo no iba bien pero, ¡siguió desempaquetando sus apocalipsis! —chilló la hija.

—Uno piensa: «Si estoy haciendo lo mismo que hago cuando estoy bien, es que debo estar bien» —dijo Joe.

—¿Por qué sonríes?! —gritó la hija, fuera de sí.

—¡Bethy! —la reconvino Jenny.

—Todavía no me he muerto.

—¿Sabes cómo te llama Al a tus espaldas? ¡El Sonrisas!

—Beth, ¡por favor!

—Benedict dice que es una sonrisa vieja escuela, que la llevas en la sangre.

—Tiene su gracia —opinó el padre.

La joven y guapa doctora Miriam Haddad entró con el historial médico de Joe Bernstine y anunció:

—Tiene bien las constantes vitales pero el doctor Stimson, el jefe de urgencias, quiere que se quede usted el fin de semana en observación. Es solo para ver qué es lo que está pasando.

—Cielo —le dice Jenny a Bethy al día siguiente—, en realidad no hace falta que te quedas.

—Si en realidad no hace falta, ¿entonces por qué estás tú aquí? Si tú te quedas, ¿por qué no voy a quedarme yo?

De modo que las dos se quedan con Joe.

—¿Por qué tiene que estar en cama? —pregunta Bethy—. Tampoco se encuentra tan mal.

Dicho esto se levanta, va hasta el televisor y lo enciende. Su padre se vuelve sobre un costado para ver la película antigua. El traje de gala del protagonista deja entrever que tiene una cintura. También hombros y un estómago plano. Es el protagonista, en traje de gala, saliendo por una ventana.

—Apágalo —pide Joe.

—¿Por qué? —protesta Bethy.

El hombre vestido con el traje de gala se ha incorporado y las punteras de los zapatos de noche sobresalen de la estrecha cornisa.

—Apágalo —repite.

—Bethy, por favor, apaga la televisión.

—No pienso apagarla.

Joe ha vuelto la cara hacia la pared pero con una mirada de soslayo sigue los movimientos del hombre de la cornisa, que ha extendido las manos para tocar la pared que tiene detrás y se va desplazando por la cornisa con la vista clavada en el tráfico pigmeo que discurre tantas plantas por debajo. Joe se incorpora e intenta desenredar las piernas de la sábana para tantear el suelo con los pies.

—¿Adónde vas? —le pregunta Bethy a su padre.

—Al baño.

—¡Bethy! —le ruega Jenny.

—Pero ¿qué es lo que le pasa?

—Que no está bien.

—Pero sí que lo está. ¡La médico ha dicho que tiene las constantes vitales bien!

Jenny y Bethy ven la película. Oyen que Joe se mueve por el pequeño baño.

—¡Papá! ¡Tienes que volver! Ha encontrado una ventana y está entrando otra vez.

—Bethy, déjalo.

—¿Que deje qué?

Joe sale del baño y vuelve a la cama. Ven la película. En la habitación en la que ha entrado el hombre del traje de gala hay un escritorio. El hombre del traje de gala abre el cajón superior derecho, saca un primer objeto, lo suelta y coge un segundo. Como ningún espectador aguantaría sin protestar el tiempo que dura una búsqueda real, pasa directamente a abrir el cajón de abajo. Está de espaldas a la puerta por la que puede entrar el hombre de la pistola en cualquier momento.

—Apágalo, por favor —suplica Joe.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —chilla Bethy.

Jenny se levanta, apaga el televisor y dice:

—Cielo, por qué no me traes un café, anda.

—¡El ojo bien abierto que no puede ver una película tonta de un tonto en una cornisa! —grita Bethy.

—Bethy, por favor, ya está bien.

—¡El autor de la Recopilación Definitiva del Apocalipsis! —Bethy se aleja por el umbral.

De camino a casa, Bethy tuvo que soportar la mano de su madre sobre el puño. Jenny, feliz por la tregua, ansiaba conectar con su hija. Pero la intuición de que ésta se negaría a dejarse entretener por relatos de madres y críos sonrientes o taxistas con corazones imaginativos hizo que la propia Jenny dudara de la importancia de esos pequeños encantos y acabara contándole mal la historia.

—¿Sabes la vecina del sexto que se mudó hace un mes? —le preguntó a Bethy.

—Sí, ¿qué le pasa?

—Que echó una moneda en el parquímetro para impedir que multaran el coche de alguien... de una persona que ni siquiera conocía.

Bethy miró a su madre como si fuera un extraterrestre venido de un planeta en vías de desarrollo.

Jenny pensó: «Mi pobre pequeña es una mujer desagradable», y se preguntó cuánto tiempo le costaría olvidar haber tenido ese pensamiento.

LILLY Y SADIE

Jenny le había llevado el albornoz de casa, y Joe se paseaba por la unidad de observación cuando creyó reconocer a la anciana negra extragrande con las manos deformadas por la artritis. Era la mayor de las hermanas cuyo difunto taller de confección servía actualmente de oficina al Ojo Bien Abierto. ¿Lilly Cobbler en silla de ruedas? Joe se acercó para saludarla, pero la anciana dormía con la boca caída, como desencajada de unas bisagras, y decidió seguir andando. Regresó, no obstante, una primera vez, y una segunda, hasta que vio que tenía los ojos abiertos y se acercó para decirle:

—Usted es la señora Cobbler, ¿verdad? Joe Bernstine, de la calle Cincuenta y siete. ¡Hay que ver, los dos aquí metidos!

La cara de Lilly Cobbler no sufrió alteración alguna; los ojos no mostraron ninguna señal de reconocimiento ni, en realidad, de mera visión. La lengua trabajaba sin descanso en el interior de la boca abierta.

Un día, cuando era pequeño, vio un gato atigrado que se escabullía por debajo de un seto de alheña. Pero la mano que había alargado para acariciar el pelaje sedoso se topó con un *rigor mortis*. El niño se alejó de un brinco del cuerpo vaciado de vida del animal con el mismo espanto con que el hombre se apartaría del cuerpo vaciado de mente de Lilly Cobbler. Cuando dio media vuelta, vio que la doctora Haddad iba hacia él.

—¿Qué le ha pasado a Lilly Cobbler?

—¿La conoce?

—Sí. ¿Qué le pasa?

—¿Y conocía usted por casualidad a la hermana?

—Sadie Woodway, la pequeña, sí. —Joe le hizo un breve resumen de sus transacciones comerciales con las dos modistas—. Fue Sadie la que vino a la firma con el abogado. Después bajamos juntos y nos tomamos un café y estuvimos charlando.

La doctora Haddad le preguntó si le importaría hablar con su marido, Salman. Era el jefe de seguridad del Cedars of Lebanon. La médico lo llamó a su despacho pero había salido. Tampoco logró contactar con Stimson, que había añadido a las hermanas en su registro de mayores de sesenta y dos perturbados: una catatónica y la otra suicida. Le preguntó a Bernstine si sabía que Sadie Woodway se había matado.

—¿Sadie? ¡Imposible! ¿Sadie Woodway?

—Saltó de una azotea en la calle Cincuenta y siete.

—¿Aquella mujer era Sadie?

Joe hizo un esfuerzo por superponer el cuerpo del patio con el de la mujer que se había sentado al otro lado de la mesa y cogía la taza no por el asa, sino envolviéndola con las dos manos. El pecho, donde creía tener el corazón, se le contrajo. En ésas llegó a visitarlo Lucy Friedgold. Joe se la presentó a la médico como la empleada de su empresa que había presenciado el suicidio en directo.

—Resulta que era una de las dos modistas que nos traspasaron las oficinas. —Sadie Woodway tenía una risa bonita, le dijo Joe a la doctora—. Le parecía descacharrante que su don en esta vida fuera diseñar camisetas feas de hombre para el Abierto de Estados Unidos... con varias capas de parches y... yo qué sé, dibujos bicolors en las axilas. Al año siguiente le decían: «Haz lo mismo pero distinto». Sadie tenía una de esas risitas interiores, como si se hubiera tragado una carcajada y temiera no poder parar si abría la boca. ¿Qué posibilidades hay de conseguir un café por aquí? —preguntó mirando angustiado a su alrededor.

—Yo también me tomaría uno. ¿Y usted? —le preguntó la doctora Haddad a Lucy antes de hacerle una señal a una auxiliar.

—Creo que tuvo que ser duro para ambas lo de dejar el negocio, pero Lilly ya no soportaba el dolor de las manos y Sadie padecía del corazón —

comentó Joe.

—Por eso la trajo su hermana a urgencias —les contó la médico.

—¿Qué edad tenía Sadie? —preguntó Lucy.

—La suficiente para quejarse de olvidar los nombres de clientas que conocían desde hacía años —recordó Joe—. Se hacían una señal con la mano que quería decir: «Dime su nombre porque no me acuerdo de cómo se llama». Yo le dije, en fin... lo de siempre: «Eso nos pasa a todos». Sadie me contó que había dos clientas a las que era incapaz de distinguir, y me acordé del Pnin de Nabokov, que nunca daba clase si no había un par de gemelos idénticos entre el alumnado. ¡A Sadie le encantó aquello! «Perdone (le habría dicho a su clienta), ¿es usted la gemela a la que estamos ensanchándole la vieja falda de sarga azul marino, o la gemela que viene para que le arreglemos el traje de madrina de seda malva?». Y se rió con su risita interior. No sé..., no me imagino a Sadie Woodway tirándose por una ventana.

—De la azotea —precisó la médico.

—¿Y a Lilly Cobbler? ¿Qué le ha pasado, por favor?

—Daban la impresión de ser dos mujeres muy cuerdas... A la mayor, Lilly, se la veía angustiada, pero dentro de lo normal, cuando trajo a su hermana a urgencias. Sadie estaba teniendo palpitaciones. Eso fue un sábado. Le dijimos que volviera el lunes para ver al cardiólogo, pero el domingo por la mañana Sadie, la pequeña, trajo a la mayor como acaba de verla usted. Se quedó con ella todo el día. La enfermera me llamó para que fuera y la observamos las dos juntas. Sadie estaba sujetándole la boca a su hermana para que no se la abriera.

La auxiliar llegó con los cafés en tres vasitos de papel encajados en tres agujeros de una bandeja de cartón.

—Yo tengo galletitas. Podemos hacer un picnic —dijo, triste, Lucy.

—Sadie le daba agua a cucharadas a su hermana —prosiguió la médico—, pero la otra no dejaba de sacarla con la lengua. Así que Sadie le pasó un frasquito de perfume por la nariz y le dijo: «¡Huele, Lilly, huele, huele! ¡Huele esto, Lilly!». Pero ésta, nada, seguía con la boca abierta. Sadie le frotó la sien derecha, la izquierda, las dos, le acarició la mejilla, le dio una palmadita, y venga caricias y venga palmaditas. Buscó el pie de su hermana bajo la sábana y lo masajeó.

»Cuando entré, Sadie sostenía una fotografía a la altura de los ojos de su

hermana. Le pregunté si podía verla: un gran picnic afroamericano. Niños pequeños sentados a lo indio en el césped y en el regazo de las mujeres que ocupan las sillas de la primera fila. Los de la segunda fila están de pie, y en las siguientes, filas y más filas, todo el mundo anda de buen humor. Sadie me contó que, en total, eran sesenta y cuatro Woodway. Su tatarabuelo se había trasladado con su familia al norte, a Seattle. Pero ahora, claro, según contaba, estaban desperdigados por todas partes. El marido de Lilly murió..., era de Chicago, y Sadie nunca se casó. El tema es que llegaron a Nueva York y empezaron a coser y les fue muy bien. Cada cinco años se reunían todos en Seattle para la barbacoa familiar. Sadie me contó que había estado muy unida a su hermana, que tenía catorce años cuando se fueron, mientras que Sadie podía tener... ¿unos nueve? Lilly se acordaba de los nombres de todas sus tías y de con quién se había casado cada primo y quiénes habían muerto, y si no se acordaba de los nombres de los hijos, no se cortaba y lo preguntaba.

»La policía ha venido dos veces: el portero del edificio vio a Sadie Woodway entrar en el ascensor a eso de las ocho de la mañana pero, como conocía a las hermanas desde hacía veinte años, no le dio más importancia. Debíó de subir hasta la azotea en el ascensor, pero ¡no saltó hasta las doce del mediodía! La policía ha estado hablando con mi marido.

Fue entonces cuando Joe sugirió que su personal y él podían ser de ayuda en lo que, si no se equivocaba, estaba pasando en las urgencias del Cedars of Lebanon.

—Si le interesa, puede buscarme en Google. Verá el trabajo que hice en el Concordance Institute —le dijo a la doctora Haddad.

LA DOCTORA MIRIAM HADDAD

Sin embargo, antes de buscar a Joe Bernstine en Google, la médico llamó al departamento jurídico del hospital para informar de que había revelado a un tercero datos médicos sobre dos pacientes.

¿Era ese tercero un pariente o alguien vinculado al cuidado de las pacientes? ¿Que no? Entonces no había ningún problema. Si la médico consultaba un ejemplar de las Normas de Privacidad del Cedars of Lebanon

(que se les exigía firmar a todos los pacientes, aunque todavía no se sabía de nadie que las hubiese leído), vería que lo único que tenía que hacer la doctora Haddad era que los pacientes le firmasen «una autorización para mostrar a terceros su historial médico».

¿Que una de las pacientes estaba catatónica y la otra muerta? En tal caso, dilucidó el departamento jurídico, no era probable que fueran de las que ejercen su derecho «a recibir una compensación por tales revelaciones». Y, en todo caso, existían tres excepciones que permitían revelar información sobre un paciente a un tercero, si la médico se fijaba (en este punto el departamento jurídico se tomó un momento para contar hasta la línea 32: excepción (1) «facilitar el tratamiento», (2) «cobrar la factura» y (3) «asuntos generales del hospital», epígrafe éste último que, en su ambigüedad, podía buenamente responder al resto de las contingencias.) El departamento jurídico añadió que, si había algo más en lo que el departamento jurídico podía serle de ayuda, no dudara en volver a solicitar su consejo.

Miriam y Salman Haddad se informaron en Google sobre la relación que Joseph Bernstine había mantenido durante dos décadas con el respetado Concordance Institute, que había cofundado y dirigido durante once años. Los vínculos del centro con el Gobierno y su lista de asesores —dos de ellos laureados con el Nobel— eran impresionantes.

*

—Tenemos que reunirnos con mi padre en el Cedars of Lebanon —informó Bethy a Benedict en cuanto éste llegó a la oficina.

—Creía que hoy le daban el alta.

—Y se la han dado. Es nuestra reunión de los lunes, pero en el Cedars.

—¿Dónde está mi madre?

—¡Y yo qué sé!

—Me refiero a que si está en el Cedars o no. No está enferma, ¿verdad?

—A mí que me registren. Mi padre me ha dicho que le consiga un móvil.

—¿Un móvil para mi madre? Pero si no sabe cómo funcionan...

—Me ha dicho que se lo enseñemos.

—Aquí es donde murió mi padre —dijo Benedict mientras seguía a Al y a Bethy por la puerta giratoria.

Los tres echaron la cabeza hacia atrás para contemplar el alto techo abovedado del vestíbulo.

—Una catedral joven —dijo Al.

—Un contenedor de aire gigantesco —dijo Benedict.

Creían que no había nadie más que el conserje, que estaba describiendo círculos con una pulidora industrial por la extensión de mármol amarillo, cuando Joe Bernstine dijo:

—¡Muy buenas!

El conserje saltó del borde de una fuente de mármol donde nadaban unos pececillos en torno a un islote en el que crecían cañas de bambú de medio metro. Había más cañas en otra fuente similar, cerca de la entrada este. Fue un alivio para Benedict ver a su madre haciendo cola delante de un carrito de Starbucks tras las grandes puertas de cristal.

—Nos va a traer unos *lattes* —explicó Joe.

Benedict agrandó los ojos.

—No parece enferma...

Joe lo mandó callar con un movimiento de cabeza que parecía indicarle las hierbas gigantes y articuló con los labios un:

—Podría haber micros.

—Joe y sus micros —dijo Benedict en un aparte a Al, que se rió.

Ambos dieron por sentado —y se equivocaron— que lo que Joe les había contado sobre un ingenioso aparato al que llamaba «micro invertido» (que podía introducirse en una habitación para emitir a los del interior información que habrían preferido no escuchar) era otra de sus ideas disparatadas. Siguieron a su pequeño jefe hasta el centro del espacio diáfano, donde un segundo conserje llegó con varias sillas de diseño apiladas y las fue disponiendo en círculo.

—Sentaos y ojo avizor.

—¿A qué? —preguntó Bethy.

¿Qué era lo que tenían que ver? Una cuidadora voluntaria con un bonito peinado que estaba revolviendo el fondo de un gran bolso encontró sus llaves y abrió una puerta. Al poco se encendieron las luces de la tienda de regalos,

con sus estantes especializados en objetos que no eran ni bonitos ni interesantes ni útiles y que a nadie se le pasaba por la cabeza querer poseer. Media docena de internos, con sus batas blancas abiertas y bamboleantes y con caras de buenas personas con aguante para los estudios prolongados, se dirigían rápidamente hacia los ascensores al este. Iban riendo.

Lucy se les acercó caminando sobre su reflejo invertido en el pulido intenso del suelo. Llevaba dos vasos de cartón en la mano y tosía.

—No tendremos problema en sortear el triaje —dijo Joe.

—¿Para qué? —preguntó Benedict, pero su jefe estaba levantándose de la silla.

Todos lo imitaron y Joe les presentó a la doctora Haddad.

—Ya conoce usted a Lucy Friedgold, ¿la recuerda?, la que fue testigo casual del suicidio. Su hijo, Benedict Friedgold. Al Lesser. Y mi hija, Beth Bernstine. La doctora Haddad nos va a poner al corriente de lo que está pasando en su unidad.

—Nuestro jefe de urgencias ha tenido que salir y me ha pedido que haga de enlace. Al señor Bernstine le gusta llamarlo «alzheimer de imitación», a lo que sea a lo que estemos enfrentándonos. Como saben, el alzheimer es una enfermedad que tarda décadas en desarrollarse, una vida, generaciones..., pero tenemos la impresión de estar viendo pacientes que contraen demencia delante de nuestros ojos. Usted —le dijo la médico a Joe— estaba en urgencias cuando Anstiss Adams perdió los papeles. Siempre la había tenido por la persona más cuerda del mundo.

—¿Qué hizo? —preguntó Bethy.

—¿Qué edad tiene? —preguntó a su vez Lucy.

—Noventa y pico.

Lucy echó cálculos: con sus setenta y cinco, era al menos quince años más joven que Anstiss, que había perdido los papeles. Era un alivio para ella.

—¿Y cuándo han reparado en este número inusual de pacientes que contraen demencia? Hablamos de mayores de sesenta y dos, ¿verdad?

—Sí. El doctor Stimson empezó a llevar un registro... casualmente el mismo día que lo ingresaron a usted la última vez.

—¿Y qué es lo que les pasa a estos pacientes? —preguntó Bethy.

—¿Pero la gente mayor no «pilla» demencia de forma natural? —preguntó

Al, que tenía una abuela viva.

—Sí, continuamente, pero no tantos a la vez.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Pues todos los mayores de sesenta y dos —contestó la médico.

Ante lo cual, Bethy se dijo: «Si nadie piensa hacer caso a mi pregunta, no pienso decir una palabra más».

—Esta mañana nos ha llegado otro, en silla de ruedas, lo ha traído su hijo. Un varón de ochenta y cinco años con diabetes y problemas asociados. Se ha puesto a llorar, y venga a llorar y llorar, parecía incapaz de parar.

Ochenta y cinco menos setenta y cinco: el diabético con problemas asociados era diez años mayor que Lucy.

—Y sus amigas, señor Bernstine: Lilly Cobbler y Sadie Woodway. Precisamente la casualidad de que el señor Bernstine conociera a la suicida, así como la información que nos ha proporcionado para nuestra investigación, es lo que nos ha llevado a proponer algún tipo de cooperación entre su organización y la unidad de urgencias.

La gente del Repertorio no estaba al tanto: les dio repelús pensar que la muerta del patio había estado viva y había caminado por los mismos espacios por los que ellos andaban y donde se sentaban ante sus ordenadores.

La doctora Haddad les contó que Lilly Cobbler había llevado a su hermana para que la ingresaran.

—Fue una de esas noches de sábado infernales. Lo que necesitamos es una unidad de urgencias decente...

—¿Por qué no ocupan este vestíbulo despoblado? —propuso Benedict.

Había estado intentando entablar contacto ocular con la médico, que era joven, tenía cara de flor y llevaba unas gafas retro con montura azul claro y un interesante velo que le cubría todo el pelo; las dos puntas le llegaban hasta la cintura. Hablaba en tono tajante y rápido, con un asomo de ceceo.

—Además, lo más normal era que, encima, pillase aquí alguna infección, vete tú a saber cuál, como si no hubiera suficiente con su problema de corazón, de modo que la mandamos a casa y le dimos cita con nuestro cardiólogo el lunes siguiente, pero el domingo por la mañana las dos hermanas eran las primeras pacientes en la sala de espera: una catatónica y la otra, como se supo luego, suicida.

—Hermanas... ¿No tendrían el mismo gen de la demencia? —conjeturó Benedict.

—Podría ser, pero ¿cuál es la probabilidad estadística de que las dos tengan un brote en un plazo de doce horas?

—¡El estrés! —propuso Lucy—. Sadie estaba enferma y Lilly muy asustada y van ustedes y ¿las mandan a casa?

—¡Pero Sadie tenía bien las constantes vitales! Mandé a mi enfermera jefe a que la examinara y ¡las tenía normales! La enfermera Gómez le diagnosticó brote repentino de pelo cano.

—A mi abuela le dio un brote repentino de pelo rojo.

—Pero ¿qué es lo que está haciendo perder la chaveta a nuestros pacientes más ancianos?

—¿Y qué pintamos nosotros en todo esto? —terció Benedict.

—El señor Bernstine nos ha sugerido la posibilidad de que existan entes interesados en manipular este... llamémoslo alzheimer, y convertirlo en una epidemia.

—¡Joe! —gritó Benedict—. ¡Una epidemia de alzheimer! ¡Eso es mucho mejor que el resfriado común!

El joven empleado tendría que haber sabido que era absurdo airear un chiste de oficina en público, pero le irritaba que la joven doctora no apartara sus ojos perspicaces del tío Joe.

—Normalmente, como dice el señor Bernstine, uno se limitaría a asombrarse, pero, si nos paramos a pensarlo, ¿qué pasa si dentro de un año estamos ante una comisión de investigación y alguien nos pregunta: «¿Cómo no se les ocurrió atar cabos?»?

—¿Y si le preguntan que por qué no informó de la epidemia a los centros de control de enfermedades?

—Porque de momento no hay nada de lo que informar —intervino Joe—. Tú te encargarás de documentarte sobre los diversos tipos de demencia y las causas conocidas de cada uno —le ordenó a Benedict.

—Lo que decías de los entes... —le preguntó éste a su jefe—. ¿Cómo se supone que están manipulando lo que pasa dentro de los confines de la unidad de urgencias?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. La legionela se contagia por los

conductos del aire acondicionado. El agua puede contaminarse. Hay ratas, mosquitos, riesgos biológicos y radiológicos... Existen gases inodoros. La persona que hace unos años se dedicaba a alterar frascos de medicamentos campa aún a sus anchas. Igual que el que mandaba ántrax por correo. Lucy, lo hemos dispuesto todo para que pases la noche en urgencias y estés pendiente.

—¿De qué tengo que estar pendiente? —se inquietó Lucy.

—De atar cabos y entes.

—Lucy, acuérdate de nuestro viaje a Venecia. ¿Verdad que nos decías a los demás lo que habíamos tenido delante de nuestros ojos pero no habíamos sido capaces de ver? Ingresarás como una paciente más y mantendrás los ojos bien abiertos.

—Y yo estaré de guardia por la noche —dijo la doctora.

—Yo me ingresaré mañana por la mañana y me encargaré de las siguientes doce horas —siguió explicando Joe—. Lucy, Benedict va a enseñarte cómo funciona tu móvil nuevo, por si necesitamos contactar contigo. Benedict, Beth, Al, vosotros iréis a ver al marido de la doctora, Salman Haddad, jefe de seguridad. Él os infiltrará en el departamento de Servicios Sociales. Entrevistaréis a todos los mayores de sesenta y dos que ingresen en urgencias. Doctora, ¿hay alguna zona de contención donde podamos aislar a los pacientes que hayan contraído demencia o tengan probabilidades de hacerlo? Y a todo esto, si veis a Lucy por urgencias, vosotros no la conocéis. De momento vamos a actuar de incógnito. No tiene sentido alarmar a la población del hospital hasta que tengamos algo de lo que informar. Los rumores y las conjeturas serían contraproducentes. Pero me gustaría concertar una reunión con los gerentes.

—En el despacho de mi marido, en la cuarta planta del ala Seymour D. y Vivian L. Levi —propuso la doctora Haddad.

—Tú solo enséñame a responder al móvil. ¿Para qué voy a querer llamar?

—¡Mamá!

—Vale, entonces a llamar y a responder. A mí déjame de contestadores, menús y esas historias...

Fue un mal trago para ambas generaciones: Lucy no podía ni imaginar lo que Benedict sabía y éste no podía ni imaginar que alguien no lo supiera. Estaba sentado al lado de su madre e iba pulsando botones.

—¿Qué acabas de hacer? No he visto lo que has hecho. Benedict, hijo, es que tienes que dejar que lo haga yo.

—Venga, pues dale a INTRODUCIR PIN.

—¿Dónde es eso?

—¡Mamá! Donde pone «Introducir PIN». Pulsa ahí.

—¿Que pulse dónde? No veo donde pone «Pulsar».

—«Seleccionar», mamá. ¡«Seleccionar»! Dale.

—Ah, ya lo veo. Ya le he dado a «Seleccionar», pero ahora pone otra vez «Introducir PIN». ¿Tengo que darle?

—¡MAMÁ!

—Creo que ya lo entiendo —dijo Lucy al rato—. Benedict, vete a casa. No hace falta que te quedes toda la noche.

—Vale, mamá, cuando vea al marido de la doctora. Tenemos que ir a su despacho para que nos disfrace de trabajadores sociales. ¿Vas a estar bien, mamá?

—Estupendamente.

Salman Haddad, el jefe de seguridad del hospital, podía tener perfectamente diez años más que su mujer. Era un hombre menudo de tez morena, elegante, con aspecto de persona estudiosa, ¿o sería por las gafas al aire? Su secretaria era una mujer corpulenta con cara de pocos amigos, ataviada con ropas formales y encorsetadas. Probablemente estaba sobrecualificada para su trabajo, y no creía que entrase dentro de sus obligaciones explicarle a otra panda de internos que era con Phyllis, de la segunda planta, con quien tenían que hablar.

Phyllis, de la segunda planta, era una mujer alegre, obesa y competente; en su silla tras el escritorio parecía como en su casa. Les facilitó a los tres acreditaciones, carpetas y montones de Formularios de Admisión de Mayores. Habían visto a pacientes sobre todo en urgencias o en planta, pero Phyllis los llevó por un pasillo y les hizo pasar por una puerta que daba a un cubículo sin ventanas.

—Es más grande que una panera pero más pequeño que un cuartillo de la limpieza —comentó Benedict.

—En realidad antes era el cuartillo de la limpieza —explicó Phyllis—. Dos mesas, dos sillas y otra silla para el paciente. Y tú —le dijo a Bethy— puedes utilizar una mesa de mi oficina.

En lugar de pensar «¡Sexista!», Bethy pensó: «Porque soy yo», y se sintió herida en el sentimiento porque no le hubieran asignado un puesto en el cuartillo de la limpieza, con una injustificada amargura reforzada por la intuición de que a sus padres también les habría herido en el sentimiento aquel menosprecio a su hija.

—Tú te encargarás de Rhineland, Francis —le dijo Phyllis a Al—. Perdió el conocimiento en su hotel.

—¿Y si no conozco la terminología médica? —le preguntó el otro.

—No hace falta. Ellos se encargan del historial médico y vosotros de sus vidas. Les tenéis que preguntar si saben dónde están, y luego seguís con las preguntas del formulario de admisión, apuntáis las respuestas en la línea que corresponda, nos devolvéis el papel y nosotros lo archivamos.

—El primero que tienes es Gorewitz, Samson, que nos va a llegar dentro de nada desde el Hospital General de Glenshore. Lesión cerebral. Posible golpe de calor. Posible hipotermia.

A lo que Bethy pensó: «¡Y yo qué!».

LAS URGENCIAS

La sala de espera era un tercer mundo conocido para Lucy —o Lucy y Benedict—, que habían estado allí con Bernie. A la decena y pico de pacientes no les quedaba más remedio que esperar sentados, releer el cartel de FUERA DE SERVICIO pegado a la máquina expendedora y desear ser los siguientes. Ese día, ni que decir tiene, Lucy estaba allí en calidad de observadora. Pero ¿cómo se le había ocurrido salir de casa sin un libro?

La puerta se abrió y aparecieron dos nuevas personas en las que fijar la atención: una mujer con una blusa azul de botoncitos que guiaba por el codo a un cuerpo viejo y encorvado. La persona mayor era todo nariz y barbilla; la mujer de la blusa, ni vieja ni gorda, había abandonado la búsqueda de una forma concreta; tenía las piernas desnudas cartografiadas con varices. Llevó a la persona mayor hasta la banca al lado de Lucy y le dijo:

—Siéntese. Ande, quédese aquí.

Y luego se fue a hacer cola tras un anciano de altura inusual y cara machacada que tenía que agachar la cabeza para hablar por la ventanilla de triaje con la enfermera. Cuando el hombre hubo terminado y volvió a su sitio, la mujer de la blusa habló con la enfermera:

—Es mi vecina. Se llama Ida Farkasz, pero ella no se acuerda. No se acuerda de cuál es su piso ni nada, pero yo tengo que irme a casa porque tengo cosas que hacer. ¿Que cómo me llamo? Sophie Bauer.

Y Sophie Bauer dijo que ella tampoco estaba ya para muchos trotes.

—Así estamos todos —dijo la enfermera del triaje.

IDA FARKASZ

Pobre Sophie Bauer. Hemos de suponer que el buen samaritano, una vez realizada su célebre obra de compasión, regresó a Samaria, pero Sophie Bauer vivía en la misma escalera que la anciana señora Farkasz.

—No entiendo cómo la dejan vivir sola —cometió el error de decirle a su hija, Sally (que había ido a verla desde Queens, donde vivía con su marido), porque ésta se enfadó y le echó la bronca a su madre.

—¡Pues yo no entiendo por qué tienes tú que meterte! —le gritó Sally—. ¿Qué es, además, polaca o algo así? ¿Quieres ser responsable si le pasa algo?

—¿Qué quieres, que la deje dando vueltas por el portal?

Se había encontrado a la anciana mascullando, bufando, emitiendo notas sueltas de una especie de aullido. Sophie Bauer comprendía que ella, Sophie, no era el objeto del arrebató de rencor de la vieja; que Ida Farkasz no había reconocido —tal vez ni siquiera estaba consciente en ese momento— a su vecina en la persona que la llevó escaleras arriba hasta su piso. «Si quiere, puedo abrísela», le había dicho Sophie, e Ida Farkasz había entrado sin volverse y había cerrado la puerta.

—¿Por qué no la cuida su familia? —siguió chillando Sally.

—Marta, la hija, viene a verla, y tiene también una hermana, Poldi, aunque ya hace tiempo que no se la ve por aquí.

Sophie, que vivía justo debajo de la anciana, no podía evitar escuchar —si abría mínimamente la puerta de la entrada— el jaleo que montaban a veces. Miraba por la rendija y veía a Poldi bajar las escaleras. Era todo lo opuesto a Ida. El ala del sombrero le cortaba el ojo izquierdo, tal y como debía de llevarse, en la imaginación de Sophie, en la Viena de entreguerras. Le habría gustado probarse el sombrero de Poldi.

—No entiendo por qué tienes que cuidar de todo el mundo —le dijo Sally a su madre—. Vamos, porque ¡tú tampoco estás para muchos trotes! ¿No te basta con lo tuyo?

Después, aquella mañana, cuando Sophie llegó de hacer la compra, Ida Farkasz estaba intentando abrir la puerta del piso de la del segundo, la señora Finley.

—¡Señora Farkasz! —la llamó Sophie—. Señora Farkasz, ¡le falta un

piso! Usted vive en el tercero A, ¿es que no se acuerda?

—Acuerda —dijo Ida Farkasz, que seguía empujando la llave en la cerradura en la que jamás entraría.

Sophie necesitaba dejar las bolsas en el suelo y quitarse los zapatos, así que llevó a la anciana a su propia cocina.

—Una taza de café y se pondrá usted como nueva. Siéntese, venga. Siéntese, ¿quiere?

Ida Farkasz daba la impresión de no recordar cómo se sienta uno hasta que su vecina retiró la silla de la mesa y le presionó el hombro hacia abajo. La verdad, no se la veía bien. Se llevó el índice al labio, a la barbilla, y de vuelta al labio mientras la otra mano dejaba caer la llave al suelo. Sophie la recogió y se la puso a la mujer en la palma abierta, pero ésta no cerró el puño y la llave acabó otra vez en el suelo. Sophie la había mirado en ese momento a los ojos y había visto el terror puro y duro. No recordaba ni cómo había conseguido meterla en el taxi para llevarla a las urgencias del Cedars of Lebanon.

Sophie Bauer regresó a la banca donde estaba Ida y le dijo:

—Espere aquí. No va a pasarle nada, ya verá. Aquí cuidarán de usted. ¿Vale? —Y se fue a casa con la intención de no decirle nada a su hija.

Lucy le sonrió a la viejecita encorvada, quien la miró por encima de unas gafas que debían de quedarle bien cuando tenía la cara menos chupada, porque en esos momentos iban cuesta abajo y sin frenos por la nariz, como si tuvieran una cita con la barbilla velluda.

La enfermera hizo pasar al anciano alto con la cara destrozada a la pequeña oficina de triaje. Se llamaba Francis Rhineland y había alcanzado su altura máxima antes de los veinte, cuando era un muchacho apacible que le sonreía a la gente que le preguntaba qué tiempo hacía allí arriba. El hábito precoz de agachar la cabeza se convirtió con el tiempo en una reverencia de cortesía permanente, ¿o era de disculpa? Tenía mirada paciente y una sonrisa que era toda dulzura. La enfermera le dijo que se sentara y le preguntó si sabía dónde estaba, pero levantó la mano para que no respondiera porque estaba tomándole el pulso. Le tomó también la presión y la temperatura.

—Esta mañana me han tomado el pulso en el Godford Memorial de Connecticut —explicó el anciano—. Tengo el número.

—Aquí hacemos nuestras propias pruebas. ¿Qué le trae por aquí?

—Me he desmayado en el vestíbulo del hotel. No había desayunado.

La enfermera de triaje le puso una pulsera con su nombre y le señaló la puerta de las urgencias.

Después de la paciencia forzada de las bancas y la luz parduzca de la sala de espera, las urgencias parecían iluminadas por lámparas *klieg*, sin rincones ni puntos en sombra. Bernie le había dicho: «Renuncia a toda esperanza de esconderte de lo que va a pasar. ¿Qué van a hacerme?».

La joven guapa de la camilla que estaba junto a la puerta llevaba un rato llorando y tenía la nariz y los ojos hinchados y enrojecidos. Una enfermera de estructura facial maya o asiática le dijo a Lucy que fuera a sentarse donde esperaban varios pacientes en dos hileras de sillas. Allí estaba el hombre de altura inusual con la cara amoratada. Otro anciano que tenía una servilleta llena de sangre presionada contra un lado de la cabeza le preguntó a la enfermera:

—¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar?

—Hasta que le toque.

Lucy se sentó en una silla. En la fila de atrás una chica obesa vomitó en una escudilla con forma de riñón que su obesa madre le sujetaba por debajo de la barbilla. Un adolescente —¿su hermano?— puso cara de asco.

—¡Dile que pare ya! ¡No se encuentra tan mal!

—Se encuentra mal —contestó la madre.

«Por favor —le dijo Lucy al agujero del mundo en el que habría estado bien tener un dios en aquella situación—, no dejes que vomite.» En su último día Bernie no había parado de vomitar.

Un mundo en movimiento: médicos en bata blanca con estetoscopios al cuello, enfermeras y auxiliares en un perpetuo cambio de lugar. Un celador con unos brazos desnudos muy musculados empujaba una camilla de la que debía de haber bajado o haber sido bajado alguien. Una acción sin trama ni argumento y sin protagonista, salvo que lo fuese la joven que lloraba. Podría haber sido la hija de una amiga suya. ¿Tendría ganas de hablar con alguien o preferiría que la dejaran en paz? Aunque, en cualquier caso, ¿qué podía ella decirle? Tiempo, querida... deja que pase un año y, sea lo que sea, se convertirá en aquello que pasó. Eres joven, bonita y de clase media.

Buscó en el bolso el libro que sabía que no llevaba. Encontró el bolígrafo y las gafas de leer en su funda, pero ningún papel suelto, de modo que abrió la agenda de teléfonos por la página vacía de la Z y escribió:

Querido Maurie: Si un día de lluvia te dejara mi paraguas, te sentirías en la obligación de devolvérmelo. ¿Por qué no tienes problema entonces en quedarte indefinidamente con un relato mío, hasta el punto de que tal vez nunca llegues a devolvérmelo?

Había un paraguas gris perla —Lucy sabía quién se lo había dejado en su casa— que pensaba devolver un año de éstos.

¿Por qué no te sientes en la obligación de responderme con un sí, un no, o un simple acuse de recibo?

A todo esto el anciano con la servilleta ensangrentada dijo:

—A tomar viento.

Y se levantó y se puso detrás de dos batas blancas, esperando a que terminaran de hablar. ¿Le estaba permitido a Lucy (o incluso se esperaba de ella) que paseara para observar y oírlo todo? Decidió levantarse, y no se le ocurrió otra cosa que ponerse a su vez detrás del anciano de la cabeza ensangrentada. ¿Y si los dos médicos estaban hablando justo de lo que tenía que averiguar, fuera lo que fuese? Se esquinó para escuchar qué decían pero estaban hablando a la manera de los nuevos actores realistas, que se miran entre sí y no al público, de modo que solo ellos oyen lo que dicen.

—¡Me está sangrando la cabeza! —chilló el anciano, lo que hizo que los dos médicos se volvieran a mirarlo.

Uno tenía una prodigiosa mata de pelo joven y pinta de hacer ejercicio.

—Si hace el favor de sentarse, alguien lo atenderá —le dijo.

—¿Me sangra la cabeza y no es urgente?

—Para usted es una urgencia —contestó el mismo médico—. Para nosotros, un caso más.

El anciano maldijo para sus adentros y volvió a su asiento. Lucy esbozó la sonrisa que habría puesto si la hubieran sentado al lado de uno de esos médicos en una cena.

—Creo que está asustado —les dijo—. Y a todo el mundo le gusta hacerse

una idea de cuánto van a tardar.

—Pues me temo que todo el mundo va a tener que esperar —le respondió el médico mayor. Le recordaba a su contable, el que llevaba un cuarto de siglo haciéndole la declaración de la renta—. ¿Por qué no se sienta?

«No saben quién soy», pensó Lucy, ofendida.

—Tengo que hablar con la doctora Miriam Haddad —dijo, pero los médicos ya habían vuelto a su conversación.

Fue a sentarse, abrió el bolso y allí, en el compartimento destinado a tal efecto, ¡estaba su móvil! Sacó de la funda las gafas de leer y ya había identificado el botón de llamada del teléfono cuando una enfermera que se parecía a Betsy Trotwood se le echó encima al grito de:

—Nada de móviles en urgencias.

—Es que se supone que tengo que contactar con la doctora Miriam Haddad.

—¡Nada de móviles! —insistió la enfermera Trotwood.

La joven llorosa estaba inmóvil. La niña gorda tuvo otro acceso de vómito. El hermano dijo que iba a por una coca-cola y la madre buscó unas monedas en la cartera.

—Espero que la máquina funcione —le dijo Lucy al chico, que echó la cabeza hacia atrás para apartarse de la vieja que estaba hablándole.

Una joven fue a sentarse al lado de Lucy. Su cara cansada era estrecha y estaba roturada de angustia. Llevaba un jersey rojo del revés y no se le había ocurrido ponérselo bien. Se llamaba Maggie y parecía con ganas de hablar.

—Están viendo qué hacer con mi madre. La última vez la trasladaron de urgencias a la planta de cardiología, a rehabilitación. Las enfermeras creyeron que iba a quedarse internada, en la planta once, pero yo pensé que podría sola con ella. Fui a la oficina de servicios sociales de la calle Kastel —le contó Maggie a Lucy.

—¿Y descubrió que Kafka era un escritor realista?

ILKA WEISS

—Tengo cita en servicios sociales con una tal Rosa —le había contado Maggie a su marido, Jeff—. ¿Puedes quedarte con los niños y echarle un ojo a mi madre?

—Yo tengo una cita en el centro —le había respondido Jeff.

Maggie le preguntó entonces a qué hora salía y él le preguntó a su vez cuándo calculaba que volvería.

—Cualquiera sabe... ¿Recoges tú a los niños?

—Si vuelvo con tiempo... —respondió el marido.

Pero no tiene sentido seguir relatando una discusión sobre logística diaria en la que ambas partes están casadas con sus prioridades.

El hombre que encontró sentado tras el escritorio de los servicios sociales de la calle Kastel no sabía a ciencia cierta si la señora Rosa estaba en la oficina. No la había visto por allí.

—Tengo cita con ella a las dos y media, por mi madre, Ilka Weiss —le explicó Maggie.

El hombre pulsó el intercomunicador de la oficina. Pasaba de los cincuenta y lucía una palidez poco saludable que hacía pensar que tenía la piel húmeda al tacto. Llevaba un traje oscuro y una corbata fina cuyo nudo parecía hecho por la mano de un verdugo. Maggie imaginó una esposa que se hubiera casado con él, que se le sentara enfrente en la cena, cuando volvía de pasar el día en la oficina de la calle Kastel, y que durmiera a su lado en la cama.

—En su despacho no está —le dijo con el auricular en la oreja—. Puede que no haya llegado aún de comer o que hoy ya no vuelva, aunque, como le digo, no me ha parecido verla.

—¡Pero me costó una semana y media conseguir cita! —se quejó Maggie.

—Lo que puedo hacer es anotar sus datos y dejárselos en la mesa del despacho.

—Ah, pues sí, supongo que es buena idea. Lo que quería hacerle ver a la señora Rosa... ¿puedo sentarme?

—Traiga una silla.

—Estupendo, gracias. Quería hacerle ver lo ventajoso que puede ser para la ciudad que su departamento me permita seguir teniendo a mi madre en casa.

—El hombre tras la mesa iba anotando los datos de Maggie en un cuadernito

de rayas amarillo—. Tenemos una enfermera a domicilio que viene los martes, pero hemos recurrido a una cuidadora que viene cuatro horas, cuatro tardes a la semana. No era para echar cohetes, pero venía; no estaba mal.

—Es duro —dijo el hombre. Aunque tenía unos dientes horribles, algo en su boca mostraba cierta simpatía.

—En rehabilitación le enseñaron a ponerse las medias y los zapatos sin tener que agacharse.

—Son muy buenos, se les da muy bien enseñar a los mayores a valerse por sí mismos.

—Yo puedo dormir en el sofá del cuarto de mi madre, y así, cuando se despierta y quiere ponerse las medias y los zapatos, yo me levanto y le digo: «Mamá, son las dos de la mañana, es plena noche». La pobre sacude la cabeza, nos reímos y vuelvo a meterla en la cama. A los veinte minutos está otra vez poniéndose las medias y los zapatos. Total que me levanto...

—Vamos, algo que uno puede hacer una noche, dos, pero no es de recibo pasar en vela una noche tras otra.

—Por eso, si usted pudiera presentar una solicitud a mi nombre para que venga alguien a dormir cada... no sé, tres noches a la semana, podría arreglármelas.

—Sí, la verdad es que no, yo no puedo. Rosa (en la oficina la llamamos la Borrosa) es la responsable de los cuidadores nocturnos. Tendrá que pedir cita porque no está en su despacho.

—¿No me la puede dar usted?

—La verdad es que no. La responsable de la agenda de Rosa es la señorita Brooks.

—Yo al final conseguí hablar por teléfono con un tal señor Warren, que fue quien me dio la cita para hoy.

—Ése soy yo. Debió de ser a primeros de mes (lo que explica por qué no quedó registrada la cita), cuando la calle Kastel pertenecía a una de las siete oficinas locales autogestionadas, antes de que nos reorganizaran en un único departamento municipal bajo un nuevo zar administrativo que se ha propuesto librar al departamento de las ineficiencias e injusticias que se habían asentado en el sistema desde la reorganización (en los noventa) del único departamento municipal, lastrado de injusticias e ineficiencias, en siete oficinas locales autogestionadas... Pero déjeme ver si está la señorita Brooks en su oficina.

—Gracias.

La sonrisa del hombre no era desagradable.

—Qué va, no está. Si hoy le toca visitar a clientes a domicilio, ni pasará por la oficina. Pero —el hombre tamborileó sobre lo escrito en el cuaderno amarillo—, como le digo, si quiere, puedo dejar su petición en el escritorio de Rosa.

—Verá, señor Warren, ¿le importaría a usted si...? Señor Warren, por favor, déjeme llevar en persona sus apuntes a la mesa de la señora Rosa, para tener la sensación de haber conseguido algo viniendo hoy.

—¡Qué caramba, vaya y déjeselo! —dijo el hombre tras la mesa, que estaba hecho de buena pasta—. Doble a la izquierda y verá su nombre en la puerta.

Con las notas del señor Warren en la mano, Maggie llegó al umbral de la oficina de Rosa la Borrosa y se vio ante una pesadilla de papel: montañas de papeles, torres de papeles, papeleras de alambre con bolas de papel dentro y fuera. La grapadora le dio una idea: de la cartera, de entre una instantánea de Jeff con David y otra de Steven recién nacido, cogió una foto de su madre, la grapó a las notas de Warren y rodeó la mesa de Rosa. La idea era poner la cara de su madre a la altura de los ojos de Rosa, de modo que cuando ésta se sentara en la silla no podría evitar la mirada de Ilka... hasta que los ojos de Maggie se encontraron con los de todas las caras grapadas, pegadas con pegamento y con clips a todas las notas y cartas, con todas las fotos adjuntadas correctamente en la esquina superior derecha de las solicitudes que esperaban el escrutinio, la resolución y la acción apropiada de Rosa la Borrosa.

Antes de salir del edificio quiso darle las gracias al señor Warren, que le hizo gestos apremiantes en dirección a la puerta.

—¡No se la ha cruzado por los pelos! Acaba de venir con un representante de la nueva administración. Si se da usted prisa...

Maggie llegó al pasillo a tiempo de ver la espalda imponente, coronada por un pelo tan alto y tan negro que Maggie pensó que debía ser una peluca, de lo que tal vez sería la señora Rosa entrando en el ascensor, que cerró su puerta tras ella.

Lucy se alegró al ver que la doctora Haddad caminaba hacia ella, pero la médico quería hablar con la joven del jersey al revés.

—Ya puede llevarse a su madre a casa —le anunció la médico.

La doctora Haddad y la joven se alejaron juntas y Lucy vio a Al Lesser vacilar en la puerta.

*

Al vio a Lucy entre los pacientes de las sillas y rehuyó su mirada. Vio a una niña gorda dormida con la cabeza apoyada en el hombro de una madre gorda y a un adolescente que sorbía de un botellín de coca-cola. Un anciano que tenía presionada contra la sien una servilleta llena de sangre le preguntó la hora.

—Tengo que entrevistar... —Al buscó el nombre en el formulario de admisión de mayores—... ¿a Francis Rhinelande?

La enfermera tenía una de esas caras en las que piensa la gente cuando dice que alguien tiene cara de caballo. Cogió el brazo izquierdo del otro anciano y le palpó la muñeca. Tenía toda la pinta de un extra de cine al que hubieran maquillado para simular que había recibido una paliza.

—Lléveselo al segundo cubículo —dijo la enfermera Trotwood—. Voy a buscarle una bata.

FRANCIS RHINELANDER

Al anciano le colgaban las piernas de la camilla mientras intentaba en vano cubrirse las rodillas tirando del dobladillo de la bata de hospital. Al le preguntó si sabía dónde estaba, y resultó que sí que lo sabía. Sabía que vivía en el hotel Strasburg de la avenida Madison. Sus frases tendían a terminar en una nota ascendente o «femenina», como si esperaran una confirmación.

Al apuntó el mes, el día y el año de nacimiento de la segunda década del siglo XX.

—¿Pariente más cercano?

—Mi hermano, George, de ¿Godford, en Connecticut? Acabo de volver de pasar unos días con él.

En el formulario de admisión de mayores no había ninguna línea para la mujer del hermano, para los varios sobrinos ni para el hecho de que el paciente hubiera regresado ese mismo día de hacer una visita.

—¿Estado civil?

—Estoy soltero.

El paciente no añadió que todavía, de vez en cuando aunque sin mucho afán, imaginaba que podía aparecer una mujer agradable y alta, con más carácter de lo normal, que quisiera casarse con él.

—¿Estudios?

—Instituto Godford.

El paciente añadió que vivían en la misma calle del instituto, de modo que su hermano y él, y su padre, que, según contó, daba clases de matemáticas en el instituto de secundaria de Godford, solo tenían que cruzar la calle.

—Me apunté a piano en el Julliard.

—Mi madre toca el piano —comentó Al, que se puso colorado ante la duda de si era apropiado que un entrevistador tuviese madre.

—Y composición.

—¡Anda...! —El entrevistador se interesó—. ¿Qué componía?

El anciano se quedó un momento callado.

—¿Sabía usted que Verdi compuso su *Otelo* cuando tenía setenta y cuatro años? Tenía setenta y ocho cuando escribió el *Falstaff*.

Al lo ignoraba.

—¿Vida laboral?

Hasta su jubilación Francis Rhinelanders había enseñado matemáticas en el instituto Joan of Arc del West Side de Manhattan. Nunca había llegado a acostumbrarse al chillido general que se forma en los espacios cerrados donde se acumulan los chillidos individuales proferidos por gargantas jóvenes. Pero había aprendido a sobrellevar el pequeño pánico con el que todos los días abría la puerta de la siguiente clase. Francis Rhinelanders entraba y se plantaba ante un aula de derviches que brincaban, danzaban en círculo y aullaban, y

pedía orden: «¿Quieren hacer el favor de comportarse? ¡Orden! ¡Compórtense! ¡Orden en la sala!».

«El mismo vocabulario y la misma ineficacia que el presidente de nuestra Cámara de los Comunes», le decía a Francis el inglés chistoso del aula de al lado.

—Y también daba clases particulares de piano —le dijo a Al.

Rhinelandier mencionó que había sido el responsable de las funciones de los de infantil que se celebraban todos los años por el día de los abuelos.

—El coro cantaba *Oh Happy Day* y el pianista solista tocaba el *Für Elise*. Los de primero tenían baquetas de colores y las entrechocaban.

—¡Qué monos! —dijo Al.

—No se crea. Margaret West, mi profesora de piano de Godford, siempre decía que nos sorprendería saber la cantidad de niños que no tienen talento.

—¿Historial psiquiátrico? —preguntó el Formulario de Admisión. ¿Había ido a terapia alguna vez el señor Rhinelandier?

—No. Bueno, sí, la vez que me ingresé en el Bellevue, al poco de mudarme a Nueva York.

El Bellevue había trasladado al paciente al hospital estatal de Upland, donde lo atendió en admisión el doctor Lev Erwin. Éste le preguntó al paciente recién llegado qué creía que le pasaba.

—Creo que oigo música —le explicó Rhinelandier.

—Alucinaciones acústicas —escribió a lápiz el médico en su libreta, antes de añadir—: Espere. —Se levantó entonces y fue hasta la ventana, donde bajó la persiana veneciana para impedir que entrasen los rayos horizontales del sol invernal. Cuando volvió a su asiento, siguió con el interrogatorio—: ¿Dónde y cuándo oye esa música?

—Creo. CREO que oigo música. —Al ver que había rectificado al médico, Rhinelandier sonrió y agachó la cabeza.

—¿Cuándo y dónde CREE oír esa música?

—Continuamente, en todas partes.

—Ah, conque oyendo la música de las esferas... —bromeó el médico—. ¿Y qué música emiten últimamente las esferas?

—Orquestal, vocal, clásica, clásica ligera, pop, lo típico, bandas sonoras,

rock clásico, punk, rap...

—Hay poca luz, ¿no?

El médico se levantó de nuevo, fue a la ventana, giró la varilla de plástico para abrir a medias las tablillas de la persiana y regresó a su sitio.

—Creo que oigo música en la sala de espera del dentista, en el hotel, en el vestíbulo, ¿en el ascensor, la cafetería? ¡Hasta en el baño de caballeros!

—Pero eso es música ambiental.

—Y siempre, pero siempre, oigo música ¡mientras habla alguien! Fui a una charla que dio un catedrático sobre la Revolución Cultural y oía perfectamente un tintineo pentatónico que me pareció que era música china, ¿y a un volumen tan alto que tuve que esforzarme para entender lo que decía aquel hombre? ¿O una charla sobre física de partículas y me parece oír a Philip Glass?

—Pero eso es música de fondo —insistió el médico.

—¿O un hombre que me está vendiendo un coche y creo que estoy oyendo las Variaciones Goldberg?!

—¡Pero eso sería en la tele!

—Y en el transistor que tengo en la silla al lado de la cama. ¿Un general que dice que mandar a los soldados a limpiar tras los huracanes hará que pierdan la sed de sangre? A mí me parece oír a Sousa.

La alternancia de luz y sombra que rayaba el tablero de la mesa rayaba al paciente e irritaba al médico, que se levantó, fue a la ventana y cambió la inclinación de las tablillas de la persiana.

—Está cargado, ¿no?

—Un poco —le dio la razón el paciente.

El médico abrió la ventana un centímetro por abajo, volvió y se sentó.

—Si tiene frío, dígamelo.

—Está bien así.

—Veamos... A ver cómo se lo planteo. ¿Alguna vez oye música que crea que tal vez esté sonando de verdad..., no sé, en el televisor, por ejemplo?

—¡Ajá! —exclamó el paciente. Su as en la manga (que repetiría a sus compañeros internos durante las varias semanas que lo tuvieron en las instalaciones de Upland)—: ¿Ha visto alguna vez a esa chica guapa que se lava los dientes?

—¿Se refiere al anuncio de la pasta de dientes?

—¡Exacto! Y sonrío y se lava los dientes y canta: «¡Cepíllate los dientes con Fisohilo y sonrío con la sonrisa Fisohilo, sí! Pues bien, es posible lavarse los dientes y sonreír a la vez. De hecho, si uno se para a pensarlo, es imposible lavarse los dientes y no sonreír al mismo tiempo. Y hay gente que sabe cantar y sonreír a la vez... ¡peero...! —chilló triunfante el paciente como si fuera su propio fiscal haciendo el alegato final contra sí mismo—. No se puede... porque yo lo he intentado delante del espejo y es imposible cepillarse, cantar y sonreír, así que, cuando la veo sonriendo y creo estar oyéndola cantar «Sonrío con la sonrisa Fisohilo, oh, sí!» MIENTRAS se lava los dientes, me digo: «¡Eso cómo va a ser posible!».

El entusiasmo histérico del paciente hizo que el médico echara mano del teléfono.

—Soy Erwin, de admisión. ¿Puedes mirarme quién está de guardia? —Con el auricular en la oreja, el médico volvió a desafiar con el ceño fruncido a la persiana, que crujía levemente y hacía un ruidito parecido al de las bolas de papel cuando se acomodan en la papelera, y estaba volviéndolo loco—. Venga, pues mándame a Clarence —le dijo al teléfono—. Tengo un paciente listo para la A Norte. Cuanto antes, por favor.

Mientras esperaban a que apareciera Clarence para llevarse a Francis Rhineland, el médico se levantó, fue a la ventana y la cerró.

Fue el propio doctor Erwin quien, al cabo de siete semanas, firmó el alta de Francis Rhineland con el diagnóstico de «psicosis reactiva temporal», aunque dejaba sin responder, como suele ser habitual, la pregunta de a qué estímulo había reaccionado el paciente. Durante la evaluación médica para el alta, Francis afirmó la realidad de la música que había alucinado estar alucinando. No le costó nada comparecer con su ser de naturaleza cortés y apologética, lo que confirmó a los tres médicos que lo evaluaron que no representaba ningún peligro ni para él ni para los demás. El hospital lo soltó bajo su propia responsabilidad.

IDA FARKASZ

Ida Farkasz no se dio por aludida cuando la llamaron y la enfermera de triaje

tuvo que salir a la sala de espera y acompañar a la paciente hasta su oficina.

—¿Sabe usted dónde está? —le preguntó.

—Dónde está —dijo la paciente, que se llevó el índice al labio, a la barbilla y de vuelta al labio.

La enfermera habló pausadamente a la cara de la paciente:

—¿Sabe. Usted. Dónde. Vive?

Ida Farkasz frunció el ceño y dijo:

—Dónde vive.

Fruncía el ceño porque no sabía lo que estaba diciéndole aquella persona. El no saber tenía volumen, era del color de las nubes y se localizaba detrás de sus ojos. Desplazó el dedo desde el labio hasta un punto de la coronilla. Necesitaba meter la mano, para tantear igual que se tantea en un cajón en busca... ¿de qué?

La enfermera de triaje tuvo que acompañarla a urgencias.

—Aquí la atenderán. No se mueva de aquí.

Ida se sentó en una silla y se tocó el labio y después la barbilla.

La enfermera volvió a la oficina de triaje y llamó a Phyllis.

SAMSON GOREWITZ

Lucy vio a Benedict. Lo observó mientras hablaba con una enfermera de cara agradable que acababa de empezar su turno.

—El suyo es Samson Gorewitz —estaba diciendo la enfermera—, lo han trasladado desde el general.

El anciano estaba tendido boca arriba con la vista clavada en el techo. Benedict tuvo que inclinarse sobre la camilla para entrar en el campo de visión del paciente y decirle:

—¡Buenas! Hola, tengo que hacerle unas preguntas.

Benedict le preguntó al paciente si sabía dónde estaba y le pareció que el anciano le respondía:

—En el cielo. —Hablabla por la comisura derecha de los labios, que estaba arqueada y posiblemente sonreía—.

Sinomeencuentranmirenenelotrositio.

Benedict experimentó una profunda sensación de inutilidad: aquello no entraba dentro de sus competencias. Miró alrededor en busca de la Enfermera Amable, pero estaba de espaldas, escribiendo de puntillas en la pizarra verde encaramada en lo alto de la pared. Buscó a su madre, que tenía la cabeza inclinada sobre algo que escribía en el regazo. Deseaba estar en la oficina, con su ordenador, pero siguió al celador que acababa de llegar para llevarse al paciente a un cubículo. Era igual que en el que había estado con su padre; Benedict había tenido que quedarse de pie porque solo había una silla. Aquello había preocupado a su madre.

Se quedó a solas con el anciano cuyo lado derecho de la cara podía estar sonriendo.

—¿Nombre? —le dictó el Formulario de Admisión.

El paciente debía estar diciendo «Samson Gorewitz». Estaba escrito en el formulario.

—¿Seguridad social?

El anciano se palpó el torso de la bata de hospital, que no tenía bolsillos, pero el número, la fecha de nacimiento y una dirección de Columbus (Ohio) también estaban impresos en las líneas correspondientes.

—¿Pariente más cercano? —preguntó el Formulario de Admisión.

—Mihj Stewrt.

—¿Perdone?

—Mihj popares.

Un hijo, decía, ¡por pares! Dejémoslo de momento.

—¿Estado civil?

Benedict entendió que el paciente era viudo.

—¿Estudios?

—Facojo.

—¿Facultad de Ohio? ¿Es eso?

—¡Esesa!

—¿Empleo?

Benedict se dio por vencido, incapaz de deducir qué había hecho el paciente con, en o sobre una «planta de papaya».

Junto a «Observaciones» anotó: «¿Parálisis facial unilateral (?) dificulta |

imposibilita la comprensión del habla del paciente. Puede estar desorientado | demente (?)».

Lucy vio a la doctora Haddad acercarse y levantó la mano, pero la bajó al momento como para arreglarse el pelo cuando la médico pasó de largo sin detenerse. Es lo mismo que hacemos para impedir que el mundo sea testigo de que un taxi vacío nos ha dejado tirados en la acera: ¡será antisemita! Bueno, pero un momento: tal vez Haddad pretendía preservar la ficción de que Lucy era una paciente normal y corriente que estaba esperando a que la atendiesen. La vio entrar entonces en el cubículo al que Benedict había seguido al paciente de la camilla, y del que al poco había salido en busca de la Enfermera Amable:

—La doctora me ha dicho que le consiga una almohada decente.

Los ojos de Lucy siguieron a su hijo, que avanzó hacia la salida, donde pasó por delante de las dos ancianas que rondaban la puerta.

DEBORAH Y SHIRLEY

Joe había alabado los poderes de observación de Lucy, así que ésta se puso a pensar en lo que creía adivinar sobre esas dos mujeres: eran hermanas; los cuatro ojos morenos escrutaban con idéntica angustia; estaban esperando a que les diesen una noticia espantosa. Sin embargo, en esos momentos, esa angustia cruel se veía desplazada por el leve pero agudo malestar de no saber si les estaba permitido entrar en la unidad de urgencias. Lucy les hizo una seña: ¡Pasen! Pueden pasar. Se adentraron pues en aquel territorio desconocido donde no sabían si avanzar hacia la izquierda o la derecha: sospechaban que no debían estar allí y que no tardarían en descubrirlas. A Lucy le gustaba la del pelo cano. La otra se lo había teñido ella misma de un color negro inexistente en la naturaleza, y alguna dependienta le había aconsejado que se anudara el pañuelo de esa manera. No parecía de Nueva York. Las dos mujeres localizaron el cubículo de donde había salido Benedict y entraron.

Deborah y Shirley pasaron por entre las cortinas que una joven con un... —¿cómo se llama el chisme ese que se ponen en la cabeza?— apartó.

—Tiene visita —le dijo a Sammy, que estaba en la camilla.

Tuvieron que ajustar bien el semblante antes de entrar y besarle la mitad sonriente de cara, la que se parecía a Sammy. La otra, la izquierda, había sufrido un resbalón. Shirley se tapó la boca con la mano.

—¡Sammy, bonito! —exclamó Deb—. ¡Estoy muy enfadada contigo! ¡¿A quién se le ocurre bajar solo a la playa a las cinco de la mañana?!

—No fui solo.

—¿Qué dices, bonito? —No entendían lo que decía.

—¡Que no fui solo!

Entendían el meneo de su cabeza: «No».

—Eso no es verdad porque he hablado con los del hospital de Glenshore y por lo visto tuvieron que ir hasta la playa para recogerte y no había nadie contigo.

—Ya lo sé pero esa primera mañana, cuando bajé a desayunar, me senté en una silla vacía. Resultó que eran una familia. El padre... —Sam no pudo contener la risa— llevaba puesto un... tenía que ser el sombrero de la mujer, con un ala muy grande y blanca, como caída, y dijo: «En marcha todo el mundo». No me hablaba a mí, claro está, pero me fui detrás del pequeño, Charley, que no quería ir y se echó a llorar.

Las dos mujeres escuchaban horrorizadas lo que no paraba de burbujear en la boca unilateral de su hermano.

—Iban a pasar el día —siguió Sam—, con toallas, sombrilla, una pelota grande, bocadillos. A mí se me olvidó la crema solar. ¿Os acordáis de que, de pequeños, siempre me quemaba? Sabía que debía darme la vuelta, no paraba de decirme que iba a ponerme boca abajo...

—¿Va a recuperar el habla? —le preguntó Deborah a la mujer con el... el hiyab, así se llamaba.

—Ya ha recobrado un porcentaje importante, es sorprendente. Hay que pillarle el truco para entenderlo, como cuando uno intenta encontrar el punto de vista que permite distinguir las figuras de un holograma.

—¿De pequeños nos poníamos todos a chillar como locos cuando nos metíamos en el agua? Me gustaban Joey y Stacey. Me pidieron «perdón»

cuando llegaron corriendo y salpicando. A Charley le echaron agua a posta y le hicieron llorar.

—¿Podría traernos un jarrón para esto? —Shirley le tendió el ramo de flores multicolor a la hiyab, que no las cogió.

—Lo siento, pero en urgencias no aceptamos flores. Perdone.

—¿Cómo que no «aceptan» flores?

—Shirley, por el amor de Dios. ¡Esta mujer es la médico! —dijo Deb.

Fue entonces cuando Shirley se fijó en el estetoscopio que colgaba del cuello de la bata blanca, pero de ningún modo pensaba admitir su vergüenza.

—¿Y qué? ¿Acaso no puede dárselas a la enfermera?

—¿Desde cuándo se le pide a un médico que arregle las flores? —insistió Deb.

Hay veces en que seguimos hablando como convencidos de que las otras personas que están en el cuarto con nosotros nos harán el favor de no escuchar o de no comprender que hablamos sobre ellos.

—Lo que tú quieras —había aprendido a decir Shirley de su abuela.

—Cuando Joe y Stacey fueron a por helado no esperaron a Charley, que salió corriendo tras ellos sin parar de llorar. ¿Os acordáis de las pierrecillas de Stewy cuando corría? Quise volver la cabeza para ver a Charley, pero mi cabeza no quería girarse.

La hiyab, asociada penosamente en la mente de Shirley con su metedura de pata con las flores, no parecía tener intención de irse. Se quedó a los pies de la camilla de Sammy, escribiendo algo en el historial.

—Las constantes vitales las tiene bien.

—Entonces, ¿es usted su médico? —le preguntó Shirley.

—Soy su médico en urgencias. Estamos buscándole una cama en nuestro centro de mayores para que haga rehabilitación.

—¿Rehabilitación? Ah, ya, ya entiendo. ¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse?

—Varias semanas, por lo menos. Como les decía, tiene bien las constantes, pero es posible que tenga que aprender a caminar de nuevo, además de ciertas destrezas personales. Tendrá sesiones con un logopeda. —Después le dijo al paciente—: Luego vendré a ver cómo sigue. Disfrute de la visita.

Cuando la doctora Haddad se hubo ido, Shirley le dijo a su hermana:

—¿Qué pretendes comportándote como una maleducada con los médicos de Samson?

—¿Los médicos? ¿Con cuántos me he comportado como una maleducada, si puede saberse?

—Nunca se te habría ocurrido darle las flores a una médico normal.

—Es judía —dijo Samson.

—¡Ya está, ya está, bonito! —le dijeron, y cada una lo cogió de una mano.

*

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó Phyllis, de la segunda planta, a su nieta, a la que sus padres habían dejado allí para que pasara toda la tarde.

—Un cuento —dijo la pequeña.

Phyllis le dijo que cogiera el libro y se pusiera en la mesa de Bethy, que había bajado a urgencias para entrevistar a Ida Farkasz.

—¿Y de qué va?

La nieta estaba leyendo un cuento sobre una niña que era tan hermosa que el sol, que lo había visto todo, se asombraba cada vez que le iluminaba la cara. La madrastra de la niña del cuento era una bruja muy malvada y cruel. ¿Y el padre? Estaba fuera, de viaje de negocios, había salido a cazar. El caso es que no estaba y la niña decide huir. Llega a un bosque muy grande y oscuro. Cuando cae la noche se aovilla en el hueco de un árbol y se echa a dormir, y la nieta de Phyllis, la propia Phyllis y Bethy Bernstine saben —al igual que Ida Farkasz antes—, e incluso la gente que no ha leído ni le han contado nunca el cuento, que la niña se casará con el príncipe de ojos amables y juntos heredarán la mitad del reino, y si todavía no han muerto, seguirán con vida.

IDA FARKASZ

Cuando Bethy entró en las urgencias, vio a Lucy y vio a la niña gorda con su madre gorda, que estaba diciéndole al hermano que se estuviera quieto ya y tirara el botellín a la basura. Fue en ese momento cuando las piernas del

anciano con sangre reseca en la frente salieron disparadas hacia arriba, como si un titiritero hubiese decidido que había llegado la hora de tirar de todos sus hilos a la vez.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Bethy.

—Está bien —dijo la Enfermera Maya.

—¿Cuál es Ida Farkasz?

La enfermera señaló una joroba durmiente y dijo:

—No sabe quién es ni dónde vive ni nada. Voy a ver si queda algún cubículo libre. Hoy va a ser una noche movidita.

—¿Ida Farkasz? Tengo que entrevistarla.

La persona mayor resultó no ser una joroba. A veces en el metro se ven borrachos que caen en un sueño tan profundo que suprime el instinto humano de mantenerse sentado en los lugares públicos. La anciana se había resbalado por el asiento de la silla. La cabeza cana entreverada de manchas rosadas de cuero cabelludo le caía sobre aquel pecho menguado que era como el pecho de una niña. Hay cosas —y, perdonémonos por ello, también personas— que preferiríamos no tocar. Bethy Bernstine puso su índice derecho en la manga de la persona mayor.

—¿Señora Farkasz? —repitió.

Ida abrió entonces los ojos y arqueó tan radicalmente las comisuras de los labios hacia abajo que la joven pensó: «No le caigo bien».

Bethy se sentó frente a aquel espantajo de persona mayor y le preguntó si sabía dónde estaba.

—En las urgencias del Cedars of Lebanon.

—¿Nombre?

—Ida Farkasz.

—¿Sabe dónde vive?

Ida le dio sus señas de Nueva York, así como su fecha y lugar de nacimiento:

—Pojorny, antes de la Primera Guerra Mundial, cuando todavía pertenecía a Hungría. Los eslovacos la llaman Bratislava y en alemán es Pressburg.

En el Formulario de Admisión de Mayores no había ningún epígrafe para la historia del Imperio Austrohúngaro en el siglo XX.

—¿Su pariente más cercano?

—Marta, mi hija. Con mi hermana Poldi no me hablo.

—¿Recuerda el número de teléfono de su hija?

—Sí, aunque para lo que me sirve... La llamo y hablo un rato con el contestador y luego me quedo esperando, en una silla del piso, a que le dé por devolverme la llamada.

—¿Estado civil?

—Que tu marido te lleve a casa en autobús de vuelta de tu boda con una alfombra bajo el brazo tiene que ser todo un estado.

—¿Una alfombra? ¿Qué quiere decir con «alfombra»?

—¡Pues alfombra! Una alfombra, una antigualla que tenía mi madre a los pies de la cama y que a Berta le pareció que me vendría bien para el «zaguán». ¿Quién tiene «zaguán»? Como Berta era la mayor se quedó con el piso del doce de la Judengasse. Al final, por supuesto, se lo quedaron los nazis. Poldi, Kari, Miklos y yo fuimos los únicos que escapamos. ¿A quién se le ocurre venir a una boda con una alfombra?

—¿Ocupación?

—Los nazis entraron en Bratislava ¿en marzo del treinta y nueve...?

—Creo que se refieren a su ocupación... ¿en qué trabajaba?

—Miklos ya había muerto cuando llegué a Nueva York con la cría. Poldi trabajaba de dama de compañía de su «señorita Margate». Nunca llegó a presentármela, no me llevó a ninguna «velada» de su señorita Margate. Ni tampoco al cumpleaños de Herta Frankel, y eso que no era Poldi sino ¡yo! la que estaba en clase con ella, por mucho que no fuésemos las mejores amigas del mundo.

—¿En qué trabajaba usted?

—Kari, el marido de Poldi, se dedicaba a importar vino de Bratislava a través de una empresa de Viena. En Nueva York los hombres conseguían trabajo como oficinistas de correos. «*Packerl Schupfer*», los llamábamos: ‘lanzapaquetes’. Cuando Kari murió (eso fue en el cincuenta y tres), Marta y yo nos fuimos a vivir con Poldi y yo me saqué el título de trabajadora social y conseguí un empleo en la oficina de la seguridad social de Kastel House, donde nadie, pero es que nadie, me dijo, ni nadie le dijo a Herbie Dukazs, qué había que hacer para conseguir un ascenso.

—Trabajadora social —escribió Bethy en la línea del Formulario de

Admisión de Mayores.

—Al final Herbie decidió volverse a Budapest. Me obligó a pagarle treinta y cinco dólares por la cama... ¡le dio igual que yo le hubiera cosido la colcha! Le pedí prestada la máquina de coser Singer a la señorita Margate de Poldi. Me dijo que solo la tela le había costado un dineral, y es posible. Me mandó una cochina postal, ¡una!, de sus vacaciones en Balaton Lele.

—¿Estudios? —preguntó el Formulario de Admisión.

—Kari, el de Poldi, era un coco. Consiguió que llegaran clandestinamente hasta Nueva York, a través de Canadá, mientras Miklos, la cría y yo esperábamos en el hotel Budapest de Santo Domingo nuestra «cuota». Tenía un bigotito tipo Hitler, Miklos. Ojo —le dijo Ida Farkasz a Bethy Bernstine—, una mujer no olvida que su marido la lleve a casa en autobús después de su boda.

LUCY

La enfermera Trotwood le llevó una bata a Lucy y le dijo:

—Se ata por detrás.

—Creo que tengo que esperar a la doctora Haddad.

—Ponga su ropa en esta bolsa.

Era una bolsa grande y por fuera se leía un PROPIEDAD PACIENTE escrito en negras letras mayúsculas, y es de esperar que la ausencia del artículo contracto «del» suponga una irritación subliminal en la mente de Lucy en lo que resta de novela. Recordó que debía comportarse como una paciente normal y siguió a la enfermera.

Cada cubículo tenía una única pared y tres lados formados por una cortina azul enganchada a un carril circular que había en el techo. Se parecía a... podía perfectamente ser el mismo cubículo en que habían estado y habían visto morir a Bernie. Benedict no tenía donde sentarse y había estado muy irascible con ella.

Tuvo que haber un diseñador, una persona, que pensó que la cortina fuera

azul. Lucy creía que lo habría hecho con buenas intenciones, que había escogido el azul porque es un color agradable, pero aquel azul estaba salpicado de dolor, miedo al dolor y dolor espectador.

Se puso la bata de algodón, con las rayitas azules blanqueadas ya por la colada institucional. Dobló su ropa y la metió en la bolsa. La silla era dura, de modo que se subió a la camilla y se quedó allí hasta que apareció la enfermera para tomarle la presión sanguínea. Era la Enfermera Agradable con su cara bonita y esa voz discreta que personas como el Rey Lear creían un rasgo admirable en la mujer.

—Tiene las manos de la misma temperatura que mi brazo —le dijo Lucy.

La Enfermera Agradable no era ni de hablar ni de sonreír. La paciencia de su cara, pensó Lucy, no le venía tanto del sufrimiento como de una bondad natural. Vistas de cerca, sus mejillas eran como las de su madre, que, cuando recibían la impresión del beso de Lucy, volvían, al retirarse los labios, a su suave convexidad. ¿A Benedict le parecían suaves las mías? ¿Y a Bernie?

—Hacia el final estábamos todo el día corriendo a urgencias con mi marido —le contó a la enfermera, que estaba doblando la manga de la presión sanguínea en un rollo eficiente.

—La doctora vendrá dentro de nada a examinarla —le dijo, y se fue con su suavidad.

Lucy se quedó en la camilla. Desde allí no veía nada. ¿Sabría la doctora Haddad dónde estaba? Ansiaba tener un libro igual que un borracho ansía su alcohol. Se propuso examinar detenidamente todos los objetos que había en su campo de visión: una silla; una papelerera de tamaño industrial caqui; un lavabo con una llave acodada; gel antiséptico Purity; dos cacharros enchufados en tomas de corriente con pitorros de plástico negro de distintos diseños ¿para insertarlos en orificios con formas distintas? ¿Era eso? Una tabla con dibujos para identificar los grados de dolor, y que mostraba desde una cara sonriente hasta una cara con la boca alicaída y con lágrimas. En el armarito metálico pintado de blanco había un papel pegado con una lista del contenido. Se leían las siguientes palabras: Gasas con alcohol, Bastoncillos gonorrea | clamidia, Sondas rosas | azules, Cartones de Hemocult, Reactivo, Surgilube (toallitas), Empapadores (¿?!), Empapadores esterilizados 2 × 2, esterilizados 4 × 4, Guantes talla 6, 6 ½, Suero (500 ml) con IV. DOBLEN DEBIDAMENTE LAS BATAS.

Lucy se echó en la camilla. Lucy se incorporó. Lucy se bajó de la camilla y hurgó en PROPIEDAD PACIENTE en busca de su bolso, encontró el bolígrafo, sacó las gafas de leer de la funda, pasó las páginas de la agenda hasta la Y vacía y escribió:

Me equivocaba: no he salido disparada hacia el universo en expansión. Estoy olvidada en un estante. Un lunes del octubre pasado entraste en tu despacho y yo estaba en tu mesa. Llamaste a tu becaria: una licenciada en literatura por Bennington de prácticas, lista como la que más. Le dijiste: «Lee esto y hazme una crítica de un párrafo». La becaria me coge y me lleva a la mesa de la recepción, donde lee «El enano saltarán en urgencias», que tal vez sea lo mejor que haya leído en «toda» su vida, salvo porque «en realidad» no entiende —esto es: no tiene ni idea— de qué va...

Lucy vio que iba a quedarse sin espacio y redujo la letra al tamaño de la de los libros de miniatura de las bibliotecas de muñecas...

Me arrinconó en su mesa para volver a leerme al día siguiente, pero el martes le diste dos artículos y una pila de poemas, y el miércoles otro relato, hasta que volvió la chica de siempre. Antes de irse, Bennington apila los manuscritos, con «El enano saltarán» debajo del todo, sobre el estante de tu despacho.

FRANCIS RHINELANDER

En el cubículo que queda a la derecha de Lucy, Francis Rhinelander seguía tirando de la bata de hospital demasiado corta. Al fijó la vista en el formulario de admisión.

—¿Desencadenante?

—Perdí el conocimiento en el vestíbulo del hotel. Mi hermano me insistió para que fuese a hacerme un chequeo hoy por la mañana antes de coger el tren. Y supongo que... ¿se me olvidó desayunar?

Francis había atravesado el aparcamiento semivacío del hospital Godford Memorial con su bolsa de viaje en la mano y pensando que no le desagradaba la idea de que encontraran algo que pudiera explicar siquiera mínimamente lo que le pasaba y que lo encamaran en una tranquila habitación del Memorial. La recepción estaba en medio de un cuadrado de sol que perfilaba a Angie Bridle, la recepcionista, con un halo de luz ligeramente peludo. Angie Biddle había ido al mismo instituto que los Rhinelanders.

—Ha llamado George —le dijo a Francis—. Quiere que te echemos un vistazo antes de que vuelvas a la ciudad.

—¿Podré coger el de las once y veinticinco?

A Angie le pareció que era bastante probable.

—El practicante llega a las diez. Ponte cómodo. —Le señaló una silla a su lado.

—George estaba contándome... ¿que Margaret West ha muerto? A ti también te daba clases de piano.

—Margaret cantó en mi boda. ¿Te acuerdas de la placa que le dieron por la canción que le encargaron para el desfile del Segundo Centenario de la Independencia celebrado en Godford? Creo que le daba vergüenza. No le parecía que la canción lo mereciera.

—No estaba mal —recordó Francis—. Yo iba con el tambor por la calle Mayor.

La banda de música de Godford había seguido al camión de bomberos que conducía a paso de peatón Fred Willis, jefe de la sección de voluntarios, con el alcalde en el asiento del copiloto. Se pararon delante del cañón y las siete balas negras formando pirámide en el triángulo de césped de la intersección de la calle Mayor y la calle Principal. El público, que apenas superaba en número a los que desfilaban, estaba de pie o sentado. Los bebés andaban a gatas por el césped y los perros olisqueaban en busca de delicias, mientras los notables del pueblo se iban relevando en la lectura de la Declaración de Independencia.

—Me acuerdo de que me gustaba esperar a que llegasen el rey malo y los indios despiadados —le contó Francis a Angie—. ¿Y tú también te preguntabas qué era exactamente un honor sagrado, y si tenías uno?

Angie no recordaba haberse preguntado nada.

—¡Margaret West! —musitó Francis—. Cuando yo tenía quince años

empezó a pasarme a sus estudiantes más jóvenes para que yo les diera clases.

—Se murió de un día para otro —dijo Angie. En ese momento entró el practicante—. Éste es el señor Rhineland —le dijo la recepcionista—. Francis, ve con él.

—¿Cree que podré coger el de las once y veinticinco? —le preguntó al practicante.

—Sin problema.

Era un hombre corpulento, más bien joven, con el pelo recogido en una cola larga y un bigote tan naranja que Francis tuvo que mirarlo una segunda vez y ya no pudo quitarle los ojos de encima.

—¿Es que mi hermano está preocupado por mí?

A lo que el practicante, aunque no quedó claro a qué se refería, dijo que no había problema y le preguntó al señor Rhineland si se había acordado de no desayunar. No había desayunado nada. Le sacó sangre suficiente para llenar varios viales de cristal; a cada uno de ellos le puso un tapón de goma de un color distinto y los etiquetó con el apellido de Francis. Le preguntó cómo se encontraba y Francis le contó que la noche anterior se había sentido raro durante la cena, pero no le dijo a aquel extraño de bigote naranja que lo habían puesto al lado de su cuñada, Sybil, cuyo perfume de rosas de caramelo se le había metido en el plato de sopa, y Francis había tenido que levantarse a toda prisa y preguntar si les importaba que fuera a echarse un rato. Fue a echarse en el sofá del salón, donde la música de los niños de George sonaba día sí, día también.

Cuando el practicante le dijo que ya podía irse, Francis no se movió del sitio. Levantarse se le antojaba una improbabilidad.

—¿Quiere que Angie le llame a Taxis Willis?

—No, no, pero gracias. —Rhineland se puso en pie.

—Coma algo pronto. ¿Tiene su médico en Nueva York? Puede llamarnos y le daremos los resultados.

Eran las dos de la tarde pasadas cuando Francis Rhineland se convirtió en parte del trasiego humano que evolucionaba bajo el cielo de medianoche de la estación Grand Central, donde los astros perfilan las siluetas de las figuras del zodiaco debidamente etiquetadas. La música provenía de una banda de vientos dispuesta en filas ante la escalinata de mármol. Había un niño pequeño

sentado en una silla al lado del trombonista, que soplabá su instrumento; el niño soplabá por su pajita y hacíá burbujear la leche del vaso.

¿Cómo era posible que el dedo apremiante, repetitivo, de Rhinelande sobre el botón de apagar de la pantallita de televisión del taxi no parara de encender la música? Consideró la posibilidad de interpelar al conductor, que tenía la parte de atrás de su aplastada cabeza unida a su voluminosa espalda sin la mediación de un cuello; parecía que lo hubiera dibujado Charles Addams. Francis optó por cogerse la mano derecha con la izquierda.

La carta a la dirección del hotel pensión en la que pedía un vestíbulo sin música no había recibido respuesta, y aquellos violines alegres le revolviéron aún más el estómago.

—No he desayunado nada —le había dicho al recepcionista, un hombre de su edad que aconsejó al señor Rhinelande que dejara allí la bolsa y viera si podían prepararle un bocado en la cocina de la cafetería.

—Frank Sinatra estaba cantando *New York, New York* —se quejó Rhinelande a Al Lesser.

—Mi abuela lo conoció —dijo el joven, que se puso colorado.

—Me paso la vida pidiéndoles que lo quiten —prosiguió Francis—, pero me dicen que a los clientes les gusta la música.

Pero eso fue después del almuerzo y antes de la cena. No había nadie salvo los del servicio, que estaban comiendo al fondo. El camarero que atendió a Rhinelande era el viejecillo con acento, que tuvo que apoyar la rodilla en la silla para llegar al botón.

—Bajar, lo bajan... —le dijo Rhinelande—, pero de apagarlo, ni hablar, y luego siempre vuelven a subir poco a poco el volumen. ¿Será que no pueden estar sin música?

El joven Al acarició mentalmente el iPod que llevaba en el bolsillo. Tenía a su Norah Jones, sus Black Keys, Jay Z, Manu Chao, Adele y Lady Gaga.

—Pero ¡usted es compositor! Enseñaba piano. ¿Es que no le gusta la música?

—¡No con mi tortilla de champiñones! —chilló Francis—. Dejé la propina y me largué.

Le habría parecido una injusticia y una crueldad que Frank Sinatra y toda su banda lo siguieran hasta el retrete. Pero, cuando volvió para recoger la bolsa de viaje, fueron los violines los que hicieron que acabara

desplomándose en el suelo. Debía de ser el momento del descanso del viejo recepcionista. Una mujer regordeta con un traje azul marino que parecía un uniforme le decía:

—¿Señor? Señor, ¿se encuentra bien, señor?

Mientras, Francis intentaba agarrarse al mostrador de la recepción, que se alejaba de él a una velocidad prodigiosa y creciente, como visto por el extremo pequeño de un telescopio.

—¿Señor?

Francis dio un paso y luego otro, antes de ese último saltito tras el cual nada iba a impedir que el suelo lo abofeteara.

—¿Necesita asistencia médica? —le preguntó la mujer del uniforme, y los dos hombres que salieron del ascensor y se enfrentaron a la siempre sorprendente visión de un cuerpo tirado en el suelo, boca abajo, se escabulleron en dirección a la puerta, que los escupió a la avenida.

La mujer del uniforme había llamado al 911 para pedir la ambulancia que llevaría a Francis Rhineland a las urgencias del Cedars of Lebanon.

*

En el otro cubículo, Deb y Shirley cogían de la mano a su hermano.

—Bonito, la rehabilitación no va a durar mucho, ¿vale? —le dijo la primera—. ¡Te vas a poner bien! Y cuando salgas te pondré una camita en el estudio, una bonita cama para ti solito, ¿vale?

—Latumbaesunbuensitioparamisolito —dijo Samson.

—¿Qué es lo que quiere? —se preguntaron Deb y Shirley la una a la otra.

SAMSON GOREWITZ

En la playa de última hora de la tarde el sol no había tenido un papel relevante, pues ya no caía en picado sobre la cara vuelta hacia arriba ni las piernas y el torso expuestos de Samson.

Estaban recogiendo, guardando las cosas. Stacey y Joey, que tenían que doblar la toalla grande, no paraban de tirar de las esquinas que sujetaban las

manos del otro, ríe que te ríe.

—¡Niños, niños! ¡Por favor!

Cerraron la sombrilla. ¿Quién iba a llevarla?

—¡Yo no pienso llevarla!

—Yo llevo la sombrilla. —La voz del padre. Que añadió—: Pero yo no he traído la pelota, así que no pienso llevarla.

—¿Quién trajo la pelota?

—Tú quisiste traerla, así que ahora la llevas tú.

Estaban alejándose. Stacey volvió a por lo que fuera que Charley debería llevar. Charley estaba llorando.

Samson prestó atención. ¿Se habían ido? La camisa hecha una bola bajo su cuello apenas le levantaba la cabeza, de modo que toda su visión era cielo vacío.

El pequeño Stewy le había preguntado a su padre:

—¿Cómo se hace el cielo?

El niño estaba dibujando el mar: las olas en el agua, un barquito de vela y un sol con rayos en el hueco de papel en blanco entre el azul del mar y el cielo celeste que había pintado con ceras en el borde superior del folio. Stewy sabía que no estaba bien y preguntó:

—¿Hasta dónde llega el cielo?

—Ay, pequeño, el cielo es todo lo que te rodea, ya lo sabes.

Pero no era así. Stewy extendió las manos y no dio contra nada azul, y tampoco había papel en blanco.

Esa noche Samson se quedó tendido en la arena, boca arriba, con la mirada clavada en el aire azul dorado y pensó en la pregunta de Stewy.

Sabía que había gente detrás de él y que estaban pasando de izquierda a derecha. El aire le molestaba al refrescarle la carne recalentada.

Un niño pequeño saltó por encima de las piernas de Samson. Llevaba un bañador azul marino con ballenitas blancas. El crío dio media vuelta y volvió a saltar por encima de él. Los padres volvieron la vista y le dijeron:

—Estate quieto ya y pídele perdón al señor.

—No puedo moverme —le dijo Sam al niño, que vio una burbuja de saliva

asomar de la boca del adulto y salió corriendo hacia sus padres y tiró de sus manos para que siguieran andando.

Había una estrella que mirar. Sam la miró. Había una segunda estrella, un puñado de estrellas.

«No puedo moverme», quiso gritar a las jóvenes piernas desnudas y finas como árboles jóvenes que se multiplicaban en un bosque que corría por su derecha. La salpicadura de arena que no podía apartar del rabillo del ojo iba a estar molestando a Sam toda la noche, porque era incapaz de levantar la mano. La chica había mirado al suelo, había vacilado... y se habría parado si la mano del hombre, entrelazada con la suya, no la hubiera arrastrado hacia las olas, que de pronto estaban allí mismo. Samson pensó: «Voy a ahogarme». Fue la primera vez, aunque no la última, en la noche que pasó en la playa vacía, en que la cara boca arriba se le arrugó y las lágrimas, sin saber hacia dónde rodar, se le acumularon en los ojos y le quebraron la visión como la lluvia en un parabrisas.

Empezaba a tener frío, sin nada a mano para abrigarse.

Samson burlaría el aburrimiento, cartografiaría el oscurecimiento y engrisamiento paulatino del aire azul. Se propuso observar cómo sucedían los cambios, aunque continuamente se le olvidaba mirar, y el gris se había vuelto más negro, y era ya negro y Sam, tendido boca arriba en la playa vacía, no captó ni una sola vez el cambio en plena acción.

Su parte de cielo estaba salpimentada de estrellas cuyo nombre nunca se había molestado en aprender, y que por eso no hicieron nada entonces por entretenerlo. La primera ola le lamió los pies hasta los tobillos y retrocedió. Esperó el segundo asalto, espera, espera que te espera. El impacto del frío húmedo contra la carne recalentada por el sol no fue agradable. Lloró una segunda vez. La siguiente ola lo sorprendió con unos lengüetazos en la rodilla, retrocedió y regresó al momento. ¡Socorro! De haber podido volver la cabeza, habría buscado a la chica de las piernas corredoras y al hombre. ¿En qué dirección se habían ido? ¿Habían desaparecido? ¿No había nadie más en toda la extensión de la playa nocturna, a derecha e izquierda?

«¡Socorro!»

No llegó a oscurecer hasta el punto de que las nubecillas no mostraran un negro más intenso. El frío húmedo le abofeteaba una y otra vez la entrepierna.

Al parecer el pánico no puede tenerte atrapado indefinidamente. Después de eso dejó de pensar, y debió de quedarse dormido porque se despertó ahogándose, tragando, tosiendo agua, abriendo la boca para chillar y tragar más agua y ahogarse una y otra vez.

Samson Gorewitz yacía en una incomodidad exquisita, helado hasta la médula, rendido, sin esperar nada de la playa vacía. Sollozaba intermitentemente, sin importarle cómo la luz del cielo pasaba, gradualmente, del gris al plata.

El Corredor avanzaba por el rompeolas, que parecía trazado por un lápiz afilado con primor. Sereno y límpido, aumentaba una ristra de algas, las circunvoluciones de una concha cuyo habitante se había mudado. El horizonte empezaba a proyectar agujas de luz en el aire frío, una hora rara para que el viejales gordo de la camisa enrollada bajo el cuello, con el bañador de pierna ancha de viejales, estuviera echándose una siestecita como si lo hubiera depositado allí la marea alta. El Corredor se preguntó, como todas las mañanas, sin intención alguna de encontrar la explicación, por qué la primera luz de la mañana tiene esa blancura tan pura y qué fenómeno químico produce la adulteración dorada de las horas posteriores. Siguió corriendo pero no paró de volverse a cada tanto para ver si el gordo seguía boca arriba en la arena, con aquella quietud que no era propia de un objeto inanimado ni tampoco del sueño. El corredor dio media vuelta.

Sin embargo, los ojos del viejo gordo estaban abiertos y expresaban un pavor inteligente. Echaba espumarajos por el lado derecho de la boca.

«¡No puedo moverme!», creyó decir Samson Gorewitz al humano imprevisto que asomó sobre la cegadora luz blanca.

Un dos tres. Notó como lo aupaban y lo tumbaban en una cama blanca que se lo llevó de allí con suave presteza. Lo rodeaban unas figuras blancas, masculinas y femeninas, que se inclinaban hacia él. Samson no pudo contener la amplia sonrisa que se sabía incapaz de reprimir ante la felicidad de entrar en calor, de volver a estar seco.

Estabilizaron al paciente en el Hospital General de Glenshore. Gracias a la información recabada de la cartera mojada que había en el bolsillo de la

camisa mojada, pudieron avisar a una hermana que vivía en la ciudad. Lo trasladaron a las instalaciones del Cedars of Lebanon, que eran mejores.

LUCY

¿Habría ordenado la doctora Haddad que la devolvieran en silla de ruedas al área común para que siguiera con su observación, o era solo para hacer hueco a la camilla con los laterales levantados donde yacía un joven negro destrozado que tenía los ojos cerrados? Su chica lo seguía con su cazadora marrón doblada en el brazo.

—No se te ocurra intentar desvestirlo —le dijo la doctora a la Enfermera Agradable antes de que las cortinas se cerraran alrededor de aquella escena.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó Lucy a la enfermera cuando salió al cabo de unos minutos.

—Mejor que no lo sepa... —respondió la Enfermera Agradable, que siguió su camino a paso ligero.

Allí había cosas que leer que alguien, en algún momento, había pegado en una columna que estaba junto al codo izquierdo de Lucy, y que nunca nadie había creído su deber quitar. Leyó todas y cada una de las palabras de todos los anuncios, incluida la marca de la imprenta en miniatura en la esquina inferior izquierda: listas, comunicados, advertencias. Se recreó en la contemplación de la postal de un mar muy azul. Lucy y Bernie habían ido de luna de miel a las Bahamas, donde el agua era de ese mismo azul mar de postal. Gatitos de Navidad con flores de Pascua; una foto del gato de alguien; un bebé con un gorrito de Bo Peep que debía de estar ya en la guardería o terminando el instituto. Una foto de grupo de auxiliares de enfermería en rayas azules y blancas sonriendo al unísono. Cuando llevaron a Benedict de excursión a Washington al terminar el instituto, el pasillo que había tras la sala del Tribunal Supremo estaba lleno de fotos de grupo anuales de jueces con togas, los de la primera fila sentados y de pie los de atrás. Bernie había identificado el primer año en que el fotógrafo le había pedido al Tribunal

Supremo que dijera «patata». Un tipo raro, Bernie.

Lucy miró a la izquierda, en busca de la joven que lloraba. ¿Se habría quedado dormida?

Intentó encontrar cosas que observar. En la pared había estanterías llenas de carpetas. Las etiquetas estaban ordenadas por colores. ¿Contendrían esas carpetas lo que ella tenía que averiguar, fuera eso lo que fuese? Lucy supo que no iba a subirse a la camilla con la bata abierta por la espalda; que no iba a dar los pasos que la separaban de los estantes y no iba a coger ni a leer ninguna de esas carpetas.

Podía imaginarse perfectamente a Maurie no leyendo ninguno de los manuscritos acumulados en el estante de su oficina.

¿Qué estaba escribiendo en la pizarra verde la Enfermera Maya?

—¿Qué significan los números detrás de los nombres? —le preguntó.

La Enfermera Maya dejó de escribir, se volvió para buscar la fuente de la voz y miró a Lucy.

—¿De qué «números» habla? —respondió, antes de volverse para añadir una coma y más números y salir luego corriendo en pos del doctor Stimson, el que se parecía al contable de Lucy, que estaba llamándola.

Lucy cogió la tablilla con sujetapapeles que tenía sobre las piernas, encima de la sábana, pero Trotwood, que pasaba por allí, se la arrebató de las manos y la enganchó a los pies de la camilla, fuera de su alcance.

—¿Por qué no puedo leer lo que pone en mi carpeta? —preguntó, pero Trotwood pasó de largo.

El alivio de que pasara algo, aunque solo fuera la resistencia que ponían las ruedas de Lucy a que las movieran a los lados para hacer sitio a la camilla de la persona mayor encorvada. Sin las gafas puestas, la anciana la miró desde unos ojos morenos lindísimos.

—Alguien ha debido decirle algo a Herta porque me dijo que podía ir si quería. Yo le respondí con un «no, gracias», y ella me insistió: «Venga, pero si te estoy invitando, ¿es que no lo ves?». «A lo mejor ni siquiera quiero ir a tu fiesta», le dije, y pensé: «Si me lo pidiese bien pedido, iría», a lo que me contestó: «Si quieres, puedes venir», cosa que distaba mucho de estar bien pedido, así que le dije: «Te lo he dicho, que no me apetece ir», y me dijo: «Haz lo que quieras», y no volvió a pedírmelo. Poldi sí que fue, y eso que ni

siquiera estaba en la misma clase que Herta. Mi hermana nunca me dejaba subir al piso de la señorita Margate.

Lucy quería que la anciana dejara de hablar para poder averiguar qué estaba diciendo la mujercilla cuadrada y nerviosa en un idioma tan congestionado de consonantes que al principio ni siquiera logró reconocerlo como inglés. La vetusta mujer a la que empujaba en la silla de ruedas llevaba un traje de un corte exquisito, tenía el pelo blanco auténtico y una nariz importante. La carne, en su retirada, había dejado a la vista una mandíbula elegante.

—¡Anstiss Adams! —El médico con la buena mata de pelo joven estaba acercándose para cogerle la mano—. ¡Está usted cogiéndole el gusto! Luba, ¿qué ha pasado?

—¡Se ha vuelto a dar un porrazo en la cabeza!

—¡Que no, que no, que no me dices tú a mí dónde me he golpeado!

—¡Se ha caído por las escaleras!

—Acérqueme allí la camilla —ordenó el médico—, que vamos a echarle un vistazo a esa cabeza.

—Me ha escondido los zapatos.

Lucy salió del hoyo en el que alguien gritaba. Abrió los ojos y allí estaba Benedict, y sí, había alguien gritando.

—Solo había cerrado los ojos. —Lucy no quiso que pensara que la había despertado.

—¡Yo acabo de entrar! —Benedict no quiso que su madre pensara que lo había tenido allí de pie—. ¿Has averiguado algo? Si es que hay algo que averiguar, claro...

—¿Se supone que me conoces?

—¡Dios Santo! Un hijo que visita a su madre en urgencias. ¿Te has reunido con Haddad?

—Benedict, ¿te acuerdas de cuando tu padre y yo te llevamos a Washington y fuimos al Tribunal Supremo?

—¿A Washington? Claro. Mamá, ¿ha pasado algo?

—Nada, que no me quieren explicar el código numérico de la pizarra verde. ¿Qué pone al lado de mi nombre?

—Parece la fecha de hoy y la hora de tu ingreso. ¿Por qué está chillando ese hombre?

—Y no me dejan ver lo que pone en mi historial.

—Vamos a ver. Presión sanguínea: trece-siete, que está bien, ¿no? Temperatura: treinta y seis y medio, también bien. Respiras correctamente. Mamá, mira: Joe me ha dicho que mañana, cuando te den el alta por la mañana, te quedes en la sala de espera. Quiere que le informes antes de ingresarse él. Ha decidido celebrar la reunión con los del hospital en la cafetería. Lo último que se le ha metido entre ceja y ceja es que un espacio público es más difícil de intervenir que el despacho de Haddad. Anda, ¡hola! —le dijo a la guapa doctora Miriam Haddad.

—Hola. ¿Cómo vamos por aquí? —le preguntó ésta a Lucy.

—¿Por qué está chillando ese hombre? —le preguntó Benedict a la doctora.

La doctora Haddad miraba hacia la puerta, por donde seguían llegando pacientes a urgencias, y le pidió al celador que empezara a sacar camillas a los pasillos contiguos.

—Si tienen algún amigo rico que quiera donarnos una nueva unidad de urgencias decente, mándenmelo por aquí cuando puedan.

—¿¿Dónde me llevan?! —chilló Ida Farkasz.

—Señora, solo vamos aquí a la vuelta —le explicó el celador.

—¿Y ella por qué puede quedarse? —aulló la personilla encorvada mientras fulminaba a Lucy con la mirada.

Habían sedado a Anstiss Adams, que dormía ya como una bendita, y le dijeron entonces a Luba que saliera y se quedara en la sala de espera. A las hermanas de Samson Gorewitz les pidieron que se marcharan y regresaran por la mañana para visitar a su hermano en la unidad de rehabilitación del Centro de Mayores.

—¿Por qué no lo sedan?

Benedict estiró los ojos para protegerse del chillido del cubículo al otro lado de las urgencias; había adquirido la naturaleza de un bramido.

—El cabeza abierta ha perdido la chaveta.

—¿No pueden darle nada?

—No hasta que lo vea el doctor Stimson, quien, por cierto, quiere asistir a la reunión.

—Que se celebrará en la cafetería. Es un ruido insoportable...

—El ruido de alguien que está soportando lo insoportable. Disculpen, tengo que irme.

Fue a reunirse con el nutrido grupo de personal hospitalario que se había congregado en el cubículo de donde era de suponer que seguiría saliendo el bramido durante el resto de la noche.

—¡No puedo creer que no le den nada! —exclamó Benedict.

Lucy le dijo que se fuera a casa.

—Vete, de verdad. Dale un beso a Gretel de mi parte. Y nos vemos por la mañana.

—¿Tienes el móvil?

—Pero no me dejan usarlo en urgencias. Benedict, ¡vete a casa!

LUBA

Al salir, Benedict pasó por delante de otro revuelo en la sala de espera. La enfermera de triaje ya había informado de un «paciente que había perdido la chaveta» y había mandado buscar refuerzos. Los pacientes que sobrepoblaron la sala de espera observaban al joven guardia de seguridad mientras éste intentaba sin éxito impedir que la menuda pero obesa Luba se quitara la última prenda de ropa interior. El joven se quitó la parte de arriba del uniforme y la colocó alrededor de la mujer, tratando de pegarla a los pechos que colgaban como odres escurridos, y al interesante pliegue estomacal, y tapar así el trasero cuadrado sin tener que entrar en contacto con ningún punto de tanta carne rosada de anciana.

MAÑANA EN URGENCIAS

Mañana en urgencias, la tecnología en calma, los teléfonos y los ordenadores descansando. El hombre de la cabeza abierta, que se había pasado la noche entera bramando, debía estar dormido o muerto. La pequeña Ida encorvada, la joven que había llorado, la niña gorda vomitona, el hombre de altura inusual y cara agradable y abollada, la anciana Anstiss, que había perdido la chaveta... ¿los habrían atendido ya? ¿Y el joven negro destrozado y su chica? Nunca sabría qué había sido de ellos.

La Enfermera Maya y la Enfermera Agradable se iban ya, pero antes se pararon a cuchichear con la enfermera que empezaba la guardia diurna: ¡Shareen había tenido un niño! Tres kilos y medio, cincuenta y cinco centímetros. Las dos enfermeras de la noche se fueron. La enfermera de día se acercó a Lucy, que le dijo:

—Tengo que ir al baño.

La enfermera pegó una foto de un recién nacido en la columna que había junto al codo de Lucy.

—Espere que me quite el abrigo —y se perdió de vista para no volver.

Lucy bajó de la camilla, pero Trotwood, con el bolso ya en el hombro, la interceptó.

—¡Cómo se le ocurre bajarse usted sola de la camilla!

—Estoy buscando un baño.

—Muy bien, pero no se baje.

—He llamado pero no viene nadie.

—Haga el favor de volver a su camilla —le ordenó Trotwood, que también se fue a casa.

*

Benedict llamó a la oficina.

—¿Ha llegado mi madre?

—¿Cómo, tu madre? ¿No estaba en urgencias? —le dijo Al.

—Sí, pero no. Estoy aquí con Joe, en la sala de espera. Mira que le dije que el jefe quería hablar con ella antes de ingresar. Las enfermeras no saben nada de que le hayan dado el alta. Por la oficina de liberación no la han visto. A su casa tampoco ha ido, porque la he llamado... Pero mira: Joe va a

ingresar y no vamos a fijar la reunión con el doctor Stimson y los Haddad hasta que no sepamos más o menos cuándo va a salir. Si Lucy pasa por la oficina o llama, dile que me llame o ¡llámame tú, Al!

—Claro.

LA CAFETERÍA

LUCY

Lucy miró en el buzón de abajo pero no tenía nada de Maurie, y, al subir a su piso, tampoco tenía nada en el contestador salvo un par de mensajes de Benedict: «Mamá, hola. ¿Se te ha olvidado que Joe quería que le informases de la situación antes de que ingresara? ¿Por qué no te has quedado en la sala de espera? Llámame».

Le sonó el teléfono. No respondió.

«¿Mamá? ¡Mamá! Mamá, llámame en cuanto oigas este mensaje.»

Se pasó la mañana en el estudio. Dos estantes de libros publicados. La carpeta con toda su obra inédita la traspasó a PROPIEDAD PACIENTE.

Sonaba el teléfono.

«¿Mamá?»

Lucy no respondió.

Cuando Benedict la llamó a eso de mediodía y vio que estaba comunicando, se sintió aliviado: su madre tenía que estar en casa. Volvió a llamar a los diez minutos pero seguramente no la pilló por poco. Le dejó otro mensaje en el contestador.

Lucy acarrió PROPIEDAD PACIENTE por los dos tramos de escaleras que llevaban a las modestas oficinas de *The Magazine*. El viejo sofá de respaldo roto olía a moho, pero la chica era nueva. Maurie no estaba y no lo esperaban. No, gracias, Lucy no quería dejar ningún mensaje. No, gracias,

Lucy no iba a dejar nada.

Volvió a transportar la bolsa escaleras abajo y cogió un taxi para ir a casa de Maurie. Fue a abrir la puerta Shari, su hija.

—Mi padre está en San Petersburgo con un montón de escritores y de gente.

—Escritores y gente, claro. En San Petersburgo. ¿Ha ido con tu madre?

—¿Mi madre? Dios la libre. Antes muerta que ir a uno de los viajes de mi padre. Es tan buena que me ha dado la tarde libre. Se ha llevado a los dos niños a la fiesta de cumpleaños del pequeño George Cameron. —Shari señaló al otro lado de la calle.

—¿Cuántos años tiene ya...?

—Max ya mismo cumple los seis, ya va a la escuela. Y Cassy tiene dos.

—¡Seis! ¡A la escuela! Shari, ¿tú te acuerdas de algo de los veranos que pasábamos en Shelter Island? ¿Que, cuando tú tenías seis y Benedict no tendría ni tres, se cayó en el estanque de cinco metros?

—¡Claro! Me acuerdo de él muy pequeñito, envuelto en una vieja toalla grande, y de la gente diciéndome que no había sido culpa mía, ¡cosa que ni se me había pasado por la cabeza! ¿Quieres pasar y sentarte?

—Bueno, solo un momento.

—¿Un café?

—No, no, no, no. Gracias.

—¿Y cómo está Benedict?

—Bien, no le va mal. Vive con una chica de Viena. Me cae bien, Gretel. ¿Sabías que Benedict y yo ahora somos compañeros de trabajo, en la misma oficina?

—¡Uau!

—Shari, ¿te acuerdas de los Bernstine, Joe y Jenny? ¿Que estuvieron muchos años dirigiendo el Concordance Institute de Connecticut?

—Claro. Que tenían una hija que estaba siempre enfadada por todo y con todos.

—Sigue igual. Pobre Bethy. Hay que ver, ¿no?, la de tiempo que pasábamos juntos. ¿Por qué acabarán divorciándose los amigos?

—¿Sabías que me he divorciado de Alex?

«¿Lo sabía?», se preguntó Lucy.

—Qué pena.

—Sí, bueno, no tanto en realidad.

Lucy sabía que una madre soltera con hijos de seis y tres años querría tener su tarde libre para ella sola.

—Me acuerdo de tirarle la pelota a Benedict y pensar: «Tengo mi cabeza solo para mí el tiempo que tarde en llegar corriendo hasta la pelota y volvérmela a tirar...».

—¡Sí! —exclamó Shari, que se echó a reír—. ¡Sí, sí!

—¿En qué número has dicho que es la fiesta de cumpleaños?

—¿El número?

—Del cumpleaños. ¿Qué número es el piso?

—¿El piso de los Cameron? Es el once B.

—Ay, Shari, querida, me alegro mucho de verte, de verdad.

Las dos mujeres, la anciana y la joven, se abrazaron.

—Preguntan por ti en la puerta —le dijo la madre del cumpleaños a la abuelita de Max.

—No puede ser. ¿Quién va a saber que estoy aquí?

—Ha preguntado por ti.

—¿Quién será?

Ulla siguió a Eileen Cameron hasta el vestíbulo donde la mujer que había en la puerta, rodeada del griterío y el frenesí de la fiesta, habría sido Lucy Friedgold si hubiera sido posible imaginársela de pie en el vestíbulo de los Cameron con una bolsa de plástico muy grande en la mano. La bolsa debía pesar, a juzgar por el ángulo en que su cuerpo se inclinaba para hacer contrapeso.

—Hola, Ulla. Shari me ha dicho que podía encontrarte aquí.

—Ah, entiendo... —dijo Ulla, aunque no entendía nada.

—¿Podemos hablar en alguna parte?

—El mago está a punto de hacer su número —dijo la madre del cumpleaños.

Sus buenos modales vacilaron: ¿era su deber como anfitriona dar la bienvenida a la anciana recién llegada con la bolsa enorme que estaba entrando en su vestíbulo, o debía proteger de ella a la abuela de Max?

—No serán ni cinco minutos.

Con la mano que no tenía ocupada con la bolsa, la intrusa abrió una puerta al azar. Resultó ser la del comedor. La mesa estaba llena de serpentinas carmesí, trozos de tarta de chocolate desmigajada en platos de papel con la cara de un payaso, velas con la mecha quemada, bolsitas de recuerdo de cumpleaños abiertas y jirones de globos estallados. La anciana de la bolsa se acomodó en una de las sillas del comedor, obligando a la abuela de Max a sentarse a su vez.

—Cinco minutos, te lo prometo.

La sonrisa cortés y cierto aire de distinción en la cara y el vestir tranquilizaron levemente a Eileen Cameron, que se fue pero dejó la puerta abierta.

Lucy y Ulla tenían una buena visión del mago, que vestía una camisa morada y una cómica corbata verde que le llegaba a las rodillas.

—¿Hay alguien que sepa contar hasta diez?

—¡Yoooo! —chillaron los niños y las niñas.

—Venga, todos juntos: uno, dos, tres, jueves, viernes, sábado...

—¡Noooo! —chillaron los niños: el mago, que era un adulto, ¡se había equivocado! ¡Qué divertido!

—Eso son los días de la semana —le explicó una niña con un vestido de volantitos azules.

—¡Andaaa! —El mago se golpeó la frente.

—Le mandé a Maurie el relato que escribí cuando murió Bernie, y ni lo ha aceptado ni lo ha rechazado. Se titula «El enano saltarín en urgencias».

—Maurie está en San Petersburgo —respondió Ulla.

—¡Vamos a intentarlo otra vez! Venga, todos juntos: uno, dos, tres, abril, mayo, junio...

—Se lo mandé en octubre. ¡Y estamos a julio!

Los niños reían. Los tenía desarmados: ¡el mago había vuelto a equivocarse! La niña de los volantitos azules era la única que tenía el ceño fruncido.

—¡Eso son los meses del año! —replicó, y fue hacia el mago, que volvió a darse un golpe en la frente.

—¡Otro andaaa! ¿Alguien está contando los andaaa? ¿Cómo te llamas? —le preguntó a la niña. Se llamaba Jennifer.

—¡Pero Lucy! ¿Qué quieres que le haga yo?

—Quiero que le des esto a Maurie. —Lucy dejó PROPIEDAD PACIENTE en el regazo de Ulla: nunca dejaría de sorprenderle lo mucho que podía pesar el papel.

—¡Dios Santo, Lucy! ¡Mándaselo a *The Magazine*!

—¿Para que ni lo acepte ni lo rechace, Ulla?! Para que ni siquiera me dé un acuse de recibo...

—¿Puede venir alguien a sostenerme la varita mágica? —El mago apartó la herramienta del alcance de la pequeña Jennifer—. A ver, el cumpleaños, necesito que vengas. Diles a todos cómo te llamas.

—George —dijo el niño risueño.

—George va a sostenerme la varita, pero ¡así no! ¡Recta!

La varita, sin embargo, no paraba de doblarse y apartarse del niño, que se rió. Todos los niños rieron con sus risas agudas, felices y plateadas, y se retorcieron y se levantaron y se sentaron y volvieron a levantarse, salvo Jennifer, que dijo:

—¡Lo está haciendo él!

Le dio la vuelta a la corbata verde gigante y ¡descubrió una baraja de cartas! ¡Un juego de bolitas! Un ratoncito blanco... ¡y el cordel fraudulento!

—¡Estaba tirando de aquí! —acusó Jennifer al mago.

Éste le arrebató diestramente la corbata de las manos y preguntó:

—¿Alguien sabe hacer malabares?

—¡Yoooo! —chillaron a la vez todos los niños.

—¡Pero Lucy! ¿Quién da acuses de recibo hoy en día? ¿Quién tiene personal para eso? ¿Recuerdas cuando Freddy Wells dijo que editar *The Reader* era como tener a un niño deficiente que nunca va a crecer y que nunca vas a sacarte de la cabeza?

—¡Freddy Wells! ¡Qué encanto de hombre! Llevo sin verlo... ¡yo qué sé la de tiempo! ¿Sigue diciendo «en fin, en fin» como el que suspira?

—¿Quién puede mantener dos pelotas en el aire a la vez? —preguntó el mago.

—Shari y yo estábamos recordando Shelter Island. El croquet, el *scrabble*... ¡Y la de tiempo que pasábamos todos cocinando!

—Y siempre había alguien escribiendo algo por todas las habitaciones.

¿Cómo se llamaba la pesada esa..., una poeta mayor que siempre venía a leerle lo último que había escrito a Maurie en medio de alguna comida? ¿Olivia...?

—Liebeskind. ¡Olivia Liebeskind!

—¿No publicó Maurie el relato que escribiste sobre ella...?

—«La poeta al teléfono». No escribía nada mal.

—Maurie dice que el problema no es escribir mal, que lo malo es la escritura perfecta que no para de irrumpir en el panorama.

—¡Menuda pesadilla! ¿Qué hora es? Tengo una reunión en la cafetería del Cedars of Lebanon.

Las dos viejas amigas se despidieron con un beso. Lucy cogió PROPIEDAD PACIENTE, le dijo un «muchísimas gracias» a la madre del cumpleaños y salió por la puerta.

Habían reformado la cafetería, la habían convertido en un área de restauración en forma de herradura, con bares de comida étnica, desde que Lucy había estado allí con una taza de café y un bocadillo, esperando a que volvieran con Bernie de una prueba, de otro procedimiento, uno que había salido mal y que hubo que repetir. «No se preocupe —le dijo el médico—, hacemos dos o tres al día.» Benedict se quedaba a ratos con ella.

Lucy intentó identificar la mesa en la que había escrito «El enano saltarín». Qué curioso no ser capaz de distinguir en qué dirección había estado mirando. Llegaba temprano, la primera. No había nadie del personal del Repertorio, ni tampoco se veía a los Haddad. Lucy no conocía a Salman Haddad en persona y, de momento, no recordaba el nombre del jefe de urgencias. Utilizó PROPIEDAD PACIENTE para ocupar una mesa lo suficientemente grande para todos antes de ir a buscar algo de comer.

Cuando se tienen muchas opciones uno tiende a comer lo de siempre. Lucy optó por una taza de café y un bocadillo de queso y se quedó mirando a la pareja que esperaba de pie a que les limpiara la mesa la camarera mexicana bajita (era poco más alta que un enano). El hombre sujetaba la bandeja y la mujer le llevaba la chaqueta. ¿Qué veía en ellos Lucy para pensar que el paciente al que habían ido a ver no sería nadie muy cercano a ninguno de los dos —la tía de ella, tal vez, o un primo mayor de él—, y que habían decidido, sin tener que hablarlo, comer antes de volver al coche? No pensaba atravesar

el espacio que los separaba para preguntarles: «Perdonen, pero ¿estoy en lo cierto al pensar que tienen cincuenta y muchos y no son de Manhattan?». Sus certezas reforzaron por completo sus certezas.

Los vio comer en silencio, sin levantar los ojos del plato. ¿Qué había que ver en la cara del otro o que decir que no hubieran visto o dicho mucho tiempo atrás y con asiduidad? El hombre bajó la cabeza para acortar la travesía de la cuchara del cuenco a la boca. Escarola y potaje de habichuelas del rincón italiano.

—¿Quieres? —le preguntó la mujer.

—Hum —dijo el otro, que abrió la boca. Ella guió con cuidado un tenedor de pasta con salsa de tomate—. Humm.

La tarta de manzana, que no era del rincón italiano, se la comieron del mismo plato con dos tenedores; ella se cuidó de dejarle el pedazo más grande.

La mexicana bajita —¿sería realmente mexicana?— estaba limpiando una mesa para un padre negro y corpulento con traje de ejecutivo y un niño enfundado en sus mejores ropas... aunque Lucy esperaba que no fuera para agradar a una madre enferma... El padre sacó un móvil del bolsillo y marcó. El niño echó ketchup en una patata de delante, en una patata de atrás, y en ésta y en aquélla, formando un bucle de ketchup, antes de coger la hamburguesa. El padre terminó su llamada, cogió una patata de las del niño y marcó otro número.

Dos jóvenes rubios trasladaron los platos de sus bandejas a la mesa y sacaron las blackberries.

El padre terminó la segunda llamada y le preguntó al niño si iba a querer helado. Éste le dijo que no, que no quería. Papá buscó un número en la agenda, lo encontró y marcó, esta vez una llamada de negocios, risa profesional. El pequeño cambió de opinión: sí quería helado. Cuando volvió con él —parecía de vainilla y chocolate—, el padre estaba en medio de una llamada larga, de modo que se puso a dibujar bucles en la pasta marrón derretida, acompañándolos con suaves ruidos de avión.

Lucy saludó con la mano a la joven cansada de las urgencias. Se había puesto bien el jersey rojo. Maggie fue a sentarse a su mesa y se quedó mirando la taza de café.

—Aquí estamos otra vez. A mi madre se la veía bien cuando llegamos ayer a casa. Estaba normal.

ILKA WEISS

Ilka Weiss estaba echada en el sofá con las piernas en alto. Pidió una manta. Impaciente, el pequeño David ayudó a remeterla por debajo de las piernas de la abuela.

—Venga, sigue.

—Deja descansar a la abuela —le dijo Maggie.

Pero Ilka siguió:

—Así que, la vez siguiente, el rey David fue a luchar contra los filisteos esos...

—Mamá —intervino Maggie—, Jeff y yo preferimos saltarnos las peleas.

—Mami, ya puedes irte —le dijo el pequeño David—. Y llévate a Stevie. Stevie, para ya.

La nueva destreza del retoño Steven era pasar páginas, y en esos momentos estaba practicando con la Biblia del Rey Jacobo que la abuela tenía en el regazo.

—No te preocupes, me sé la historia de memoria. Pero vamos a dejar que mamá y Stevie se queden, que ahora vamos a llegar a lo más feo...

—Venga —la urgió el pequeño.

—El rey David —prosiguió Ilka— era un gran soldado, un soldado entre soldados, pero se hacía viejo. Estaba cansado. La lanza era un estorbo. —La abuela hizo una demostración de la dificultad con la que el anciano rey levantaba el arma—. La armadura le pesaba demasiado. Cuando subía un monte, tenía que ir agarrándose a los matorrales porque ya no tenía el equilibrio de antes. Miraba con un estremecimiento de envidia (estremecido y lleno de envidia) cómo sus jóvenes soldados corrían por delante mientras él tenía que detenerse para recuperar el aliento. No sabía si era su hernia de hiato, su corazón o un ataque de ansiedad, porque las tres cosas dolían igual.

—Y... —le dio el pie el pequeño David.

—E Isbibenob, un filisteo de la raza de los gigantes, llevaba puesta su armadura nueva. Su lanza pesaba trescientos siclos. —La abuela blandió ligeramente la idea de aquel peso sobrehumano por encima de la cabeza—. E iba a golpear al rey David cuando...

—Stevie, si no dejas en paz al rey Jacobo, la abuela no puede mirar cómo

se llamaba el hombre...

—Aquí está, versículo 17: Abisay. Llegó y mató a golpes a Isbibenob.

—¡Mamá!

—Perdona. Pero sus hombres le dijeron al rey David: «Estás convirtiéndote en una carga. En la próxima batalla te quedas en casa». Y entonces hubo otra guerra... —Ilka miró a su hija, como disculpándose—, y llegó otro gigante. Tenía seis dedos en cada mano y en cada pie... lo que da ¿un total de cuántos dedos? ¡Rápido!

—Veinticuatro.

—Muy bien. Y ese gigante de veinticuatro dedos empezó a reírse del rey David y a burlarse de él.

—¿Por qué? —preguntó el pequeño David en un tono de firme desaprobación.

—¿Por qué? ¡Eso digo yo! —exclamó la abuela—. ¿Porque estaba mayor? ¿Porque era hebreo? ¿Solo porque era del bando contrario? Pero el sobrino del rey, que se llamaba Jonatán, llegó corriendo y le pegó un poquito a ese gigante burlón y socarrón. Lo dejó sin aliento.

—A lo mejor podrían haberlo hablado —opinó el pequeño David, en lo que recordaría ser reafirmado por un abrazo de su madre y un beso en la coronilla de su abuela, porque ambas mujeres estaban en contra de matar a golpes a la gente, y el más pequeño creía que podía hacerse algo al respecto.

—Sí, tendrían que haber hablado —concedió la abuela Ilka—, sin tantas exigencias. Pero, bueno, el caso es que el rey David envejeció mucho, mucho, y era ya muy anciano, y le llevaban una manta tras otra, y venga mantas, pero no conseguía entrar en calor por más que lo intentaba.

—¿Y eso por qué?

—Porque era mayor. Y los hombres del rey David le dijeron: «Iremos en busca de una joven hermosa para que yazca contigo».

—¿Y eso?

—Para que entrara en calor. Las mantas no le servían. De modo que mandaron buscar por todo el país a una hermosa joven y dieron con Abisag, que era de Sunén, y la llevaron ante el rey.

—¿Y ella quería ir? —preguntó el crío.

—Ésa es una pregunta muy controvertida —reconoció la abuela.

—A mí siempre me ha parecido un horror —comentó la madre.

—¡Sí que es verdad! Bueno, pero un momento. ¿Te acuerdas de que tu mamá tuvo que llevarme corriendo a urgencias, y luego me quedé en el hospital para hacer rehabilitación, pero ella volvió a traerme a casa, y anoche tuve que ir otra vez a urgencias, y tu padre viene dentro de media hora para llevaros a tu hermano y a ti a casa y tu madre se va a quedar para cuidarme? Pues a lo mejor resulta que Abisag era de esas personas que se quedan a cuidar a la gente, como tu madre, porque es buena, por mucho que para los demás sea todo un misterio.

—Anda, mamá... —dijo irritada Maggie—. Lo hago porque quiero.

—Lo que —dijo Ilka, hablándole todavía al crío— es otro misterio: las personas buenas no creen que son buenas si les gusta hacer cosas buenas. Si lo hicieran a regañadientes, ¡entonces sí pensarían que han hecho algo bueno! ¿No te parece raro? —El niño escrutaba a la anciana con una mirada entre el pasmo y la alerta—. Y Abisag era joven y guapa y cuidaba del rey David —prosiguió la abuela.

—Y lo hacía entrar en calor.

—No.

*

—Hemos tenido que llamar a la ambulancia a las tres de la mañana —le contó Maggie a Lucy—. Dicen que le han encontrado una cama en observación y mi madre me ha echado. Quiere que me vaya a casa.

—¡Es normal! Yo también le he dicho a mi hijo que se vaya.

—¡Un baño caliente! Un par de horas de sueño si mi marido puede llevar al niño a la escuela y dejar al pequeño con la canguro...

—¡Seguro que puede! Y ya vendrá usted mañana en horas de visita.

—Eso es lo que voy a hacer —dijo la joven, aunque no se levantó.

Lucy estaba a punto de contarle lo de que Maurie no la había llamado, que no había ni aceptado ni rechazado su «enano saltarín», pero la joven sacó el móvil y llamó a la enfermera a domicilio para avisarla de que no fuera, y luego a la canguro del pequeño para cambiarle el horario. Intentó en vano hablar con la calle Kastel y no logró localizar a su marido para darle la

dirección de la casa donde iba a jugar David después del colegio; por último volvió a intentar hablar con la calle Kastel.

—Los llamaré desde casa.

Lucy le deseó suerte.

El padre negro y corpulento y su hijo demasiado educado se habían ido.

La pareja, el hombre y la mujer, habían terminado de comer. Se levantaron. Él se quedó esperando mientras ella devolvía la bandeja.

—Perdone, ¿sabe qué día es hoy? —le preguntó Lucy.

El hombre, al igual que el hermano adolescente de urgencias, echó la cabeza hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Cómo?

—En principio había quedado con una gente y estaba preguntándome si no me habría equivocado de día...

—Martes —le dijo el hombre, que se volvió hacia la dirección por la que, para su alivio, su mujer regresaba ya.

Lucy se los quedó mirando mientras se dirigían juntos a la salida, él dos pasos por delante de ella.

La pareja rubia estaba hablando por las blackberries. Y Lucy recordó su móvil. Abrió el bolso y allí estaba; allí estaban también las gafas de leer; y la agenda. Encontró y marcó el número de Freddy Wells.

—¡Soy Lucy!

¡El bueno de Freddy! Se notaba que se alegraba de oírla.

—¡Pero Lucy! ¡Cuánto tiempo! ¡Así es Nueva York! —Freddy dijo que estaba bien... bueno, bastante bien. Lisa estaba bastante bien. ¿Y Lucy?

—No estoy mal. ¿Sabes que mi hijo Benedict y yo trabajamos juntos?

Los primeros datos que intercambian los viejos conocidos cuando llevan un tiempo sin hablar suelen ser cosas que no le interesan al otro, ni a nadie, en realidad. Lucy sabía que Freddy no tendría ningunas ganas de oír las fechas y los detalles de lo de Maurie, que hubiera aceptado o dejado de aceptar, que ni tan siquiera le hubiera dado acuse de recibo, de un relato cuyo primer título había sido «¡Emergencia!», más tarde «Ambulancia», y finalmente «Nueve Uno Uno».

—Hasta que me di cuenta —le contó a Freddy— de que podía confundirse con el «Once del Nueve», el 11-S, que no tiene nada que ver con mi relato. En

realidad trata (y a la vez no trata) sobre la enfermedad terminal de Bernie. Le puse «El enano saltarán en urgencias», un microrrelato prácticamente. Si quieres te lo leo... —Y eso hizo—: «“¡Nonononono, ¡no llames al médico! ¿Qué va a saber el médico?”, murmura el hombre que vive una agonía. Se echa sobre un costado y luego sobre el otro. “¡Llama al médico!”, gime en un susurro, “¡PERO YA!”».

—Lucy, me encantaría oír tu relato entero pero es que Lisa... Lisa está a punto de poner la cena en la mesa.

Las dotes de observación de Lucy no necesitaban de los cinco sentidos. Era capaz de visualizar a la inteligente Lisa Wells —un poco sosa, pero simpática— dibujando un signo de interrogación en el aire de su salón de Filadelfia, donde Lucy había estado cenando en alguna ocasión. Se imaginó a Freddy encogiéndose de hombros y, con la mano con la que no sujetaba el teléfono, haciendo el movimiento que significa: «¿Qué quieres que yo le haga?».

—Es un microrrelato prácticamente, un par de páginas —le dijo Lucy, que siguió leyendo—: «A la de tres. El conductor y el técnico de ambulancia pasan a la camilla al hombre dolorido. En el interior el gemido de la ambulancia queda amortiguado y puede ignorarse. El hombre dolorido empuja y tira de las sujeciones que lo mantienen boca arriba cuando quiere ponerse de lado. Tiene que incorporarse y doblarse hacia delante».

—Lisa me está recordando que tenemos invitados... y están a punto de llegar —dice al oído de Lucy la voz de Fred.

—«El técnico de ambulancia es joven y alto. “¿Dónde siente el dolor?”, le pregunta al paciente, que intenta ubicar la sensación que le dice que va a volver a vomitar».

—Lucy, es desgarrador pero merecería que le prestase más atención que ahora, que justo está llegando la gente —y Lucy ciertamente lo oyó: gente, en Filadelfia, llamando al timbre de los Wells, a no ser que Lisa se hubiera escabullido hasta la calle para ir a pulsarlo—. Si Maurie no lo publica, mándamelo a *The Reader*.

—De eso nada. ¡Nunca nuncanunca más! ¡Mandar el trabajo propio es como mandar a tu niño a la escuela y no saber si ha llegado o no! «El técnico de ambulancia le preguntó al paciente cuánto tiempo llevaba con ese dolor, otra pregunta para la que el paciente no tenía respuesta: “¡Horas! Horas

y horas, meses, intermitentemente, desde hace un año o así”» —leyó Lucy a un silencio como ningún otro: el de la línea vacía de un teléfono que se ha colgado.

*

En cierto momento de la tarde Benedict subió corriendo las escaleras del piso de su madre, desde donde llamó a Al:

—Ha recogido el correo.

—¿Quién?

—Mi madre. La llamé a mediodía y estaba hablando por el fijo. Pero justo después debió de salir otra vez. Cuando la llamé al móvil, ¡estaba comunicando! Y claro, no me va a devolver la llamada porque no me dejó enseñarle a usar el contestador.

—Cuando mi padre le compró a la abuela su primer lavavajillas, ella se dedicaba a enjabonar todos los platos antes de meterlos en el cacharro... Sabía que no había necesidad, pero decía que se sentía culpable y que no podía evitarlo.

Benedict se sintió solo. Al era un buen chico pero no podía compartir con Benedict la angustia creciente que éste sentía por Lucy. Llamó a Gretel, pero tenía el móvil apagado. Volvió a intentar hablar con Lucy. ¿Con quién habría estado hablando y dónde se había metido?

Iba de vuelta a casa cuando decidió regresar al Cedars, donde se topó con una charla empezada. Los estudiantes llevaban uniformes de enfermeros. La oradora era una enfermera con el pelo gris que estaba señalando un gráfico en la pantalla del ordenador.

—Tenéis que ser capaces de evaluar, en primer lugar, la preponderancia y la variedad de los tipos de demencia; en segundo, la interrelación entre los distintos tipos de demencia y comorbilidades médicas; en tercer lugar, el papel de la depresión como pródromo, factor de riesgo y manifestación de demencia; en cuarto...

Benedict volvió sobre sus pasos y cerró la puerta, y la estudiante que había en la última fila, y que se había vuelto para ver quién entraba, dirigió otra vez la mirada hacia las notas de su vecino para copiar lo que se había perdido.

La secretaria de Salman Haddad quiso saber cómo esperaba que ELLA supiera el paradero de su madre. Respecto al señor Haddad, suponía que se había ido a casa después de ir con el señor Bernstine a la Séptima Planta.

—¿De qué séptima planta me habla?

—¡Pues de la séptima planta! ¡Del Centro de Mayores! —«Como sabría hasta un tonto», daba a entender el tono de la ayudante de Haddad—. La que están convirtiendo en una zona de contención para los mayores de sesenta y dos de las urgencias.

No tenía sentido ir hasta que abrieran al día siguiente por la mañana, y en ésas la ayudante echó unas cuantas cosas al bolso, dejando bien claro que le daba igual dónde iba o dejaba de ir el resto del mundo, porque ella, desde luego, se iba a su casa.

Benedict, pues, hizo otro tanto, molesto por sentirse fastidiado por haber sacado de quicio a una secretaria mordaz. Lo irritó más de lo normal encontrarse con el mensaje de Gretel de que iba a llegar tarde después de aquel largo día de pánico moderado que él había pasado por su madre. Su novia seguía con el móvil apagado, mientras que el de su madre no paraba de comunicar, de modo que se vio emboscado por su propia rabia. ¿Y si Joe le había mandado a Lucy que se quedara otra noche «en observación» en la séptima planta, de la que nadie le había dicho nada a nadie...? Y, a todo esto, ¿qué estaba haciendo el grupo Ojo Bien Abierto de Joe al servicio del Cedars of Lebanon, si podía saberse? ¡El Líbano! ¿Quiénes eran esos Haddad y qué tenían en la cabeza como para haber escogido a Joe, sus niños prodigio de la informática y una poeta anciana con enfisema para investigar... QUÉ EXACTAMENTE?

Benedict le dejó un par de mensajes a Joe, uno en el móvil y otro en el fijo: «¿Dónde estás? ¿Qué has hecho con mi madre?».

La agenda de Lucy se cayó y se quedó abierta por la S. Snodgrass, D., muerta desde hacía más de un año. Le leyó «El enano saltarín» a Barry S., un antiguo alumno que tuvo cosas agudas, inteligentes y amables que decir sobre su relato. Al igual que Matt, otro antiguo alumno, un escritor estupendo.

Volvió atrás y empezó por el principio, la A, repasando en orden alfabético su lista de amigos y conocidos, así como gente que uno conoce después de una larga vida en el mundo de la literatura: algunos famosos, otros

casi, otros medio medio, los aún por descubrir, los que nunca se descubrirían. Llamó a Jeffrey. No estaba en casa. Lucy sospechaba presencias atrincheradas tras cada mensaje saliente. Las Des. Sally había muerto en 2008. John G. llevaba muerto dos décadas. Lucy no tenía valor para tachar sus señas.

Si había alguien en casa y respondía, ella decía: «¡Hola, soy Lucy!», y daba igual que le contestaran: «¡Pero Lucy, por el amor de Dios! ¡Qué telepatía! ¡No te lo vas a creer pero justo estaba pensando en llamarte!»; o «¡Lucy! ¡Qué alegría oírte! ¿Puedo llamarte en otro momento? Me pillas con un pie en la puerta»; o «¡Justo estábamos sentándonos a cenar!»; o «¡Lucy, corazón! Estaba aquí viendo la chorrada a la que estoy enganchada»; ella respondía: «Serán como mucho tres minutos, un microrrelato prácticamente. Lo llamo “El enano saltarán en urgencias”», y se ponía a leerlo. Alan le contó desde la Costa Oeste que había cogido la jubilación anticipada, que se había acabado lo de dar clases de escritura creativa y ya nunca más tendría que corregir despropósitos sintácticos, como los dos que señaló en el prácticamente microrrelato de Lucy, y con razón. Era bueno. A Tom, Stanley y Victoria, respectivamente, les gustó, encantó de veras y pareció lo mejor que había escrito nunca. Norman le dijo que era interesante y luego le leyó a ella un relato que llamaba «El árbol de la pimienta», que, según le contó, lo tenía hecho un manojo de nervios. Vivian le dijo: «Tú sabes que yo de eso no entiendo», y Jeffery seguía ilocalizable. Sophie llamó a Jordan para que cogiera el supletorio y ambos escucharon el relato de Lucy.

—«¿Siente dolor constantemente o solo cuando se mueve?», le preguntó el técnico de ambulancia al hombre cuyo dolor agónico había pasado a formar parte de su persona, mientras, con movimientos repentinos y certeros, sacaba de él un sonido entre el gañido y la tos. “Las dos cosas”, responde. El técnico de ambulancia lleva poco en el puesto. Deja suspendido el bolígrafo sobre el informe que entregará nada más llegar al hospital. Tiene que escoger entre “constantemente” y “cuando se mueve”. Siguiendo pregunta: “¿Lo definiría como leve o agudo?” “¡Leve! ¡Diosdiosdios! ¡No, no lo definiría como leve! Madre mía. Y tampoco lo definiría como agudo.” El hombre dolorido se centra en el dolor, cuya ubicación exacta y origen en el tiempo es incapaz de localizar: compara lo que siente con lo que entiende que connota la palabra “agudo” y aquello no es agudo, como tampoco es “atenazante”, “penetrante”, “abrasante”, “palpitante”, “persistente” ni “punzante”. Hurga en el idioma y no

encuentra en su vocabulario la palabra que nombra ese suplicio en concreto. “¡Que alguien me traiga el Diccionario de Roget!”, chilla el hombre dolorido».

Por encima de la página que estaba leyendo, Lucy vio a la camarera en miniatura caminando hacia ella. ¿Dónde estaban la pareja rubia y sus blackberries? No la había visto marcharse, ni tampoco que el personal había empezado a colocar las sillas del revés sobre las mesas; uno metió la cabeza de una fregona enorme entre dos rodillos que estrujaron el exceso de agua en un cubo del tamaño de una bañera para niños. Lucy reconoció la mordida, en sus fosas nasales, del desinfectante de potencia industrial. Siguió leyendo:

—«La ambulancia se ha detenido bajo la marquesina de la entrada de las urgencias. El técnico de ambulancia dobla el informe y lo mete en el bolsillo exterior de la bolsa negra que se echa al hombro. Se baja de un salto y rodea la ambulancia para abrir la puerta trasera. “Quiere un Diccionario de Roget”, le dice el técnico de ambulancia al técnico uniformado que ha ido a ayudarlo. Tienen que reajustar las correas, que han aflojado los forcejeos del paciente, antes de sacar la camilla y desplegar las ruedas sobre el asfalto. “¿Que quiere qué?” El técnico uniformado recibe el informe de manos del técnico de ambulancia a cambio de la dirección del siguiente paciente que hay que recoger. El técnico de ambulancia vuelve a la ambulancia de un brinco».

Lucy sabía que tenía delante a la camarera y que ésta quería hablarle.

—Señora, la cafetería está cerrando.

—¡Una página más! —le prometió a la camarera, que se quedó parada un instante antes de dar media vuelta—. «“Un dos tres.” Lo pasan a una camilla que el técnico uniformado conduce a través de las puertas automáticas que dan a las urgencias. “¡El Diccionario de Roget”, le pide el hombre dolorido a una enfermera que pasa por allí y va camino de su casa; ha terminado la guardia».

La camarera volvió con el encargado.

—Señora, la cafetería está cerrada —le dijo éste a Lucy, que levantó una mano. Mientras, el encargado contactó con urgencias y les dijo—: Tenemos una en la cafetería. Todo apunta a que ha perdido la chaveta. Mejor que traigáis una silla.

Lucy terminó el relato:

—«El médico de urgencias le pregunta al paciente cuánto tiempo lleva sintiendo el dolor. “¿Qué quiere decir con que no lo sabe? ¿Cuándo lo notó

por primera vez? ¿Hace una semana, dos? ¡No lo sabe! ¿Dónde lo siente? ¡Que no sabe dónde siente el dolor!” El doctor palpa al paciente, que grita. ¡El médico sí que sabe dónde está el dolor! Es viejo y calvo y tiene cara de médico. El hombre dolorido le pregunta: “¿Qué me pasa?”. El médico le dice: “Sabremos más cuando le hayamos hecho un par de pruebas”. Hay muchos pacientes en urgencias y el médico tiene que conseguir que éste le suelte la manga de la bata blanca. “¿Cómo se llama?”, chilla el paciente. “¡Enano saltarán!”, grita el médico. El hombre dolorido vuelve a vomitar».

Patrice era el celador de los brazos muy musculados. El año anterior había quedado cuarto en el Campeonato Nacional de Culturismo de la NABBA, y aplicó entonces su fuerza entrenada a una maniobra destinada a sacar de debajo de la mesa las piernas de la anciana, que no le prestó ninguna ayuda. Mientras Patrice levantaba a la paciente para sentarla en la silla y la llevaba a urgencias, con su bolsa de PROPIEDAD PACIENTE en equilibrio sobre el regazo, Lucy no dejó de volver las páginas de su agenda.

Afortunadamente, Lucy no iba a llamar a su amiga Katherine, que se había pasado la vida convenciendo a sus amigos, conocidos, y todo aquel con el que se cruzaba de que la dejaran ser la escritora solitaria, la escritora en la buhardilla. Quién era Lucy para afirmar que una buena novela no es mejor que la mejor de las amistades, y las novelas de Katherine eran buenas a lo grande.

*

En urgencias no iban a encargarse de Lucy Friedgold. La unidad estaba coordinando el traslado de los mayores de sesenta y dos dementes a la nueva zona de contención. Había que hacer las llamadas pertinentes y rellenar muchos papeles. Patrice había aprendido a sacar partido de esos tiempos muertos, esas largas y habituales esperas que formaban parte de su trabajo en las urgencias del Cedars of Lebanon: practicaba levantamiento de pesas intelectual. Tuvo tiempo de visualizar detalladamente la coreografía de su rutina, desde la primera a la última pose de estatua, modificando sus errores, antes de que la enfermera Trotwood le tendiera el formulario de admisión de mayores con los datos de Lucy para que lo llevara junto con la paciente a la séptima planta del Centro de Mayores.

Lucy encontró a James por la M y le leyó «El enano saltarán en urgencias» mientras Patrice la llevaba por la calle y por las grandes puertas. James le dijo que era bueno.

JACK Y HOPE

Unos días después del almuerzo en el Café Provence, Jeremy tuvo que llevar a su padre a las urgencias del Cedars of Lebanon. Llamó a Nora, que a su vez llamó a su madre.

—Jack está en el hospital. Iban a mandarlo a casa pero se echó a llorar. ¿Mamá?

—Sí.

—Lo han trasladado al Centro de Mayores. ¡Mamá! ¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Quieres que te acerque a verlo?

—Sí.

Nora fue a por su madre.

—¿Quieres que te recoja el pelo?

—No. Éste es mi personaje Arbus.

—¿Tu qué? Mamá, pero ¿de qué estás hablando?

Los ascensores sabáticos abren y cierran sus puertas en todas las plantas sin necesidad de pulsar ningún botón. Hope entró detrás de un celador que empujaba una silla de ruedas.

—Señora —decía el celador—, aquí no le va a funcionar.

Pero la anciana de la silla siguió toqueteando el teclado de su móvil y se lo llevó al oído. Hope contempló el plantel de gárgolas que la rodeaba: una anciana negra inmensa que parecía que la hubieran vertido en la silla y hubiera rebosado; tenía la boca abierta, como si no tuviera espacio suficiente para la caída continua de su lengua morada. El viejo Don Quijote destrozado, delgado y alto hasta lo estrafalario, tenía una sonrisa anacrónica, al igual que el monigote de palitos de al lado, y después, otra con la cintura doblada en un

ángulo de noventa grados, el prototipo de la bruja de Hansel y Gretel, con una nariz retorcida que chocaba contra una perilla incipiente. Y cuando Hope miró a Nora, vio su cara en un derrape cuesta abajo y a la izquierda, como si hubiera vuelto a una etapa anterior de la especie humana: estaba viendo a una vieja campesina, de las que no se ven por las calles de Nueva York, desabrochándose la pechera del vestido. Iba por el ombligo cuando el ascensor sabático abrió sus puertas para soltar su carga en la séptima planta del Centro de Mayores.

LA SÉPTIMA PLANTA

La séptima planta se ha convertido temporalmente en un anexo de las urgencias donde contener a los dementes mayores de sesenta y dos. El Centro de Mayores es la ampliación más reciente y el edificio más al norte del complejo hospitalario, que abarca varias manzanas del centro de la ciudad, entre las dos avenidas. El arquitecto había hecho las prácticas con Robert Moses en el proyecto de renovación de la plaza Lincoln y había construido la estructura de vidrio y hierro del centro pensando en integrar los movimientos de los pacientes, los profesionales y los médicos del hospital como una idea fundamental de su diseño.

Lucy está en el solárium, sentada de cara a la cristalera, con un fondo de noche negrísima, y observa el reflejo de su persona en la silla de ruedas. Tiene en el regazo la bolsa de DADEIPORP ETNEICAP y el teléfono pegado a la oreja.

—¡Stephen! ¡Soy Lucy! Una voz de tu pasado...

—¿Mamá?

—¿Benedict? Pero ¿qué ha pasado? Quería llamar a Stephen.

—Pero mamá, ¿se puede saber dónde te has metido? ¿Qué está pasando?

—Cariño, ahora no puedo hablar contigo, estoy leyéndole a Stephen «El enano saltarín en urgencias».

—Mamá, ¿por qué no esperaste a Joe en la sala de espera, como te dije?

—Fui a la cafetería. ¿Sabes que la han reformado de arriba abajo? Me hice con una mesa para la reunión pero no apareció nadie. ¿A qué hora me dijiste que la habían puesto?

—Es que ni se fijó la hora ni yo te dije nada. Íbamos a esperar a que Joe saliera de urgencias. Mamá, ¿tú lo has visto?

—Está aquí. Hemos subido juntos en el ascensor. Ben, mira, ahora no puedo hablar...

—Mamá, te dije que Joe quería que lo informaras de todo. ¿Por qué estás todavía en el Cedars?

—Ben, estoy leyéndole por teléfono un relato a Stephen y no puedo hablar.

—Mamá, ¿es por el enfisema?

Lucy ha colgado.

Hope y Nora han encontrado la habitación 702, donde Jack llora en su silla de ruedas. También Hope había llorado en su día —por Jack—, pero se había tapado la boca o la cara con las manos. El hombre solloza con el cuello extendido, dejando a la vista la garganta. La barbilla apunta al techo o a lo que falta más allá. Está sufriendo un suplicio físico, y solloza y está demasiado agotado para recordar cómo parar.

IDA Y LA CAJA DE LOS LOCOS

El hospital localiza a Marta, la hija de Ida Farkasz, en la tienda en la que trabaja y le pide que vaya a la séptima planta del Centro de Mayores a recoger a su madre para llevarla a casa. Marta mira la hora en el reloj de pared pero no se toma el tiempo de mirarse en el espejo el pelo de canas prematuras. Ida repara en ello y comenta:

—Seguro que no te presentarías así ante un cliente, pero para tu madre te da igual...

—Mamá, he dejado la tienda en pleno día laboral para venir a por ti.

—La próxima vez ya me encargaré yo de ingresarme, en vez de quedarme en mi piso, que no tiene ni una ventana para ver qué pasa en la calle, mientras espero sentada a que te dé por venir a verme.

—Mamá, yo voy a verte.

—Y coge el teléfono y ponte a llamar a tus amigas, no pasa nada, porque la única manera que tengo de enterarme de lo que pasa en tu vida es oyendo a escondidas lo que le cuentas a otra gente.

—La persona con la que acabo de hablar es mi ayudante, y lo que pasa en mi vida es que me he tenido que dejar tres docenas de pedidos sin empaquetar y sin llevar a correos, cosa que tendré que hacer mañana, por si no lo tenía ya bastante ajetreado...

—¿Mientras yo me paso el día en mi piso en una silla esperando a que me llames y, con suerte, tengamos una conversación?

—La única conversación que tenemos siempre es sobre que no te llamo y no voy a verte. Mamá, ¿y si llamo a Poldi? No está bien y quiere verte. —Marta ríe y añade—: Mamá, te has quedado mirando en la caja de los locos...

«Mirar en la caja de los locos», «*ins Narrenkastl schauen*», era lo que la madre de Ida decía cuando lo que se tiene ante los ojos queda emborronado por una visión interior más poderosa. Ida se queda mirando el zapato que tiene en la mano y que no está poniéndose en el pie. Lo que ve en la caja de los locos es a Poldi y a ella pasando por delante del edificio de la señorita Margate y a su hermana subiendo al primer escalón para bloquearle el paso con el cuerpo.

—Llama a Poldi —le espeta Ida—. Dile que, como venga, la pongo de patitas en la calle.

—Vale, mamá. ¿Dónde te han guardado la chaqueta? ¿Traías chaqueta?

El álbum de fotos, que emigró de Pressburg a la República Dominicana y de allí a Nueva York, está abierto sobre la mesa cuando Marta sale del dormitorio, donde ha estado guardando la ropa de su madre.

—Tu padre, con el bigotito de Hitler.

—Mamá, tengo que irme, lo siento.

—Verano de 1935, antes de que cerraran las piscinas. *Juden ist der Eintritt Verboten*. Solíamos ir los domingos a pasar el día. Hacíamos cola para tirarnos del trampolín y mirábamos a Kari, que estaba siempre haciendo el payaso. Poldi tenía mejor cuerpo que ninguna, aunque Berta era la más guapa de cara. Aquí está tu padre, era bajito. *Onkel* Igo. Maxl, Terry. Mira, he puesto los nombres por detrás. Cuando yo falte, ¿quién recordará quiénes eran?

—Mamá, tengo que ir a cerrar la tienda.

—Ve, cierra. Ve y ciérrala. Vete vete.

DEB Y SHIRLEY

La doctora Miriam Haddad ha llegado al Centro de Mayores. Se asoma por la habitación de Samson Gorewitz, ve que están las dos hermanas y recula. Mata el tiempo en el puesto de enfermeras repasando la información del paciente. En Glenshore transcribieron el material de la cartera mojada de Samson: la dirección de Columbus (Ohio) y su vida en números (el de la seguridad social; fecha de nacimiento, 3 | 8 | 1928, teléfono, teléfono de la hermana que reside en Nueva York). La doctora ojea el formulario de admisión: estudios, fac. de Ohio; pariente más cercano, un hijo (signo de interrogación) por pares (signo de exclamación); empleo, dirigió (signo de interrogación) una «planta de papaya» (signo de interrogación y de exclamación). Junto a «Observaciones» el interno ha escrito: «Parálisis facial unilateral (signo de interrogación); dificulta | imposibilita la comprensión del habla del paciente. Puede estar desorientado | demente (signo de interrogación signo de interrogación)».

*

Shirley está leyéndole a Deborah un artículo titulado «¿Qué hospital de la ciudad está volviendo locos a nuestros mayores?».

—Será una broma, ¿no?

—Atiende: «Nuestra fuente, cuya identidad juramos proteger aun enfrentándonos a penas de cárcel, nos informa de que los pacientes ancianos que ingresan en las urgencias de una de las principales instituciones de enseñanza médica de nuestra ciudad son dados de alta con lo que la portavoz del hospital, la doctora Miriam Haddad...».

—¡Nuestra árabe!

Deb y Shirley se miran muertas de risa.

—Es judía —apunta Samson.

—«... lo que la portavoz del hospital, la doctora Miriam Haddad, a falta de un diagnóstico, llama “alzheimer de imitación”».

—¡Tiene que ser una broma! —exclama Deb.

—«“No hay unidad de urgencias”, afirma Haddad, “que no pueda elevar el nivel de estrés de cualquiera, hasta el punto de causar una demencia temporal,

sobre todo en pacientes mayores.” Cuando la presionamos para que nos dé el porcentaje de la incidencia de casos de demencia, nos habla de un cien redondo.»

Las hermanas se quedan mirando a Sammy, que está tendido en la cama con la vista clavada en el techo. Tiene las manos entrelazadas sobre la barriga. Esa habla burbujeante... ¿es el monólogo de la demencia?

—«El jefe de seguridad del hospital, Salman Haddad...»

—¡Otro! —exclama Deb.

—«... ha contratado a Joseph Bernstine, ex consejero delegado del Concordance Institute, para investigar esta estadística cuando menos curiosa. Hemos contactado con el señor Bernstine en el Centro de Mayores del hospital, donde se encuentra él mismo ingresado mientras escribimos estas líneas, como un paciente más, y nos ha indicado la posibilidad de una vinculación terrorista.»

—¡Menudo cuento!

—«“Sabemos que un operativo con un teléfono móvil en Dublín o Dubái puede detonar una bomba en Times Square con la misma facilidad que en el casco antiguo de Jerusalén. Estamos empezando a investigar la posibilidad de cibermanipulaciones a larga distancia en recintos cerrados, como puede ser la unidad de urgencias de un hospital.”»

—¡Shirley, tiene que ser una broma!

—¿Como la del 11-S?

—Más bien un tejemaneje de Washington. ¿No te parece curioso que el jefe de seguridad del hospital y la portavoz de urgencias se apelliden Haddad?

—Es judía —repite Sam.

—Vale, bonito, ya está —le dicen las dos.

—¿Qué estaba haciendo en Glenshore, a todo esto? —le pregunta Deb a Shirley.

—Es donde pasábamos los veranos... Y venía el tío Seymour, ¿no te acuerdas?

—Lo que recuerdo es otro verano que al final no pudimos ir a Israel —dice Shirley.

Y Samson, que tiene la mano derecha en la de ésta y la izquierda en la de Deb, las ve escurrirse sin remedio en su discusión de toda la vida, como dos personas que se hunden en el hueco de un viejo colchón.

Las riñas habían sido una constante en casa de los Gorewitz. El tío Seymour podía sacarse de la manga un artículo del *Forward* con el que el padre estaría o bien de acuerdo, o bien en radical desacuerdo, y que respaldaría —o bien rebatiría— con una cita, si alguien no hubiera movido de sitio el libro (el gordo con el lomo verde que tendría que estar en ese estante o ese otro); tendría entonces que citar de memoria el pasaje en cuestión. Nadie esperaba —ni se exigía que esperara— a que el otro terminara de hablar. Si un argumento en contra quería hacerse oír, levantaba la voz. Los tres hijos Gorewitz habían respirado segundas opiniones. Cuando alguna de las dos inteligentes niñas daba voz a una propia, los adultos se regocijaban.

Cuando el tío Seymour le preguntó a Samson qué quería ser de mayor, el pequeño le dijo: «Comediante»; ni los gruñidos ni el continuo recurrir al nombre de Dios en vano de sus hermanas le impidieron nunca a Samson contar su chiste de rabinos viejos favorito: Dave acude al rabino para explicarle que tal parcela de tierra es suya. El rabino lo escucha y le dice: «Tienes razón, esa parcela es tuya». Al salir Dave se cruza con Sid, que va a ver al rabino para explicarle que esa misma parcela es suya, y el rabino lo escucha y le dice: «Tienes razón, esa parcela es tuya». Sid se va a casa. La *rebetzin*, que ha estado escuchando en el cuarto de al lado, entra y le dice a su marido: «La misma parcela no puede pertenecer a Dave y a Sid», a lo que el rabino le responde: «Tú también tienes razón, no puede ser».

Llegó una época en la que Samson creía oír el sonido de aire escapando, como cuando un trasero humano se aposentaba en el asiento de cuero sin respaldo que tenían en el pasillo (el «puf», como lo llamaba su madre). Sam imaginaba dos pufs, uno frente al otro, en los que acababan acomodándose sus dos hermanas, Shirley en uno y Deborah en otro. El alivio de saber qué verdad era verdad; cuál de las dos historias escogías imaginar; quién sufría auténticas calamidades y cuáles eran los huevos que había que romper para hacer la tortilla; en resumidas cuentas, qué defendías, de qué parte estabas, ¡quién era el enemigo! Ni Deborah ni Shirley, en el medio siglo que siguió, se habían movido un ápice de sus certidumbres. Ya entonces Deborah creía y defendía

que todo lo que hacemos nosotros está mal, mientras que lo que hacen ellos está bien, o está mal pero se explica como respuesta al mal que les hemos hecho. Shirley era de la opinión de que todo lo que hacemos está bien y todo lo que ellos hacen, por la razón que sea, está mal. Cada una defendía su postura con un arsenal de datos propios.

Samson siempre había considerado que su función era irritarlas a ambas adoptando en todo momento la postura contraria.

SAMSON, EL AHOGADO

La doctora Haddad ve a las hermanas salir de la habitación y se queda observándolas mientras caminan hacia el ascensor sabático. Solo entonces entra a ver a Samson Gorewitz. El paciente tiene una forma peculiar de estar tendido boca arriba, muy quieto y recto, con los ojos abiertos.

La médico levanta la cama.

—Necesitamos que se incorpore, señor Gorewitz, y que se siente en una silla. Tiene que empezar a moverse si quiere ponerse bien.

—Ya no tengo salvación —dice el paciente con un ruidito que recuerda una risa.

—Pero bueno, señor Gorewitz, ¿por qué dice eso? —El paciente no responde—. ¿Cómo es lo de dirigir una planta de papaya, señor Gorewitz?

—¡Una planta de papel! ¡Una fábrica! Hacíamos las cajas de cartón de las verduras color desierto de Judea, las apilábamos, las poníamos en filas, siempre me parecieron bonitas. A la gente nunca se le pasa por la cabeza que pueda haber una persona que haya ingeniado un método para plegarlas del todo y almacenarlas y con qué astucia vuelven a montarse.

—Señor Gorewitz, ¿sabe dónde está?

—Ya se lo dije al muchacho: en el cielo.

—¿De verdad está en el cielo, señor Gorewitz?

—«Si no me encuentran, miren en el otro sitio». Los judíos no se preocupan mucho por esas cosas. Usted es judía.

—Claro que sí. ¿Está usted muerto, señor Gorewitz?

—Me ahogué en la playa de Glenshore. Si es judía, ¿por qué lleva la cosa esa... (no sé cómo se llama) en el pelo, si me permite la pregunta?

—El hiyab —dice Miriam algo irritada—. No sé de qué se extraña tanto la gente. Mi abuela se cubría la cabeza con una *sheitel* muy bien peinada. Fue médico, adelantándose a su tiempo, y se preocupaba de vestir bien. Mi tía favorita, Bernice, da clases de filosofía. No sabría decir si realmente es consciente de que lleva su propio pelo disfrazado de *sheitel*, con flequillo por la frente y un pasador. ¿Qué es lo que nos pasa con el pelo? Hay mujeres que se lo tapan, ¿y los hombres? Algunos se ponen sombrero cuando entran en la casa de su dios; otros se lo quitan. ¡El sombrero! —exclamó la doctora Miriam Haddad, y se quedó callada un momento—. En los paseos de los domingos el abuelo Abner llevaba un sombrero que servía para medir la importancia de la gente que pasaba, sobre todo de las señoras. El abuelo se llevaba la mano al ala o se la sujetaba entre el pulgar y el índice para hacer ademán de levantarlo; estaba el alzamiento mínimo y luego el volteo pomposo. Y mi tío Shimon... mi hermana pequeña y yo nos lo imaginábamos en la cama con la kipá puesta. Pero el caso es que yo llevo hiyab, como mi suegra y mis cuñadas. A mi marido le gusta.

—¿No la agobia?

—Tanto como esta bata blanca de médico. Y a usted sus pantalones. No hay nada que apriete más que la propia piel. ¿Qué le hace pensar que está muerto, señor Gorewitz? Su informe médico dice lo contrario. Nos sorprende... en realidad nos pasma, su recuperación.

—Vivo, muerto... ¿cuál es la diferencia? ¿Quién iba a saber que había techos en el cielo, y suelos, ventanas, una cama, la tele, y Deb y Shirley discutiendo hasta el fin de los días?

—Entonces, señor Gorewitz, si todo es lo mismo, ¿por qué cree que está muerto?

—Ah, ¡el viejo truco! Eso no va a funcionarle. Pellízcate y si no lo sientes es que estás dormido; si duele, ¿tienes que estar despierto? Y si te pellizas y estás muerto y duele igual que si estuvieras vivo... Ahí —dice Samson en un tono de clarividencia suprema— está el timo.

—¿Qué timo, señor Gorewitz?

—Estar muerto.

De camino al ascensor sabático, la doctora Haddad pasa por la puerta abierta de la habitación 711 y se detiene, sorprendida al ver a las hermanas Gorewitz sentadas en el borde de las dos camas. Las caras de perfil están enfrentadas, con ambas bocas en movimiento.

Deborah y Shirley están enfrascadas en una conversación en la que parecen bailar un paso de a dos infinito: la primera prevé el movimiento que la segunda hará en respuesta al último movimiento que ella, Deborah, ha hecho, sabiendo la repuesta que dará a la respuesta que dé a su vez Shirley. Cada una cree que lo siguiente que va a decir reformulará de tal manera la verdad manifiesta que revelará el error de los razonamientos de la otra y pondrá fin de una vez por todas a la danza.

La doctora Haddad vuelve al puesto de enfermeras y pregunta:

—¿Qué les pasa a las dos mujeres de la setecientos once?

—Han perdido la chaveta —contesta la enfermera.

FRANCIS RHINELANDER

Francis Rhinelanders es una de las gárgolas que Hope observa mientras suben en el ascensor sabático. El joven médico con la buena mata de pelo le curó los cortes y las abrasiones de la cara y lo mandó a la oficina de liberación, la segunda puerta a la derecha de la ventanilla de triaje, para que lo mandaran a casa, pero ahí está otra vez. Phyllis ha mandado a Al Lesser para que siga con la entrevista de la mañana. El joven comprende que ha pasado algo: hay una diferencia en la caída de hombros del anciano alto, en su sonrisa estropeada. Está sentado al filo de la cama con la cabeza gacha. Señala con la barbilla la televisión fijada a la pared, donde un bonito ejemplar de joven varón vende una tecnología nueva, que no puede comprarse en tiendas ni por correo, en tan solo cuatro cómodos plazos de 19,95 dólares más gastos de envío y manipulación.

El anciano menea y menea la cabeza.

—No es más que un viejo publisreportaje —le dice Al.

—Ya lo sé, pero escuche —le pide Rhinelanders.

Al y su paciente ven como el ejemplar prueba el Stop-Batallitas®, una cinta de plástico con un nanoprocesador incorporado que traduce los movimientos de los ojos y la musculatura facial de la persona que tienes delante y te avisa de que «ya le has contado esa historia antes a esa persona», antes de que empieces a contarla otra vez.

—¿Dónde tiene el mando? Apáguelo y ya está —sugiere Al.

—¡Escuche!

El ejemplar nos garantiza la devolución de nuestro dinero, sin preguntas, en caso de no quedar del todo satisfechos.

—La música mientras habla el hombre.

Hasta ese momento Al Lesser no oye, por resultarle demasiado familiar, el rasgueo continuo, anónimo, circular.

—¿Por qué?! —pregunta Rhinelande desesperado.

—Bueno, hombre, porque... a ver, hay que poner música.

—¿Ah, sí?

—Si no, sería... ¿no?, no sé... un poco insulso sin música...

—¿Ah, sí? —El anciano, apenado, agacha la cabeza y asiente—. Mi camarero puede bajar a Frank Sinatra pero nunca apagarlo. Frank Sinatra no se apaga, ni siquiera en el retrete, ¡y a mí no me sale ni gota con Sinatra cantándome en el retrete el *The Way You Look Tonight!* Sinatra con los cereales. Voy al Gristedes de la esquina, a ver si compro algo para comérmelo en el cuarto de la pensión, pero Sinatra está cantando *My Way* en el pasillo del pan y en el de los lácteos y, cuando vuelvo a mi habitación, está con el *New York, New York*. Así que llamé a mantenimiento. Al parecer no piensan llevarse el televisor de la habitación pero lo desconectarán, aunque entonces Sinatra se mete en el transistor de plástico que tengo encima de la silla, al lado de la cama. Le di al botón de apagar con tanta fuerza que se quedó hundido. Lo oigo traquetear por dentro. No puedo sacarlo, así que bajé y me metí en un taxi para volver aquí. Tienen tele en todos los taxis. ¡El botón de apagar enciende la música!

Francis Rhinelande y Al Lesser se quedan escuchando al ejemplar. Está en pleno subidón de entusiasmo y dice: «¡Pero esperen!» y promete DOS StopBatallitas® a todo el que llame en los siguientes tres minutos, mientras el rasgueo circular evita la insulsez del silencio.

—La razón de que los de mantenimiento nunca contestaran a mi carta es

que no hay opción de «apagar». Nadie puede apagar la música de fondo de las esferas. —Rhinelande agacha la cabeza y vuelve a subirla, una y otra vez, como un juguete que accionara el dedo de un niño.

ILKA WEISS Y EL GUSANO DE HIELO

El error fue seguir el consejo de la mujer de la cafetería y volver a casa y dejar a su madre en urgencias. Es por la mañana. Maggie va directa a observación, donde no saben nada de ninguna Ilka Weiss.

—La médico me dijo que tenían cama para ella.

—¿Qué médico?

—La que había en urgencias.

—Entonces mejor que baje allí a ver.

Es una mañana pausada en la sala de espera. Una madre joven cierra el libro ilustrado que ha estado intentando leerle a su hijo. El niño, de la edad de Stevie, prefiere trepar por las bancas.

Un pulcro y aseado hombrecillo está hablando con la enfermera por la ventanilla de triaje. Maggie espera detrás. Supone que es un funcionario y que seguramente se trate de una conversación de funcionarios. Un joven con cara de agobio llega y hace cola detrás de Maggie, que experimenta la impaciencia del otro con incomodidad. El supuesto funcionario cruza los brazos sobre la repisa de la ventanilla de triaje de modo que su cabeza queda dentro de la oficina; la cosa va a alargarse. Maggie deja su puesto en la cola, va a la puerta que da a las urgencias y llama. Al ver que nadie contesta, la abre y se encuentra con una enfermera alta y sorprendida. No la reconoce de la noche anterior. La enfermera parece superada por el trabajo: ¡No!, Maggie no puede entrar para ver si su madre está dentro. No hay ninguna Ilka Weiss en urgencias. Sí, la enfermera está segura, y no sabe adónde han podido trasladar a Ilka Weiss durante la noche. ¿Quién podría saberlo? Los de triaje, posiblemente, o vaya a la oficina de liberación. Señala una puerta a la izquierda.

Maggie ve que le han quitado el sitio tras el funcionario y que detrás del joven con cara de agobio hay ahora una anciana que lleva del brazo a su marido, aún mayor que ella.

Hay un guardia uniformado apoyado contra la puerta de la oficina de liberación. El funcionario, sentado a la mesa, dice:

—¡Qué me cuentas! ¡Lo que hay que oír!

—¡Por allí y más grande que un camión! —dice el guardia—. La vieja se ha quedado como su madre la trajo al mundo.

—Ver para creer.

—En pelota picada.

—Perdone —dice Maggie por detrás del guardia—, pero ¿sabe usted dónde han podido trasladar a mi madre? ¿Ilka Weiss? La dejé aquí porque me dijeron que le habían encontrado una cama en observación, pero allí no está.

Al parecer nadie ha salido de urgencias desde que el encargado de liberación llegó a las ocho treinta. Según el registro, no ha habido altas después de medianoche.

—Entonces, ¿seguirá en urgencias?

—A lo mejor se ha fugado. —El guardia sonríe.

Por desgracia la enfermera superada está otra vez en la puerta.

—¿Se empeña en llevarme la contraria? No tenemos a ninguna Ilka Weiss en esta unidad.

La doctora Haddad, de la guardia nocturna, se ha ido. Da la casualidad de que es su día libre y la médico que responde a la llamada de Maggie no está al tanto de la situación. La enfermera luce la mirada que asoma a los ojos de los funcionarios a la primera sospecha de que están tratando con alguien que va a dar problemas: una pirada. NO, Maggie no puede entrar en las urgencias para comprobarlo por sí misma.

—Iré yo a ver —dice la enfermera, a quien no le importa que se sepa que superada es lo que está.

Es casi mediodía cuando Maggie consigue localizar por fin a su marido.

—¡Han cogido y han perdido a mi madre! ¡A la enfermera no le ha dado tiempo de mirar en todas las camillas y detrás de todas las cortinas de todos

los cubículos! Creo que la tienen disfrazada con vendas igual que en ¿cómo se llama la película esa de Hitchcock?

Bromear no consigue ganarle la partida al gusanillo helado de pánico que ha empezado a reptarle por el pecho.

—Llama a información —sugiere Jeff.

—Ya he llamado. Y he bajado a la entrada y he hablado con la mujer que da los pases para las visitas ¡y ni siquiera hay constancia de que mi madre haya ingresado!

—Déjame que pruebe a llamar a información desde el exterior.

Hay momentos en que Maggie quiere a su marido: está en esto con ella.

—Ay, Jeff, gracias, Jeff. ¡Jeff, llámame luego!

El gusano se le ha pegado en medio del pecho, por donde se juntan las costillas. ¿Y con quién se queda inmóvil el tiempo? Alguien esperando a que alguien vuelva a llamarlo. No puede esperar un nanosegundo más y llama de nuevo a Jeff, quien, por supuesto, comunica, ¿tal vez intentando llamarla? Cuelga y espera a que llame. Maggie se sobresalta al oír a Jeff hablándole al oído:

—La razón por la que no hay constancia del ingreso de Ilka es porque entró por urgencias. ¿Por qué no te acercas allí?

—Es donde estoy. Jeff, estoy en la sala de espera. Tiene que haber alguna razón para que no me dejen entrar a comprobarlo por mí misma.

—Maggie, corazón, ¿te acuerdas de las películas apocalípticas que te montas cuando llego tarde o cuando David no está donde crees que tiene que estar? ¿La explicación que no se te ocurre pero que resulta ser de una obviedad apabullante?

—Ya lo sé, vale. Tienes razón. Lo recordaré. ¿Eso es alguien que viene a hablar conmigo? Luego te llamo.

Es el hombre pulcro —¿árabe?, ¿indio?— que estaba hablando con triaje.

—Si su madre estaba en urgencias, la habrán trasladado al Centro de Mayores de la séptima planta.

Maggie tiene que contener al gusano para que no se le retuerza, le suba hacia arriba y extienda su frío letal.

—¿El Centro de Mayores? ¿Entonces es que no le han encontrado nada muy malo?

—Nada físico, por lo menos. La confusión de las personas mayores suele ser temporal. —Maggie escruta la cara del hombre en busca de una glosa, un apunte.

—Enfermera, dígame a esta señora la manera más fácil de llegar al Centro de Mayores.

Patrice había empujado la silla de Lucy dos manzanas por la calle, pero al Centro de Mayores también puede llegarse por el ascensor que baja al subsubsótano que lo conecta todo. Maggie ha escogido esa opción, razón por la cual no le llega la llamada de Jeff. No sabe que el hospital ha telefonado para decir que Ilka se ha alterado y está llamando a gritos a Maggie y preguntando quién va a pagar por lo que parece creer que es una habitación de hotel.

—Llevaré a los niños y a ver si dejan que los vea.

Maggie tiene la impresión de ir caminando por un intervalo fuera del tiempo normal, a través de un subsuelo insospechado y despoblado, de pasillos blancos con luces estridentes. Las puertas sin señalizar deben de abrirse desde dentro, porque no se ven pomos ni picaportes. Anda y sigue andando por un equivalente espacial de la eternidad donde lo que hay por delante no se diferencia especialmente de lo que ha quedado atrás. Va atravesando una serie de puertas batientes y entrando en tramos nuevos de pasillos iguales a aquellos por los que venía. Mira por los pasillos que se bifurcan a izquierda y derecha. ¿Por qué cree que el que está siguiendo la llevará a su destino, que tendrá un fin? Se le pasa por la cabeza volver sobre sus pasos pero ¿pueden pararse y rebobinarse nuestras pesadillas? Empuja con inquina la siguiente puerta y entra en un pasillo que eleva al cuadrado su área para formar una habitación y tiene un conjunto de ascensores de lo más corriente.

Maggie sale a la soleada y moderna planta séptima, con su espacio abierto alrededor del puesto de enfermeras. Allí se encuentra con el joven impaciente de la sala de espera, que ha llegado antes que ella y resulta estar buscando a su madre.

—¿Otra vez el enfisema haciendo de las suyas? —le pregunta a la enfermera.

Benedict espera a que ésta despegue los ojos de la pantalla de ordenador a la que él es muy consciente de no tener acceso. Mira hacia atrás y ve, despatarrada en un sillón reclinable, a la anciana cuadrada, la que se desnudó en la sala de espera la noche anterior, y que está como Dios la trajo al mundo. Igual que los dos hijos buenos del borracho de Noé, Sem y Jafet, Benedict le da la espalda a la desnudez prohibida mientras que, como Cam, el hijo malvado, vuelve la cabeza para echar otra mirada.

—Perdone —le dice a la Enfermera Ordenador—, esa mujer se ha quitado la bata.

—¿A quién busca?

—A mi madre, Lucy Friedgold. ¿Es por el enfisema?

—Friedgold. Entró anoche. No tiene enfisema.

—Efe, erre, i, e, de, gold. Lucy. ¿Mi madre?

—Sin enfisema.

—¿Le importa si lo veo?

—No, no puede ser. Está en la habitación setecientos doce.

—¿Y tienen a un tal Joe Bernstine?

—En la setecientos seis.

—¡Maggie!

Maggie oye que su madre la llama y allí está Ilka sentada en una silla con una bata de hospital limpia.

—¡Por fin! —Maggie le da un beso—. ¡Qué jaleo! No sé por qué no me dejaban entrar a buscarte. Le dije a Jeff que te habían disfrazado con vendas como a... ¡Dame May Whitty, así se llamaba! En *Alarma en el expreso*.

—¡Socorro! —grita Ilka.

—Mamá, voy a llevarte a casa, pero a lo mejor tienes que quedarte un poco más en observación, ¿vale?

Maggie está distraída porque intenta no volverse para mirar a la anciana desnuda de la silla reclinable al otro lado del puesto de enfermeras.

—Espera —le dice a su madre, y acto seguido se levanta y se acerca a la enfermera que está escribiendo en el ordenador—. Perdone, pero esa mujer se ha quitado la bata.

—¿Ah, sí? —dice la enfermera, que sigue tecleando.

—¡Maggie!

—Voy.

Recoge la manta del suelo y se la tiende a la anciana desnuda, que vuelve a tirarla.

—¿No es raro —dice Maggie sentándose al lado de su madre— que lo que nos da vergüenza y escondemos los unos de los otros sean las cosas que tenemos en común, como mear, y con lo que meamos?

—¡Socorro!

—¿Mamá?

—¡Maggie!

—Estoy aquí, bonita.

—¡Socorro! ¡Maggie!

—Mamá, que estoy aquí, estoy aquí contigo. ¿Mamá?

Pero Maggie está hablando desde nuestro mundo común, desde donde ningún ruido, signo, beso o caricia puede adentrarse en la pesadilla en la que Ilka Weiss está sola en su horror.

—¡Maggie! ¡Socorro!

La hija mira alrededor en busca de ayuda, ve a la anciana desnuda en el sillón reclinable, ve a la enfermera, que sigue tecleando.

—¡Maggie!

La edad de hielo que presagiaba el gusano debajo de sus costillas se instala ahora en el pecho de Maggie. Maggie cree que ha llegado a otra era desde la que mirará con nostalgia su vida pasada y las cosas tal y como fueron. Se equivoca: la edad de hielo de su pecho se convertirá en la forma en que las cosas son. Maggie ve a Jeff hablar con la enfermera, que ha dejado de teclear. Está señalando: al parecer no hay inconveniente en que los pequeños David y Steven visiten a su abuela en el solárium.

LA REUNIÓN

Benedict va a buscar la habitación 706 para decirle a Joe que Salman Haddad ha cambiado la hora de la reunión.

—Están despejándonos una sala en la séptima planta, aprovechando que mi madre y tú estáis aquí. Al y yo tenemos que informar sobre nuestros entrevistados, Gorewitz y Rhineland, a quien, por cierto, lo habían mandado a casa y ha vuelto a ingresarse él por su cuenta. Haddad quiere que el doctor Stimson (el jefe de urgencias) repase su registro de los mayores de sesenta y dos que han sido trasladados a la séptima planta.

Entre los que aparecen están: Ilka Weiss y Lilly Cobbler, que han sido trasladadas a un hueco del mundo donde nadie puede alcanzarlas; en una nota pone que la hermana de Cobbler, Sadie Woodway, regresó a la ubicación de su antiguo negocio en la calle 57 y se suicidó tirándose de la azotea; la nonagenaria, Anstiss Adams, empezó a pegarle a su cuidadora, Luba, que no para de quitarse la ropa; Francis Rhineland cree estar viviendo en un musical; Samson Gorewitz cree estar muerto; y luego sus dos hermanas, Deborah y Shirley, que no pueden parar de discutir, y Jack en su silla de ruedas, que no puede parar de sollozar.

—Y los informes, por supuesto, sobre mi madre y sobre ti.

—Son los terroristas.

—Según Haddad, es el caso Farkasz el que no cuadra. Los demás entraron en urgencias con las mentes aparentemente intactas y luego empezaron a perder la chaveta. Ida Farkasz, en cambio, llegó con un diagnóstico de amnesia retrógrada, se quedó dormida en una silla de urgencias y se despertó con el recuerdo de una vida de rechazo y humillación plenamente recobrado; el hospital mandó buscar a la hija para que se la llevara a casa. Phyllis, de la segunda planta, va a pedirle a Bethy que le haga una entrevista de seguimiento.

—¡Lo que me parece interesante es que todas nuestras constantes vitales están bien! El problema de los terroristas es doble: tienen que volvernos locos y al mismo tiempo mantenernos con vida indefinidamente. Nos enfrentamos a un enemigo de una sofisticación, un ingenio y una paciencia increíbles. Son capaces de imaginar un Occidente poblado enteramente por centenarios dementes con salud de hierro.

—Vale, venga, entonces voy a ir a informar a mi madre.

LUCY Y JENNY

Cuando la cosa se pone negra, el Centro de Mayores no puede meter a niños y niñas en la misma habitación, ni aunque lleven oficialmente casados los últimos cuarenta y cinco años.

Benedict encuentra a su madre y a la mujer de Joe, Jenny, en la habitación 712. Pone a Lucy al tanto del plan actualizado para la reunión.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta Lucy a Jenny Bernstine.

—He perdido la chaveta —le explica ésta—. Le conté a ese encanto de doctora, la joven, la de cosas que disfruto en mi vejez y me mandó a la séptima planta.

—¿A qué te refieres con eso de las cosas que disfrutas? ¿Qué «cosas»?

—Siempre pienso en el cuadro de Miró que hay en el Metropolitan. En la cartela que hay al lado lo citaban diciendo: «Confieso que cada vez miro las cosas reales con más amor», y ¿sabes de qué cosas hablaba? «La lámpara de alcohol, las patatas»... Cosas, y los agujeros que hacen en las vallas para que yo pueda ver cómo va subiendo el nuevo edificio. La bolsa para llevar sobras a casa. Una madre y un bebé que se sonríen y el taxista que sabe de niños pequeños y sus ositos. Mi vecina, la que mete una moneda en el parquímetro para que no multen a un desconocido. Andar por la avenida Madison, mi cama, mi propio piso. Quiero a Joe, quiero a mi Beth, y me encanta cuando se van los dos a la oficina y me quedo con todo mi mundo, todo mi reino, para mí sola. —Jenny sonríe. Le da vergüenza—. No sé, como... lavar los platos del desayuno con el fregadero bañado por la luz del sol, que me encanta. Moisés

tuvo que darle un varazo a una piedra para regar Israel, pero con un giro de muñeca el agua sale fría o sale caliente. ¡Le doy a un interruptor y se hace la luz! Salgo de la cocina y, si me paro en un punto concreto, veo el salón, donde he dispuesto dos sillones como si fueran amigos que están a punto de irse. Cuando viene Lucy, tomarnos un Martini y ¡ponernos a charlar! Me han diagnosticado depresión bipolar estancada en fase de euforia permanente.

También es cierto que a Jenny le gustaría que Lucy guardara las gafas y el móvil en el bolso y dejara de hurgar en la bolsa de PROPIEDAD PACIENTE.

¿Qué es lo que está buscando?

—Lo tengo. He escrito un relato nuevo para que Maurie ni lo acepte, ni lo rechace, ni me dé siquiera un acuse de recibo. Es sobre Sadie, la suicida.

—¡Ayayay! He intentado imaginarme qué pudo pasarle por la cabeza, por el alma, en esas horas antes de saltar...

—En mi relato ya ha saltado y ha subido al cielo, eso que tan mal se nos da a todos imaginar, a no ser que a uno le gusten los paisajes de nubes de las tarjetas Hallmark. Bunyan habla sin parar de las monedas de oro y plata de su feria de las vanidades, pero no se le ocurre nada mejor para el interiorismo de su cielo. Los riscos y los valles de Dante me recuerdan demasiado a los pintores de la Escuela del río Hudson, de modo que me limito a las cifras a secas (los siglos de mortandad adicional desde que Dante se maravilló de que la muerte se hubiera llevado a tantos por delante), a la inmensidad de la muerte, me refiero. Te lo voy a leer. Se titula «Sadie en el Cielo», aunque por supuesto tendré que cambiar los nombres propios.

—Bueno, mamá, ya te aviso cuando decidan la fecha de la reunión —dice Benedict—. Adiós. Adiós, Jenny.

Lucy le lee su relato a Jenny:

—«Mueren los hombres de vez en cuando», dice Shakespeare, «y los gusanos se los comen», pero Sadie Woodway se ha ido, ha pasado a mejor vida, cuando no al otro barrio, hasta llegar al Cielo. Era una buena mujer. Sadie encontraba satisfacción, entretenimiento incluso, en su trabajo diario y cuidaba amorosamente de su hermana Lilly.

»¿Lilly? la echaba de menos. Miró alrededor, a la abultada muchedumbre de muertos, que están parados o en movimiento, como suele pasar en las muchedumbres, los grupos, los individuos o las parejas. ¡Qué cantidad de

niños!

»Lilly (la verdadera, no la que está ahí en la silla de ruedas con la boca floja), sí, ella sí habría recordado el nombre de la mujer que Sadie finge no ver. Sabe que conoce a la mujer, pero ni aunque le fuera la vida en ello recordaría si era una cliente del taller de confección ¿o alguien, tal vez, de su viejo barrio de Chicago? ¿Sería una de las tías de Seattle que ha fallecido?

»Sadie reconoce a la mujer blanca (Lilly habría recordado su nombre), la del alfiletero de terciopelo atado a la muñeca izquierda. Ha contratado los servicios de Lilly y Sadie en el departamento de costura de Lord & Taylor, una sala sin ventanas, con vestidos en perchas, maniqués, uno grande, uno pequeño, una máquina de coser de pedal, una tabla de planchar, hilos de colores, cosas..., su primer trabajo en Nueva York. ¡Qué vieja parece la anciana blanca! O no ve o no recuerda a Sadie. A Lilly la recordaría.

»Sadie habría reconocido al joven pulcro si hubiera estado sentado donde debía, detrás de la ventanilla del banco donde Sadie iba todas las semanas a depositar sus ingresos. Está fuera de contexto, en el Cielo, y lo único que sabe es que lo conoce.

»Llega ahora una mujer corpulenta que ríe y abraza a Sadie, le da una bienvenida calurosa, muy amigable. Sadie no recuerda haberla visto en la vida pero aun así la mujer le pregunta por Lilly y su hermano, Clem. Dice: “Lilly y tú vinisteis a la boda de mi Jackie”. Sadie se da cuenta de que la mujer se da cuenta de que no le suena de nada. La mujer ríe, demostrando muy buen talante. “¡No te preocupes, nos pasa a todos!”, dice, y llega entonces la vieja cliente, vecina o tía cuyo nombre Sadie no recuerda y, de no estar muerta, Sadie moriría de vergüenza de no poder presentársela a la mujer que no recuerda haber visto antes.

»Después de esto Sadie busca un lugar retirado del trasiego. Qué agradecida estaría por una nubecilla, la que fuese, con tal de poder agacharse detrás y quedarse escondida mientras espera a que Lilly se le una.»

—Pobre Sadie —concluye Lucy—. Va a tener que esperar mucho tiempo si la teoría de Joe resulta ser cierta y los terroristas están volviéndonos locos a la vez que nos curan las enfermedades mortales para impedir que muramos... A no ser que, como Sadie, nosotros mismos nos encarguemos de escapar.

Lo que Lucy está esperando es que Jenny le diga que «Sadie en el Cielo» es una historia divertida y maravillosa.

—Ay, pobre Sadie, pobrecilla —dice en cambio Jenny.

Benedict ha venido para comunicar que habrá que posponer indefinidamente la reunión hasta que Joe se mejore. No tiene bien las constantes. Está tendido de costado, con la mejilla en la palma de su mujer, sonrío con desmayo y dice:

—Que diseccionen a mi Jenny para ver cómo hace la Naturaleza para dar corazones tan buenos.

El aplazamiento le da tiempo a Phyllis para concertar la entrevista de seguimiento que tiene que hacerle Bethy a Ida Farkasz.

IDA Y LA CAJA DE LOS LOCOS

Bethy está llamando a la puerta del 3A cuando asoma la cabeza de la vecina de abajo por el hueco de las escaleras.

—Si está usted buscando a la señora Farkasz, se ha ido.

—¿Que se ha ido? ¿Adónde se ha ido? ¿Adónde se la han llevado y por qué no hemos sido informados?

—No se la ha llevado nadie. Se ha vuelto a Santo Domingo. —Sophie Bauer se presenta—. ¿Quiere bajar y tomar un café? Marta, la hija, vino y la ayudó a hacer las maletas, y Poldi, la hermana, se pasó para despedirse. Ha vuelto al hotel que llevaba antiguamente una pareja polaca, checa o húngara (no me acuerdo), donde vivían antes de mudarse a Nueva York y podías tener una interna en casa por unos ocho dólares al mes.

—Pero ¿tiene familia allí?

—¡No! ¡Por eso se ha ido! Allí no tendrá que impedir que Poldi vaya a verla, dijo, ni tener que pasar el día en un sillón de ese piso sin siquiera una ventana para ver lo que pasa abajo en la calle, mientras espera a que su hija no venga a verla ¡y no le devuelva ni las llamadas!

—Pero en Santo Domingo puede una también esperar sentada a que no la llamen.

—Claro que se puede, ya lo sé, pero en realidad no lo haces. No sé por

qué, pero a mí me da mucha tristeza... me siento fatal cuando mi hija Sally, la que vive en Queens, no me llama, pero en cambio no espero que mi pequeña, que vive en Albuquerque, me llame. Una no se queda esperando a recibir llamadas de larga distancia, eso es así.

—Es raro, es verdad. ¿Sabe lo que está esperando Ida Farkasz en la habitación de su hotel? A que su hija no le escriba.

—Eso es lo que está esperando, ¡cuánta razón! —coincide Sophie Bauer—. La pobre criatura está esperando a que no le llegue carta. Lo que necesita es recuperar la amnesia.

Pero Sophie y Bethy se equivocan. Ida ha recibido carta de Marta. La tiene en el regazo. Está en una silla de su habitación alquilada en lo que antes era el hotel Budapest, que está de capa caída y necesita una reforma. Hace sesenta años que Ida, Miklos y la cría ocupaban la habitación donde ahora vive el nuevo dueño, un dominicano que ha rebautizado el hotel como Malecón.

Si quieres ver a Poldi tienes que invitarla, y pronto —le escribe su hija—. Sabes que no está bien, mamá, y ya no queda nadie más, ni papá, ni el *Onkel* Kari ni tu hermana Berta. ¡Lo que hicieron o dejaron de hacer fue hace dos guerras, una emigración y un holocausto!

Ida se sienta y se queda mirando por la ventana. No ve el pajarillo verde y dorado que inserta su pico-aguja en la obscena trompetilla roja de la flor del hibisco. Se queda suspendido en el aire por la acción de las alas, que crea una rueda fantasma, como la hélice de un avión que ha alcanzado la velocidad máxima. Extrae la última gota de nutrientes dulces de la flor roja al otro lado de la ventana del hotel y se va volando. En la caja de los locos Ida ve a Berta: siempre la más guapa de cara, incluso con casi ciento cuarenta kilos, cuando era toda una historia tener que levantarla de la silla. Berta está corriendo. Va hacia la izquierda, tiene que doblar al grito de un muchacho uniformado con una pistola, y corre a la derecha. El muchacho le grita a Berta, que no puede correr, que siga corriendo.

¡Mamá! —escribe Marta—. No sé qué hizo o dejó de hacer Berta, ni lo que hicieron o dejaron de hacer todos, Poldi, papá, el tío Herbie, ¡pero olvídale, mamá! ¡Mamá, déjalo estar!

¿Que lo deje estar? ¿Que lo olvide? ¿Que olvide a los antisemitas de la calle Kastel diciéndole a ella (o a Herbie) que tenían que hacer unos cursos? ¿Que olvide los treinta y cinco dólares que Herbie le hizo pagar por la colcha que ella le había cosido con sus propias manos? ¡Una cochina postal! Miklos con la alfombra de Berta bajo el brazo. Poldi impidiendo el paso al portal de la señorita Margate para que Ida no entrara. Poldi, que había ido al cumpleaños de Herta. Marta, que no se molestó en pasarle un cepillo por el pelo cuando fue a ayudarla a hacer las maletas...

¡Ida sabe que puede dejarlo estar! Ida puede dejarlo estar todo, todo. Siente un escalofrío, como un viento del norte que sopla por la habitación del hotel Malecón. Mira por la ventana al paisaje extraño, y los aprieta contra ella para calentarse, para que le hagan compañía, y tener algo en lo que pensar, sus antiguos familiares, su tesoro de rencores.

Si Ida hubiera sido de verdad una bruja, qué poder habría sacado de su alijo de resentimiento, cuánto mal podría haber hecho si hubiera tenido a alguien con quien ser mala.

BETHY

La reunión está fijada para las once de la mañana, y Bethy coge un taxi para llegar la primera a la cafetería. Esta vez piensa sentarse donde no tenga el hombro de Al Lesser en la cara. Benedict, que tiene tendencia a echarse hacia delante apoyándose en los codos, siempre le tapa la vista de lo que está pasando, da igual en qué punta de la mesa se ponga su padre. Ahora que éste no va a asistir a ninguna reunión —lo han trasladado a la tercera planta—, le toca a ella dirigir el asunto, decidir qué punta de la mesa será la cabecera y ocuparla. Por suerte, aunque son ya las once y cinco pasadas, llega la primera. Deja sus notas del caso Farkasz en una mesa —no sabe que es la misma que Lucy ocupó con su bolsa— con espacio suficiente para los cuatro del Repertorio —Lucy, Benedict, Al y ella misma—, los dos Haddad —Miriam y Salman— y el doctor Stimson. No tiene claro si ha llegado o no a conocer a este último.

11:15. Después de tomarse un café y un donut, se come un segundo donut.

A las 11:20 comprende que no va a aparecer nadie. ¿Será que han regresado al plan original de verse en el despacho de Salman Haddad y nadie se ha molestado en decírselo? ¿Por qué la gente no contesta al teléfono? Y ya va tardísimo, coge el informe Farkasz, que se le escurre de las manos y se vuela por los aires y se desperdiga por el suelo, pero no hay tiempo para ordenar las páginas. Sale corriendo hacia el ascensor, que la baja hasta la planta del vestíbulo. Atraviesa a la carrera el edificio Sydney y Sylvia B. Holloway y dobla a la derecha por el pabellón Seymour D. y Vivian L. Levi. Le sorprende que su apremio no tenga ningún efecto en la velocidad prefijada a la que sube el ascensor. Las puertas se toman su tiempo para abrirse y dejan salir a dos pasajeros inmisericordes; ellos no tienen prisa. El celador tiene que esperar para meter la cama de hospital vacía que va a subir a la siguiente planta y que se niega a moverse hasta que se resuelve el problema del mecanismo del seguro.

Vive varios minutos de pesadilla antes de comprender que no va a encontrar la puerta del despacho de Haddad porque ha subido por los ascensores que no eran del edificio que no era. Lloro unos segundos. Espera el ascensor que la llevará de vuelta a la planta del vestíbulo, donde atraviesa a la carrera el pabellón Seymour D. y Vivian L. Levi, dobla a la izquierda por el edificio Sydney y Sylvia B. Holloway y localiza la fila de ascensores que la llevan a las oficinas de seguridad.

Las secretarias odian a Bethy Bernstine. La alta y rubia a cargo del despacho de Salman Haddad ya había sido una borde la primera vez, cuando habían ido a recoger sus identificaciones de trabajadores sociales y les había dicho que buscaran a Phyllis de la segunda planta. Hoy el tono de voz de la secretaria insinúa que su contrato laboral no incluye —ni se la compensa adecuadamente por ello— informar a Bethy de que la reunión está celebrándose en ese justo momento en una habitación que se ha despejado para la ocasión en la séptima planta del Centro de Mayores.

*

Es cierto que la reunión está celebrándose pero los únicos presentes son Benedict, Al Lesser y una residente que ha mandado el doctor Stimson para avisar de que está ocupado con un paciente de la tercera planta, que va a

retrasarse y que empiecen la reunión sin él.

La residente se llama Tola (es de los residentes de bata blanca bamboleante y cara de buenas personas con aguante para los estudios prolongados, los que reían mientras atravesaban el vestíbulo donde el personal del Repertorio esperaba para conocer a la doctora Miriam Haddad). Tola es joven y brillante, y libra una cruzada contra el anquilosamiento y la mala gestión del hospital. Ha estado contándoles a Al y Benedict que el doctor Stimson se adhiere a la vieja mentalidad de venerar la Vida por Encima de Todo.

—Más allá de las cuatro paredes del hospital —dice con el entusiasmo de su acidez juvenil— la gente no tiene ni idea de que las cosas que hacemos para mantener vivo un día más, otras doce horas, a un paciente no tiene nada que envidiar a Abu Graib.

Los residentes han publicado una declaración heroica —que deben pensar que vale más que sus carreras— para desafiar la caduca y errónea interpretación de la vieja guardia de lo que quiere decir el juramento hipocrático con «apartar de ellos todo daño». Están recogiendo firmas y Tola ha traído una copia. Benedict y Al añaden sus nombres y sus direcciones de correo electrónico para que puedan ser informados de cualquier acción en la que deseen apoyar a los residentes en lucha.

¿Dónde están todos los que tenían que asistir a la reunión?

Bethy ha corrido el par de manzanas por la calle y en este momento está atravesando las puertas dobles de cristal del Centro de Mayores. Una vez recuperado el aliento mientras sube en el ascensor sabático, clava la vista en el suelo ante la perspectiva de que nunca llegará a sentarse a la cabecera, ni en la posición central, de ninguna mesa.

Se baja en la séptima planta y se encuentra con Benedict y Al saliendo de la habitación reservada para la reunión que no va a celebrarse.

—¡Anda! —dice Benedict, que se siente hasta mal—. Creía que estabas en la habitación... ¿No estabas en la habitación de Joe cuando le dije que la reunión se había pasado a la séptima planta?

Joe Bernstine ha sido trasladado a una habitación de la tercera planta donde yace en una cama de hospital con la mano derecha pegada con cinta al costado.

—Quiero que lo incorporen y le quiten esa cinta —le ordena el doctor Stimson a la enfermera.

—Es que no para de toquetearse la intubación —alega ésta.

—Ya me encargo yo.

La enfermera levanta el respaldo de la cama hasta dejar al paciente sentado y le libera la mano, que se va directa al tubo. Le roza la comisura derecha de la boca, que tiene escocida. El doctor, que se ha sentado al borde de la cama, le coge la mano. Contempla al enfermo que le contempla a su vez bajo unos párpados medio cerrados.

—Ya sabemos que no puede usted hablar con el tubo en la garganta, es muy incómodo.

Joe cierra los párpados del todo y los abre.

—Pero ¿ve? Puede parpadear para decir que sí. Vuelva a decirme que sí. Cierre los ojos un momento para que ambos sepamos que quiere decir «sí».

Joe los cierra del todo y los deja así mientras cuenta uno, dos.

—Bien. Eso está bien. Muy bien. Sabemos que se sentiría mucho mejor si pudiéramos quitarle el tubo.

Joe parpadea un sí que dura uno, dos.

—Si le quito el tubo de la garganta hay una probabilidad (no una certidumbre pero sí una alta probabilidad) de que no pueda respirar por su cuenta. Lo entiende. ¿Sí?

Joe se toma un momento. Parpadea: lo entiende.

—Vale, déjeme formularlo como una afirmación: si le quito el tubo, no se lo reinsertaré, porque no puedo. ¿Me comprende?

¿Por qué no se toma Joe un rato para pensarlo? Parpadea: también entiende eso.

El médico le coge la mano.

—¿Quiere que le quite el tubo de respirar? Tómese su tiempo.

Joe se lo toma. Tanto es así que el médico le dice:

—Voy a planteárselo a la inversa, para que quede muy muy claro que todos sabemos lo que usted quiere que yo haga y no tengamos que hacerle pasar otra vez por esta conversación: ¿quiere que le deje el tubo puesto?

Joe sigue tomándose su tiempo, pensando. Sus ojos no bajan los párpados, ni con el raudo parpadeo natural que humedece el globo ocular, ni con el

parpadeo de uno, dos que significa que sí y decide entre la vida y la muerte.

El médico sigue en el borde de la cama con la mano de Joe en la suya. Contempla a su paciente. Joe contempla al médico.

*

Lucy está en el solárium. Si ustedes, lectores, creen estar hartos de que busque sus gafas, imagínense lo que le cuesta a ella localizarlas y tener que poner un dedo en la página de la agenda mientras saca el móvil de su compartimento. No hay manos suficientes para sacar las gafas de la funda y, una vez identificado el botón de llamada del móvil, ponérselas en la nariz para poder comprobar el número que nunca ha podido retener el tiempo suficiente para marcar.

—¿Kathy? ¡No me lo puedo creer! ¡Pensaba que no lo cogerías! ¡Resulta que llamo y hete ahí al otro lado de la línea! Quería leerte mi microrrelato cómico sobre estar muerto.

Katherine dice que se muere de ganas de oír el relato de Lucy, que procede a leerle «Sadie en el Cielo». El elogio generoso, detallado y concreto de su amiga es lo que Lucy ha estado esperando oír toda su vida, pero no se lo cree y se lo toma como una muestra de hostilidad.

Como Lucy lleva puestas las gafas de leer, su reflejo en el cristal negro noche del solárium está emborronado. Una enfermera emborronada empuja un sillón reclinable en el que la buena de Luba, borrosa, sigue desnuda; han renunciado a intentar taparla, dejándolo por imposible. Y ahí llegan, los mayores de sesenta y dos años que han perdido la chaveta, desnudos hasta el último de ellos. Ahí viene el buenazo de Rhineland, cuyos miembros alargados tienen las articulaciones onduladas de un santo de El Greco visto en contrapicado. La nonagenaria desnuda, Anstiss, tiene unos huesos elegantes y un cráneo noble. Ahí está Samson, el gordo ahogado de la playa nocturna de Glenshore. Su barriga es de las típicas que empiezan justo debajo de los pechos. El viejo llorón de Jack parece especialmente desnudo porque su gran cabeza peluda y oscura parece vestida. Una Hope desnuda, con sus rizos grises sueltos sobre los hombros, empuja su silla. Una enfermera conduce del brazo a la vieja y perdida Ilka, mientras que otra lleva en silla de ruedas a

Lilly, la negra enorme que rebosa de la silla. Las hermanas Gorewitz caminan con las cabezas mirándose la una a la otra, como los perfiles parlantes de las viejas tiras de cócteles del *New Yorker*. Es la fiesta de los desamparados, los hombres cada uno con un pene y las mujeres con sus dos ubres. Lucy se observa a sí misma llevándose las manos a la espalda para deshacerse los nudos de nuca y cintura.

*

La doctora Miriam Haddad, que sabe que llega tarde a la reunión en el Centro de Mayores, pasa por delante de la puerta abierta de la capilla multiconfesional del Cedars of Lebanon. Fe de erratas: la capilla no tiene puerta. Está siempre abierta para todos. Miriam mira dentro y llama por teléfono a Salman.

Éste está saliendo por la puerta de su despacho cuando su secretaria lo llama.

—Su mujer quiere que vaya a la capilla inmediatamente.

—¿Para qué? ¿Sigue al teléfono?

—Ha colgado. Ha dicho inmediatamente.

—¿De qué capilla habla?

—De la que está al lado de la sucursal del Chase Bank del Cedars.

—¿Qué pasa? —le pregunta Salman a Miriam—. Llegamos tarde a la reunión.

—¡Mira!

Desde el umbral sin puerta Salman Haddad ve la maceta con una palmerita, la lámpara de pie, el espacio neutro destinado a acoger cualquier credo y a no ofender el gusto de nadie. Ve las plantas rosas del hombre postrado que roza el suelo con la frente. Un niño arrodillado con los brazos alzados en éxtasis no es, en una mirada más atenta, tal cosa, sino una mujercilla con un vestidito y merceditas con calcetines de encaje blanco. Un anciano está rezando en hebreo bajo un *talil*.

—Miriam, ¿qué pasa? ¿Para qué me has hecho venir corriendo?

—Mira la pared, al otro lado de la lámpara de pie. Has tardado y ya se

está borrando.

Cuando los interrogan, los tres devotos coinciden en que han visto un dedo que se movía haciendo un grafiti en la pared. ¿Qué creen que pone? ¿«Dios es Uno» o «Kyrie Eleison»? Significa que en teoría ahora es posible vivir eternamente. Miriam cree que lo que ha escrito el dedo es «¡Perdón!», entre exclamaciones. Salman Haddad se acerca y distingue que las letras que están borrándose dicen: «¡Andaa!». En lo de las exclamaciones Miriam lleva razón.

*

En la habitación de la tercera planta, el doctor Stimson espera sentado en el borde de la cama en la que Joe Bernstine está incorporado sobre almohadones y probablemente no pueda respirar sin el tubo de la garganta. El médico espera a que Joe parpadee. Y si todavía no han muerto, como dice el cuento, seguirán con vida.